

Publicación trimestral - Precio del ejemplar : 100 Pts - Francia : 10 FF - Alemania : 5 DM -
 Inglaterra : 1 £ - Holanda : 5 Fl - Bélgica : 100 FB - Italia : 1.000 Lir. - Portugal : 50 Esc. -
 Suiza : 5 FS - EE.UU. : \$ 1 - América Latina : el equivalente de \$ 0.75
 Abono anual : precio de 4 ejemplares

EL PROGRAMA COMUNISTA

ORGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

EN ESTE NUMERO

- Hace 60 años nació la Internacional Comunista 1
 - Siguiendo el hilo del tiempo — El proletariado y la guerra (y II) : La guerra revolucionaria proletaria — La novela de la guerra santa — Estado proletario y guerra 10
 - La cuestión agraria. Elementos marxistas del problema (I) 27
 - Marxismo y subdesarrollo 49
 - Nota de lectura : La Internacional Comunista y la revolución china de 1927 70
-

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO

La línea que va de Marx a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia (Liorna, 1921); la lucha de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del « socialismo en un solo país » y la contrarrevolución stalinista; el rechazo de los Frentes Populares y de los bloques de la Resistencia; la dura obra de restauración de la doctrina y del órgano revolucionarios, en contacto con la clase obrera, fuera del politiquero personal y electoralesco.

Hace 60 años nació la Internacional Comunista

"Se ha roto el hielo", escribía Lenin en Pravda, el 6 de marzo de 1919, mientras tras los grises muros del Kremlin tenía lugar el congreso de fundación de la Tercera Internacional. "La fundación de la Tercera Internacional, de la Internacional Comunista, es el preludio de la República Internacional de los Soviets, de la victoria mundial del comunismo" (1).

Y Trotsky declaraba: "La clase obrera internacional ha arrancado a sus enemigos la fortaleza más inexpugnable, el imperio zarista. Apoyándose en esta base ella reúne sus fuerzas para la batalla última, decisiva. ¡Qué alegría vivir y luchar en estos tiempos!" (2).

Hoy, los sabios historiógrafos reformistas lanzan un enorme suspiro de alivio y se sonríen de los entusiasmos, esperanzas y certezas de la época. Según ellos, todo era falso. Falso, según las palabras de Trotsky, que Europa tuviese que seguir la vía de Rusia y que "las revoluciones en Alemania, Austria, Hungría, el curso impetuoso del movimiento soviético y la guerra civil, marcada por el martirio de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, y de millares y millares de héroes anónimos", fuesen una prueba de ello. Falso, según las palabras de Lenin, que el movimiento avanzase "hacia la dictadura del proletariado, hacia el poder soviético (...) con la fuerza de un torrente de millones y decenas de millones de proletarios que derriban todo a su paso".

Según ellos, la previsión no se verificó; ¡abajo la previsión! La dictadura del proletariado fue un sueño: por lo tanto, para los que creyeron en ella, ¡abajo la dictadura del proletariado! La llamada a los proletarios del mundo entero para que se

(1) Conquistado y consagrado, Oeuvres, tomo 28, pp. 502-504.

(2) Grandes jornadas, escrito durante el congreso pero publicado en mayo de 1919. Ver The First Five Years of the Communist International, Londres, 1973, tomo I, p. 73.

unan bajo una misma bandera se perdió en el laberinto de fronteras nacionales más rígidas que nunca: ¡abajo el internacionalismo proletario!

Dejaremos a los portavoces oportunistas de la ideología burguesa la lastimosa sabiduría que pretende que si "las cosas suceden así" en un momento de la historia, sin ninguna duda, deben y deberán suceder siempre así. De cualquier modo, la discusión entre reformistas y revolucionarios no se refiere a los plazos más o menos largos que nos separan de la caída del orden capitalista mundial. Se refiere a la vía trazada a la clase obrera y a su partido para "facilitar y acercar esa caída", para avanzar hacia nuestro objetivo histórico, sea éste próximo o lejano.

La verdad, confirmada por los hechos de la primera carnicería imperialista y de su sangrienta posguerra, vivida físicamente por las grandes masas, la verdad que registró el puñado de delegados reunidos en Moscú y de la cual el I y II Congresos constituyeron la piedra angular del nuevo edificio, era clara e inequívoca: negaba la existencia de cualquier "vía intermedia" entre dictadura de la burguesía y dictadura del proletariado; ella designaba a esta última como "la mayor consigna de Marx, la consigna que establece el balance de la evolución del socialismo y del movimiento obrero desde hace un siglo" (3).

Es esta misma verdad la que recordará Lenin el 28 de agosto de 1919, tras la victoria sobre Koltchak, a los obreros y campesinos rusos sumidos aún en los tormentos de la guerra civil: "No hay término medio. Sólo sueñan en vano con ello los hijos de papá, los intelectuales, los señoritos que han mal estudiado sus pésimos libros. En ningún lugar del mundo hay ni podrá haber término medio. O bien la dictadura de la burguesía (disimulada bajo la pomposa fraseología socialista-revolucionaria y menchevique sobre la soberanía del pueblo, la Constituyente, las libertades, etc.), o bien la dictadura del proletariado. Aquel a quien toda la historia del siglo diecinueve no le haya enseñado eso es un perfecto imbécil" (4).

¡Imbécil también, y más aún, el que no lo haya aprendido de toda la historia del siglo veinte y de su interminable serie de catástrofes! En cuanto al programa de los comunistas revolucionarios, éste no cambia cualquiera sea la rapidez del movimiento de la historia, que hoy es terriblemente lento desde el punto de vista del proletariado. Por eso, la "declaración de intención" del Manifiesto de la Internacional Comunista a los proletarios del mundo entero conserva desde marzo de 1919 todo su valor de principio, para cada año, cada mes, e incluso cada instante: "La crítica socialista ya ha condenado suficientemente el orden mundial burgués. La tarea del partido comunista internacional es abatirlo".

o o o

(3) La Tercera Internacional y su lugar en la historia, 15 de abril de 1919, Oeuvres, tomo 29, p. 310.

(4) Carta a los obreros y campesinos sobre la derrota de Koltchak, Oeuvres, tomo 29, p. 564.

Sólo colocándose en este terreno es posible extraer un balance histórico de las "experiencias" de esos años. Para los que sueñan con una vía intermedia -la tercera, la cuarta o la enésima vía al socialismo- la historia de la III Internacional parte del utopismo generoso de un "proyecto revolucionario" incompatible con un período que rápidamente se reveló como "relativamente estable", para desembocar en el realismo maduro y calmo de los frentes populares, del nuevo descubrimiento de los valores democráticos y de la política de las amplias alianzas, un realismo "impuesto" por el reconocimiento del hecho que la "gran ocasión" de un nuevo Octubre se había desvanecido. Uno de esos historiadores ve una "paradoja" en este hecho para nosotros lógico: los años del "sentar cabeza" de la Internacional Comunista en el sentido de la democracia y del gradualismo fueron los de las purgas stalinistas más feroces, y su evolución culminó con su disolución, exigida por la Gran Alianza Democrática de la guerra. Nosotros vemos el mismo ciclo desde un punto de vista opuesto: este ciclo parte del espléndido realismo de la época en que se repudiaban todas las "vías intermedias" y toda alianza con sus profetas para desembocar en el lastimoso utopismo del período en que se las "volvió a descubrir". El primero, o sea el realismo, reposaba en las sólidas bases de la doctrina; el segundo sólo podía mantenerse abrazando directamente, sin reservas ni disimulo, la causa de la democracia burguesa. Y para poder abrazarla era preciso que desencadenase la violencia y el terror contra los hombres, corrientes y partidos ligados al recuerdo del año rojo de 1919. En otros términos, tenía necesidad de hacer uso de lo que hoy se apresura a renegar. A la historia le son familiares este tipo de vueltas.

Según los predicadores de falsas vías intermedias, la III Internacional no podía dejar de entrar en la vía de la liquidación, ya que se habían enfriado los entusiasmos, comprensibles pero infantiles, de la inmediata posguerra y se habían desvanecido las perspectivas de una revolución a breve plazo. Para ellos, una continuidad perfecta vincula al Lenin de 1921 (si no al de 1919) a los Gramsci, Togliatti o Thorez, y hasta a los Berlinguer, Carrillo y Marchais de hoy. En ese trayecto Stalin no figura más que como una excrecencia pasajera.

Nosotros vemos una antítesis absoluta entre esos dos extremos. Si desde 1921 la línea vacila y flaquea en el dominio táctico, en 1926 se rompe en el dominio de los principios. Y el stalinismo, lejos de ser un episodio accidental, fue el agente necesario de esta ruptura histórica. Mal que les pese a los hijos de papá, intelectuales, señoritos que han mal estudiado sus pésimos libros: ¡Stalin tiene su lugar entre los Padres de la Democracia y del Pluralismo!

o o o

Por lo tanto, es completamente natural que allí en donde todo el mundo ve una novela que termina bien, nosotros reconozcamos una epopeya histórica que acaba trágicamente.

Las cartas de invitación al primer congreso de la Internacional Comunista salieron de Moscú el 24 de enero de 1919. Unos días antes, en Berlín, los hechos habían confirmado cruelmente o

tra afirmación del marxismo: quien repudia "la mayor consigna de Marx, la consigna que establece el balance de la evolución del socialismo y del movimiento obrero desde hace un siglo, la consigna que se expresa así: dictadura del proletariado", no solo da la espalda simplemente a la revolución para enrolarse bajo la bandera de las reformas, sino que se propone como verdugo al servicio de la contrarrevolución. En el corazón mismo de Europa, la clase obrera se ha levantado en armas. Su espléndida vanguardia ha sido abatida por la metralla socialdemócrata. Bajo formas e intenciones diversas, esta experiencia se repetirá en el curso de cinco a seis años de batallas encarnizadas, como ya se había repetido durante todo el heroico trayecto de la guerra civil en Rusia.

Hoy, los portavoces oportunistas de la "gran cultura" burguesa declaran con aire pontifical que el nacimiento de la III Internacional fue prematuro. Prematuro, por supuesto, siguiendo su criterio infalible de madurez: la conversión al reformismo, al gradualismo, al democratismo. Nosotros tenemos derecho a decir que en relación a las exigencias que nos interesan, las de un movimiento real en auge en el mundo entero y sobre todo en Europa, de un movimiento que tenía necesidad no tanto de un "faro" como de una dirección única y mundial, la Internacional nació tarde. Uno de nuestros axiomas es que si "el partido puede esperar a las masas, éstas no pueden esperar al partido".

Vuelve a encontrarse aquí, en otro plano, el desfase entre el movimiento social en Rusia y el movimiento social en Europa. De ello se deduce que, en el mismo momento en que la fuerza de las determinaciones objetivas impulsaba a los proletarios occidentales a recuperar la ventaja tomada por sus hermanos de Petrogrado y Moscú, que desde hacía un año y medio habían conquistado y defendido el poder heroicamente, terribles trabas entorpecían su marcha. La fuerza de inercia del pasado, concentrada en la "vieja casa" de la II Internacional y en su poderosa red organizativa (5), se combinaba con las tradiciones y sugerencias de la democracia para frenar e incluso impedir el indispensable proceso de selección y, por tanto, de ruptura entre la mayoría reformista y la minoría revolucionaria. Lo que marcaba el paso en Europa no era la lucha de clase del proletariado, era la conciencia de todas las implicancias de su "prolongación hasta la dictadura del proletariado", era incluso la conciencia de la necesidad de esa prolongación. Por lo tanto, lo que marcaba terriblemente el paso era la formación de partidos que sean realmente, en los hechos y no en el papel o por simple moda, partidos comunistas.

La Internacional Comunista tenía que nacer, aunque más no

(5) Ya tuvimos ocasión de citar la penetrante página en la que Trotsky evoca la "paradoja" de un aparato organizativo como el construido en Alemania para la lucha proletaria de clase y que se transforma en el instrumento de su parálisis, tanto más eficaz cuanto más enorme y potente era: "Una vez más la historia presenta al mundo una de sus contradicciones dialécticas. Precisamente porque la clase obrera alemana había consagrado en el período precedente lo mejor de sus energías para levantar un edificio organizativo capaz de bastarse a sí mismo, que en la II Internacional ocupaba el primer lugar como partido y como aparato sindical, precisamente por eso, en el nuevo período, en el momento del paso a la lucha revolucionaria abierta por la conquista del poder, la clase obrera alemana se encuentra terriblemente desarmada desde el punto de vista organizativo" (Una revolución rastrera, en The First Five Years..., p. 69).

fuese para acelerar ese proceso, como había sido previsto en Zimmerwald y Kienthal, y como estaba previsto en las Tesis de Abril de Lenin. Y naciendo, debía hacerse cargo del pesado fardo de ese retardo. Haber aceptado hacerse cargo de él forma parte de sus títulos de gloria, aun cuando, pese a los esfuerzos de sus fundadores, ese fardo ocasionaría pronto su pérdida. Entonces no era cuestión de "elegir", contrariamente a lo que piensan (desde su punto de vista, lógicamente) los historiadores que ignoran el marxismo. Entre todas las irregularidades, disonancias, desproporciones, a través de las cuales el desarrollo del mundo capitalista condena al movimiento obrero a abrirse camino, también está ésta, y no es la menos importante. "La historia universal se encamina irresistiblemente hacia la dictadura del proletariado, pero de ningún modo va por caminos unidos, simples y rectos", escribía justamente entonces Lenin (6), recordando lo que ya había tenido ocasión de explicar. Si, contrariamente a lo que ocurría en Rusia, para el proletariado de los países capitalistas desarrollados sería relativamente fácil, una vez conquistado el poder, "continuar y conducir hasta la victoria definitiva la gran revolución proletaria", en cambio era mucho más difícil comenzar la revolución. En esos países, las condiciones materiales eran favorables para la "continuación" hasta la victoria; pero las condiciones subjetivas, y ante todo la ausencia del partido de clase formado sobre bases seguras, incidían contra el "comienzo". Las primeras llamaban a quemar etapas, las segundas a no forzarlas. Pero no había "elección" ni tampoco había vía intermedia.

En el momento en que la guerra civil en Rusia entraba en una de sus fases más agudas y sangrientas, en el momento en que en toda Europa central las masas obreras se insurgían con un coraje a toda prueba y se lanzaban al asalto de los bastiones del poder burgués, los 54 delegados del I Congreso de la Internacional Comunista sintieron que era preciso lanzar un desafío al mundo capitalista y a sus lacayos, un desafío que diese al mismo tiempo una orientación segura a la clase obrera de todos los países. Ese desafío lo condensaron en tres puntos fundamentales:

1) "Nuevamente, al inmenso complot de las clases capitalistas, el proletariado debe responder con la conquista del poder político" que "debe significar la ruina del aparato de Estado burgués y la creación del aparato de Estado proletario", aparato que el proletariado debe "dirigir contra sus propios enemigos, sirviéndose de él como palanca para la transformación económica de la sociedad".

2) "El período revolucionario exige que el proletariado utilice un método de lucha que concentre toda su energía, a saber, la acción directa de las masas hasta su lógica consecuencia, el choque directo, la guerra declarada con la máquina gubernamental burguesa. Todos los otros medios deben estar subordinados a ese objetivo (...)

"Las condiciones preliminares indispensables para esta lucha victoriosa son: la ruptura no solo con los lacayos directos del capital y los verdugos de la revolución comunista -cuyo papel asumen hoy los socialdemócratas de derecha-

(6) Lenin, La Tercera Internacional y su lugar en la historia, op. cit., p. 312.

sino incluso la ruptura con el "Centro" (grupo Kautsky), que en el momento crítico abandona al proletariado y se une a sus enemigos declarados".

3) "El crecimiento del movimiento revolucionario en todos los países, el peligro para esta revolución de ser ahogada por la liga de los Estados burgueses, los intentos de unión de los partidos traidores al socialismo (...) con el objetivo de servir vilmente la liga de Wilson, y, por último, la absoluta necesidad para el proletariado de coordinar sus esfuerzos, todo esto nos conduce inevitablemente a la fundación de la Internacional Comunista, verdaderamente revolucionaria y verdaderamente proletaria.

"La Internacional que se demuestre capaz de subordinar los llamados intereses nacionales a los intereses de la revolución mundial, realizará así la ayuda mutua de los proletarios de los diferentes países, mientras que sin esta ayuda mutua, económica y demás, el proletariado no está en condiciones de edificar una nueva sociedad. Por otra parte, en oposición a la Internacional socialista amarilla, la Internacional proletaria y comunista sostendrá a los pueblos explotados de las colonias en su lucha contra el imperialismo, para apresurar el hundimiento final del sistema imperialista mundial" (7).

Era preciso lanzar ese desafío aun cuando en el terreno organizativo las posibilidades reales de tomar las riendas del movimiento a escala mundial fuesen nulas en la práctica (8). Algunos decían entonces, y hoy se lo dice nuevamente, que para lanzar semejante desafío y hacerlo creíble faltaba al congreso una cualidad fundamental, a saber, una vasta "representatividad".; Objección típicamente democrática! La Liga de los Comunistas ¿tuvo necesidad de ser representativa para adoptar y lanzar al mundo, en febrero de 1848, el Manifiesto de Marx y Engels? Los delegados reunidos en 1864 en el Hall del St. Martin, de Londres, ¿tuvieron necesidad de un certificado de representatividad, aunque más no fuese europeo, para aprobar el Mensaje de Marx o hacer redactar por una comisión los Estatutos de la Primera Internacional? Las conferencias de Zimmerwald y Kienthal, embriones de la III Internacional, ¿eran lo suficientemente representativas?

Desdeñando toda consideración de... procedimiento, las tesis sobre la democracia burguesa y la dictadura proletaria redac

(7) Plataforma de la Internacional Comunista, en Manifiestos, Thèses et résolutions des quatre premiers congrès mondiaux de l'I.C., 1919-1923, Paris, 1934, pp. 19 y 21.

(8) Uno de los argumentos aducidos por el delegado alemán Eberlein para justificar la oposición de su partido a la constitución inmediata de la I.C. era ése. Por otra parte, se sabe que en el momento del voto se abstuvo y que fue el único. Si, como decía Trotsky, la convocatoria del congreso se había vuelto una exigencia que no era posible diferir, se puede decir otro tanto de la decisión de constituir el órgano mundial de dirección de la clase obrera -con todos los riesgos, pero también con todas las potencialidades, que eso comportaba. El historiador socialdemócrata puede sonreír del fervor entusiasta del delegado austríaco que, al llegar a Moscú tras quince días de aventurado viaje, pedía que se terminase con los atrasos. Su estado de ánimo correspondía mejor a las aspiraciones y al instinto de la clase obrera en la coyuntura de 1919 que el del camarada del Spartakusbund, ponderado y ciertamente no desprovisto de argumentos.

tadas por Lenin, la Resolución sobre la posición hacia las corrientes socialistas y la conferencia de Berna y la Plataforma de la Internacional Comunista redactadas por Bujarin, la Resolución sobre el terror blanco y el Manifiesto de la Internacional Comunista escritos por Trotsky, estaban centrados en la oposición absoluta entre la dictadura del proletariado y la lucha por instaurarla, por una parte, y la democracia burguesa y la lucha por salvaguardarla, por otra. Esos textos no extrañan su "legitimidad" de una representatividad democrática, sino del hecho que respondían a un "deber histórico absoluto", a la doble exigencia de dar a los proletarios de Europa y de América como a los pueblos oprimidos de Asia, y en perspectiva de Africa, un punto de referencia sólido y una orientación clara para su lucha, y en tablar un proceso irrevocable de escisión de los futuros partidos comunistas, para separarlos tanto de la vieja socialdemocracia como del centrismo.

Más allá de todas las barreras locales o temporales, esos textos pertenecen al patrimonio indestructible del movimiento comunista. Aun cuando no hubiese podido hacer más, la III Internacional habría dejado con ellos una imborrable herencia a la clase obrera de todos los países. Y si fuese preciso justificar su nacimiento, portador de tantas esperanzas en marzo de 1919, esto bastaría.

o o o

¿Bastaba esto para hacer desaparecer la contradicción entre la urgente necesidad de dotar a la clase obrera mundial de un órgano unitario de combate y de dirección, y la necesidad de asegurarse que los partidos adherentes a la Internacional Comunista fuesen verdaderamente comunistas por su teoría, su programa, su táctica, su organización? Evidentemente no.

La contradicción estaba ligada al retardo con el que las vanguardias del proletariado de la mayor parte de los países capitalistas avanzados tendían a empeñarse en esta reconstitución integral de la doctrina marxista, y su traducción en términos tácticos y organizativos, que había constituido y que constituía la fuerza del partido bolchevique. Cuando en Rusia la clase obrera, que había quemado etapas, corría el riesgo de ver ahogada su dictadura por la opresión mortal del aislamiento (9), ese retardo persistía. Era una realidad material cuyas consecuencias se podía limitar, pero que no era posible borrar.

Allí se inserta nuestra batalla en el seno del Comintern, prolongando la de los bolcheviques. ¿Cuál fue la enseñanza más formidable que nos dieron estos últimos? Precisamente, allí en donde su utilización habría sido teórica e históricamente legítima, descartaron uno tras otro esos artificios tácticos constituidos por el acercamiento o la convergencia con partidos "próxi-

(9) Que no se nos venga a decir aquí: ¡las exigencias de la conservación del Estado soviético comienzan a pesar en la política de la Internacional! No señores! En esta época la dictadura bolchevique era una conquista del proletariado mundial, que le imponía responsabilidades bien precisas. Ella exigía ser defendida en cuanto bastión avanzado de la revolución internacional; que ella no había dejado de promover y defender!

mos", e inclusive, en ciertas fases, el ofrecimiento de participación en el gobierno revolucionario provisorio. En suma, en el corazón mismo de una revolución "doble", trazaron la vía única y recta de la revolución proletaria "simple". Según nuestra corriente, esta lección no debía perderse, y era preciso sobre todo extraer las consecuencias de ella allí en donde, como en la Europa capitalista, una larga tradición parlamentaria y democrática arrastraba a un relajamiento táctico, organizativo, o incluso programático, de los más funestos.

Las Tesis del II Congreso de la Internacional provocaron una primera selección: los anarcosindicalistas, los espontaneístas, los obreristas, los consejistas y, más generalmente, los anti-partido, aquellos a los que se había creído poder arrastrar bajo la bandera de la "dictadura proletaria en su forma soviética" en 1919, cuando parecía que la revolución golpeaba a la puerta en todas partes, esas corrientes se apartaron de la I.C. La rigurosa aplicación de esas tesis habría tenido que impedir la contaminación de la Internacional con los residuos del reformismo, parlamentarismo, socialchovinismo. Lamentablemente, ese rigor faltó en el momento mismo en que, al alejarse la perspectiva de una revolución inminente, éste habría sido aún más necesario.

Sabemos muy bien que tras la constitución de grandes "partidos de masa" en Occidente la dirección bolchevique hubiese depurado a esos partidos de las terribles escorias que aún encerraban. Pero eso hubiese hecho perder un tiempo precioso en una época en que no se podía perder un minuto, y hubiese significado renunciar a dar a las masas el sentimiento de que, en nuestras filas, el pasado acomodaticio, maniobrero y conciliador de la II Internacional estaba muerto y enterrado para siempre. Sobre todo, habríamos heredado así organismos congénitamente refractarios (10) a cualquier transformación real en el sentido revolucionario, imaginando que era posible transformarlos y remodelarlos. Sabíamos muy bien que para Lenin la propuesta de "frente único" o la consigna de "gobierno obrero" sólo eran expedientes que tendían a desenmascarar a los ojos de los obreros los partidos a los cuales aún permanecían ligados por la inercia de la confianza y la tradición. Pero sabíamos también que la existencia misma de esas propuestas oscurecía a los proletarios la verdadera naturaleza de la socialdemocracia y el alcance histórico de nuestra ruptura con ella. Por otra parte, sabíamos muy bien que el "viejo Adán" oportunista, aún entre nosotros, pasaría de la oferta de una colaboración imposible a una colaboración efectiva, y esto se confirmó rápidamente.

Indudablemente, la acción combinada de una cierta tolerancia organizativa y de una libertad más o menos grande en la maniobra táctica no bastó por sí misma para transformar la Internacional de Lenin en la pseudo-Internacional de Stalin. Pero evidentemente disminuyó la capacidad de resistencia de la primera, y preparó el terreno para el golpe de gracia de la segunda.

(10) "Una tesis análoga a la que demuestra la imposibilidad de tomar el aparato de Estado burgués y orientarlo hacia los objetivos de la clase obrera y la construcción del socialismo atestigüa (...) que la estructura de los partidos socialdemócratas de la preguerra, adaptada a las funciones parlamentarias y sindicales, no puede transformarse en estructura de partido revolucionario de clase, órgano de la conquista del poder dictatorial" (Amadeo Bordiga, Moscú y la cuestión italiana, en Rassegna Comunista, nº 5 de 1921, p. 214).

Hoy, los historiadores al servicio del orden establecido pretenden descubrir en Lenin el padre no solo del frente único con la socialdemocracia y el radicalismo burgués en los años 30 en Francia y España, sino también del frente nacional realizado durante y después de la guerra, en los años 40, y propuesto nuevamente en esa época a las fuerzas políticas más diversas. Los más moderados quieren ver en Lenin bajo una forma implícita lo que los profetas del "partido nuevo", del "compromiso histórico" y del "pluralismo socialista" explicitaron solemnemente luego. No nosotros denunciamos esta mentira infame, sin quitar nada a nuestras tesis de la época, y celebramos el 60º aniversario de la fundación de la III Internacional relejendo este pasaje de Lenin, epitafio de todos los frentismos, pluralismos y democratismos pasados, presentes y futuros:

"Cuando se nos reprocha la dictadura de un solo partido y se nos propone, como lo habéis escuchado, un frente único socialista, decimos: "¡Dictadura de un solo partido, sí! Esa es nuestra posición, y no podemos dejar ese terreno porque es el partido que en el curso de decenas de años conquistó el lugar de vanguardia del conjunto del proletariado industrial de las fábricas y talleres. El partido que ya había conquistado ese lugar antes de la revolución de 1905. El partido que, en 1905, se encontró a la cabeza de las masas obreras, que después e incluso durante la reacción consecutiva a 1905, mientras el movimiento obrero tenía tanta dificultad en volver a arrancar, se fundió con la clase obrera, y sólo él podía conducirla a la transformación profunda y radical de la vieja sociedad". Cuando se nos propone el frente socialista único, decimos: los que lo proponen son los partidos menchevique y socialista revolucionario (11) que en la revolución se inclinaron del lado de la burguesía. Conocemos dos experiencias, la experiencia Kerenski, cuando los socialistas-revolucionarios constituían un gobierno de coalición con el apoyo de la Entente, es decir, de la burguesía mundial, de los imperialistas de Francia, América e Inglaterra. ¿Qué resultado observamos? ¿Vimos ese paso gradual al socialismo que prometían? No, vimos la bancarrota, vimos la dominación de la burguesía y la derrota total de todas las ilusiones conciliadoras" (12).

Esa es la posición de 1919. Luego de tantas terribles "experiencias" del mismo tipo, esa es con mayor razón aún nuestra posición de 1979. ¡Nuestra posición de siempre y para siempre!

(11) ¿Es preciso subrayar que comparados con los "comunistas" y "socialistas" actuales, esos partidos son... extremistas? Y bien, no solamente Lenin no les tiende la rama de olivo, sino que rechaza la que le ofrecen ellos "gentilmente". Y esto, incluso cuando se encontraba en posición de fuerza, cuando el partido ejerce el poder totalitario. ¡El rechazo de tales frentes se impone con mayor razón aún en todo el período preparatorio de la revolución, cuando la fuerza la tienen los otros!

(12) Lenin, Discurso al primer congreso de los trabajadores de la enseñanza y de la cultura socialista de Rusia, 31 de julio de 1919, Oeuvres, tomo 29, p. 540.

El proletariado y la guerra (yII)

(Los tres primeros artículos de esta serie aparecieron en el número precedente de *El Programa Comunista*.)

La guerra revolucionaria proletaria

Ayer

Las revoluciones burguesas fueron seguidas de un período histórico de "guerras revolucionarias" burguesas. Dentro de cada nación, en las fronteras de cada Estado, la revolución burguesa fue el producto de una lucha de clase y tomó las formas violentas de guerra de clase, de guerra civil entre hombres del mismo país y de la misma lengua, que combatieron porque pertenecían a clases sociales opuestas y por la conquista del poder. Pero está claro que, cuando hablamos de *guerras revolucionarias burguesas*, hablamos aquí de verdaderas guerras, entre ejércitos pertenecientes a Estados diferentes, en los que cada uno ejerce firmemente el poder en su propio país.

El marxismo trató a fondo el período histórico de esas guerras con sus aspectos complejos. A través de este período se concluye, en el marco mundial, el paso del poder y de los regímenes feudales a la dominación política general del capitalismo. Pero no se puede reducir la cosa a los simplistas esquemas caros a la literatura. El país A, al abatir el despotismo feudal, realiza la gran revolución democrática y liberal (burguesa, como decimos nosotros, marxistas). En el país B los liberales, los patriotas gimen aún bajo el yugo del absolutismo: A recluta un ejército y va a liberarlos. O bien: en B, el poder feudal ve que las cosas andan mal y, no contento con reprimir el movimiento de los revolucionarios en el interior, realiza una expedición para abatir la revolución en A y estar así más tranquilo... Las vicisitudes de la historia fueron mucho más complejas. La fase misma de las guerras imperialistas características de la época actual tiene su origen en las grandes guerras comerciales del siglo XVIII que se mezclan con las guerras nacionales. Todas son "progresivas" porque sirven para expandir el capitalismo, para el que todas las coberturas son buenas: la piratería de los corsarios como la cruzada redentora. La primera revolución burguesa es la britá

nica. Lejos de lanzarse a las guerras para exportar la libertad, emprende, por el contrario, guerras de hegemonía, incluso contra Francia, que la sigue en lo que concierne a la transformación social. Incluso las victorias de las coaliciones feudales y de las Santas Alianzas, y las pasajeras restauraciones monárquicas y aristocráticas, se insertan en el marco de la difusión del capitalismo en Europa y fuera de ella, al igual que las invasiones de los pueblos nómades en el Imperio romano habían acelerado la formación de los Estados estables y de la economía basada en la propiedad de la tierra. Sobre todo, son las grandes derrotas militares las que rompen los nudos de los viejos conglomerados sociales y estatales, y abren perspectivas revolucionarias nuevas.

Todo este complejo período, al que Lenin asigna los límites de 1792-1871, con sus flujos y reflujos históricos, nos presenta el conjunto, históricamente cerrado, de las "guerras burguesas y nacionales progresivas", al que los marxistas del siglo XX no tienen ninguna deuda histórica que pagar tras los ríos de sangre proletaria que costaron, desde la Bastilla hasta el Palacio de Invierno.

Desde los primeros congresos internacionales de este siglo, la guerra entre los Estados capitalistas es considerada por los marxistas no como una fase de desarrollo que debe realizarse, donde quiera que se produzca, con el apoyo de los socialistas, sino como "una ocasión para abatir el poder burgués a través de la guerra social entre las clases".

Habiendo sido esta idea y este compromiso traicionados de todos lados, Lenin, y con él todo el marxismo de izquierda, no deja de martillar y martillar para restaurarlos.

La guerra es *completamente* imperialista. No tiene lados ni aspectos progresivos. Es preciso predicar su sabotaje por el proletariado "en la retaguardia", en *todos* los Estados. La defensa más potente de esta tesis histórica, unida al ejemplo más victorioso, vino precisamente del único país que aún tenía necesidad de verdad de una llamarada *progresiva*. El derrotismo en la guerra zarista rusa no condujo al partido proletario a bendecir la guerra de los Estados burgueses contra Rusia. Hubiese sido exactamente igual si el enemigo no hubiese sido Japón como en 1905, o Alemania como en 1914, sino la democrática Inglaterra, como estuvo a punto de ocurrir en 1912.

Poniendo la mira desde el primer día de la guerra en la caída de Petrogrado, la que, apenas tres años más tarde, será el resultado no solo de la doctrina revolucionaria, sino de la historia viviente, Lenin no apuesta un solo copek a la bandera de los ejércitos que marchan contra el de Nicolás Románov. Día tras día, desde el primero hasta el último, en el movimiento dialéctico de una sola y misma batalla, asesta su martillo en el cráneo de los socialistas de guerra, hayan éstos apoyado a los ejércitos franco-ingleses aliados al Zar o a sus enemigos, los ejércitos alemanes.

Por lo tanto, precisamente de ese sector del mundo moderno de donde hubiese podido venir -a título de excepción- el pedido de obtener aún un *plazo* para lanzarse a la tarea democrática, progresiva y burguesa de una guerra que debía liquidar la última monarquía absoluta, precisamente de allí vino la reivindicación del fin histórico de las guerras de progreso y liberación, de la guerra imperialista general que se debía convertir en *todas partes* en guerra obrera de clase.

Así, la guerra de 1914-18 no logró pasar por una "guerra revolucionaria" en el sentido histórico de la revolución burguesa, con el último argumento que podía encontrar, el argumento antirruso, por otra parte menos indecente que el pretexto antialemán.

Bastaron algunos meses para trastocar la situación, y se vió sucesivamente en Moscú un régimen democrático-burgués, luego un régimen proletario, mientras persistía la guerra mundial. Estaba claro que de diversos lados se iba a invocar el cambio de carácter histórico de la guerra. Se trató de presentarla como una guerra revolucionaria burguesa. Poco después, la historia planteaba el problema de la guerra "conducida por un Estado proletario victorioso", guerra no excluida por principio por los marxistas, que no son ni fabianos ni pacifistas, y que había sido considerada expresamente por Lenin en 1915 cuando denunciaba la forma vergonzosa con que los socialpatriotas de los diversos países de Europa desnaturalizaban el carácter de la guerra capitalista.

Quando llegaron las primeras noticias de febrero de 1917 y se supo que la revolución se extendía de Moscú y Leningrado a toda Rusia, los "expertos" de la política, que florecen en todas las épocas siempre con el mismo estilo fétido, sonrieron con suficiencia. ¡Trabajo de las embajadas inglesas y francesas! ¿No habíais pues comprendido que el Zar, con su nobleza reaccionaria y su feroz policía, se preparaba a traicionar nuestra gran guerra liberadora y a pasar del lado de sus semejantes, los déspotas de Viena y Berlín? ¡Londres y París se encargaron a tiempo de retomar el control de la situación, del ejército ruso! Todo era explicado en 1917 por los que cada mes tienen una nueva fórmula política, los mismos que en 1914 corrían muertos de miedo a orar a los iconos para que el ejército del Zar obligase a los alemanes a cambiar de frente para defender Berlín amenazado, permitiendo así el salvataje inesperado de ese baluarte de todos los chancros democráticos, que es la "Ciudad Luz"...

Numerosos socialistas italianos, a los que habíamos sujetado firmemente por la brida, y a veces impedido con el látigo desviarse de la línea antibelicista, intentaron entonces la diversión: ¡la guerra ha cambiado de carácter!, declararon. Y avanzaron dos grandes hechos históricos: por una parte, junto a la Entente está de ahora en más la libre (¡qué va!) América; por otra parte, hay una Rusia moderna, civilizada, parlamentaria. La guerra tiene de completamente a la derrota de dos imperios reaccionarios, ¿cómo no adherir a ella? Mientras que nosotros, socialistas revolucionarios, poco podíamos hacer más que oponer brutalmente a esas insidiosas maniobras la palabra de Cambronne (¡mierda!), dictada sobre todo por la estima que teníamos tanto por la próspera democracia de América como por aquella lloriqueante de Moscovia, Lenin desembarca en Rusia en abril de 1917. Desembarca del vagón blindado alemán, y los mismos expertos decretan; he ahí la contramaniobra!: Berlín moviliza hábilmente al extremista Lenin, con sus bolcheviques emigrados, para engañar a Londres que movilizó a los moderados Lvov y Kerensky; la legación alemana de Berna concluyó el pacto que liberará al Estado mayor de Ludendorff de un ejército enemigo. Pero Ludendorff no reirá último, y los expertos tampoco.

Lenin. *Tesis de Abril*, 1917 (1). Una etapa militar de la Revolución mundial, uno de sus documentos lapidarios.

(1) *Las tareas del proletariado en la presente revolución*, 4-5 (17-18) de abril de 1917, *Oeuvres*, tomo 24.

Tesis 1. (La guerra) sigue siendo indiscutiblemente una guerra imperialista, de rapiña, bajo el nuevo gobierno de Lvov y Cia., (y) es intolerable la más pequeña concesión al "defensismo revolucionario". ¡Zás! Casi todo el partido bolchevique, no obstante oponerse a la política de los partidos burgueses, populistas y menchevique, creía en esta paca de la defensa nacional. En las tesis, Lenin, solo o casi contra todo el Comité Central (¡otra que democracia de partido!) serena, tranquilamente, echa por tierra una serie histórica de puntos esenciales. Nada de República Parlamentaria, sino una república de los Consejos Obreros. En los campos, como centros de gravedad, Soviets de obreros agrícolas (desgraciadamente, en Rusia los proletarios rurales eran poco numerosos, y hubo que hacer algunas concesiones parciales a los socialistas revolucionarios y a los soviets de los pequeños propietarios campesinos, pero éste es otro tema). Cambio de nombre del partido (que se llamaría comunista) y del programa en los siguientes puntos: imperialismo, cuestión del Estado; renovación de la Internacional.

Una de las grandes sacudidas del subsuelo histórico... La masa, los militantes, el mismo órgano jerárquico formalmente regular del partido, ven y siguen con retardo. No es por milagro ni por magia que la cabeza de un hombre afirma una fórmula clara, en el puro filón purísimo de la doctrina del partido de clase. Muchos otros "votaron" en sentido contrario. Poco importa. Ahora se frotan los ojos y dicen firmemente: es así. Pinches de la democracia representativa, ¡he ahí nuestro mecanismo!

Esas tesis no son sólo programáticas, observémoslo bien, si no también de polémica y de propaganda a nuestro modo, que no es el de los promotores de dentífricos (así, Lenin recomienda cuidado, paciencia y perseverancia en la tarea de combatir en las masas la concepción errónea de que la guerra sería conducida "por necesidad, no por espíritu de conquista").

En ellas, Lenin fija las condiciones para el "asentimiento" del proletariado a una guerra "que justifique verdaderamente el defensismo revolucionario". Esas condiciones son las siguientes: a) paso del poder a manos del proletariado y de los sectores pobres del campesinado a él adheridos; b) renuncia de hecho, y no de palabra, a todas las anexiones; c) completo rompimiento de hecho con todos los intereses del capital (leed: *del capital interno y externo*).

Puesto que el régimen que tenemos en Rusia en abril de 1917 no responde a esas condiciones, la política del partido bolchevique en la guerra será: organización de la más amplia propaganda sobre esos puntos de vista en el ejército combatiente; fraternización (en las trincheras, entre los proletarios - soldados rusos y alemanes, para sabotear ambas disciplinas de guerra enemigas). Si el proletariado toma el poder, el programa será: "Supresión de la policía, ejército y cuerpos de funcionarios".

Habiendo hecho así justicia a la tesis según la cual, a partir del momento en que tenía en sus filas a los Wilson y a los Kerensky tras febrero de 1917, la guerra de la Entente había pasado del estado de sucia guerra imperialista al de "noble" guerra de progreso, podemos ir más lejos. Fueron más lejos el proletariado ruso y el partido de Lenin que, realizando las "tesis" punto por punto, tomaron el poder, eliminaron la república parlamentaria, suprimieron la policía, el ejército, la burocracia zarista-burguesa. Esto ocurrió en octubre-noviembre de 1917, pero la guerra mundial duró un año todavía y fue llevada adelante tam

bién contra el nuevo Estado revolucionario ruso, soviético y bolchevique. ¿Cuáles son las lecciones de esta experiencia histórica? La guerra imperialista, a la que Lenin había arrancado despiadadamente su máscara de guerra "revolucionaria burguesa", ¿se volvió una guerra "revolucionaria proletaria"? ¿Qué ejemplos de este tipo de guerra dió la historia del movimiento obrero internacional?.

Remontemos un poco hacia atrás, al fin del período de las guerras nacionales que hemos recordado a menudo. La Comuna de París, nacida en la *debacle* del ejército de Bonaparte y en la *ca* *tástrofe* nacional, nacida arrancando del poder a los Tschkheidzé, a los Tsereteli de ese entonces, que en este caso no eran belicistas, sino "capituladores", se encontró cogida entre dos fuerzas enemigas: el ejército francés de Versalles al servicio de la burguesía, y el ejército prusiano a dos pasos de los fuertes de París, listo a firmar el armisticio. ¿Había que decir: "no quisimos la guerra bonapartista ni tampoco la capitulación de Thiers y de la burguesía republicana. Haremos, nosotros, proletarios comunardos, la guerra revolucionaria para expulsar las divisiones de Moltke del suelo francés"? Marx alude a esta cuestión.

Hubo varios intentos del gobierno de Thiers para obtener que Bismarck tomase sobre sí la expugnación militar de París y la represión directa de la insurrección. Por sus propios objetivos, Bismarck no consideró útil hacerlo, pero incluyó en las condiciones de paz y de retirada de las tropas de ocupación la "pacificación" de París. La república burguesa fue obligada a realizar la sucia tarea con sus propias manos.

Los prisioneros comunardos que caían en las manos de los versalleses eran inmediatamente masacrados. Algunos que lograron franquear la doble línea de los puestos militares avanzados fueron capturados por los prusianos, pero salvados. Son inolvidables por su fuerza revolucionaria aquellas páginas en las que Marx reivindicaba las represalias de los comunardos, con el fusilamiento de 64 rehenes, entre ellos el arzobispo de París, y el incendio de los palacios burgueses de los bulevares, mientras los cañones de Thiers demolían las viviendas obreras. Los prusianos asistieron impasibles al espectáculo. Marx los estigmatizaba: "*Entre Prusia y la Comuna de París no había guerra. Por el contrario, la Comuna había aceptado los preliminares de paz y Prusia se había proclamado neutral. Prusia no era, por lo tanto, beligerante. Desempeñó el papel de un matón; de un matón cobarde, puesto que no arrojaba ningún peligro; y de un matón a sueldo, porque se había estipulado de antemano que el pago de sus 500 millones teñidos en sangre no sería hecho hasta después de la caída de París*" (2).

Recordando estos hechos históricos, Marx llega entonces a dos conclusiones: la salida de la insurrección proletaria no podía ser una guerra de una Francia comunarda contra el ejército prusiano, y la Comuna no debía proclamarla. La salida debía venir de la guerra social sin cuartel entre burgueses de Versalles y proletarios insurgentes de París. Estos cayeron, porque todos los gobiernos de la burguesía bajo todas las banderas se aliaron en la contrarrevolución. Y siempre, desde entonces, cuando la amenaza roja se eleva, ha sido y será así.

(2) Manifiesto del Consejo general de la Asociación Internacional de los Trabajadores, IV, 30 de mayo de 1871.

Hoy

La gran cuestión actual para la clase obrera mundial, en lo que concierne la eventual próxima guerra general (más allá de todas las hipócritas cruzadas para "impedirla", montadas por todas las fuerzas que se preparan para ella), es saber si se presentará la posibilidad de transformarla en guerra de clase o si se deberá, una vez que haya estallado la guerra, *escuchar a alguno* que dirá: "He hecho todo lo posible por conjurarla, ahora debo hacerla como una "guerra santa"; venid, hacedla conmigo!". Los *algunos* que hablarán en nombre de la santidad de una causa de los "países libres" y democráticos contra aquellos en los que reinan "la dictadura" y los "totalitarismos" tendrán un triunfo formidable, efecto de toda la gangrena introducida en las fuerzas proletarias por la reciente cruzada antialemana y de liberación nacional, de toda esta repugnante orgía de propaganda democrática y resistencial en la que el stalinismo sostenía las palanganas del vomitorium burgués.

Los otros *algunos*, que predicarán la santidad revolucionaria de la defensa de Rusia, pretenderán en vano encontrarse en las condiciones leninistas de la *defensa* nacional revolucionaria.

Ese nacionalismo y militarismo con pretensiones revolucionarias deben ser combatidos por medio de una evaluación de todas las situaciones militares ligadas a Rusia, tanto en el curso del año transcurrido entre la victoria bolchevique y el fin de la guerra de 1918, como más tarde.

La respuesta de la dialéctica marxista es ésta: puede ser que la próxima guerra vea formarse una coalición general contra el Estado ruso, y que, por tanto, la transgresión de la "ruptura" con *todos* los intereses del Capital, querida por las Tesis de Abril, sea mucho menos evidente que en el momento de la segunda guerra mundial. Pero *si* la Rusia de hoy fuese un poder proletario, *no hubiese podido* aliarse en la segunda guerra, estrechamente y en forma decisiva, con los intereses del capital inglés y americano, que desde hace dos siglos no divergen una sola pulgada de los intereses del capitalismo mundial y de la *contrarrevolución*.

La novela de la guerra santa

Ayer

En marzo de 1918, cuando se firmó la paz de Brest-Litovsk entre la Rusia bolchevique y la Alemania aún imperial, se elevaron vivas polémicas en el campo proletario y revolucionario. Habiendo la clase proletaria rusa derrocado el feudalismo y el capitalismo, ¿debía llegar a la paz a cualquier precio y liquidar la guerra? ¿O bien debía pasar de la victoria revolucionaria a la proclamación de la "guerra santa", destinada a derrocar al poder imperial alemán y a hacer avanzar la revolución social en toda Eu

ropa? Curioso, mientras que los comunistas marxistas, ala extrema del movimiento socialista europeo e italiano, aprobaban y comprendían la política leninista de *basta con la guerra* (3), y la aceptación de las condiciones impuestas en Brest "sin discutir las siquiera", los anarquistas y socialistas revolucionarios, incluso aquellos que desde 1914-15 habían sido hostiles a la guerra burguesa y al intervencionismo, se entusiasmaron no poco con la reivindicación y la idea de la "guerra santa proletaria". Curioso porque, dado que la guerra se hace con un ejército, y que los libertarios reprochan a los marxistas el empleo de un aparato de Estado autoritario para la dirección de la lucha en el interior, no se ve cómo se puede conciliar una revolución sin poder de Estado con una revolución que arma ejércitos para llevar adelante verdaderas guerras. La suprema expresión de la autoridad estatal es el hecho militar; la guerra contra ejércitos modernos y con medios modernos (y no es posible concebirla de otro modo) exige un organismo que posea el máximo de unidad centralizada, de absoluta disciplina y de autoridad jerárquica. Si para nosotros, marxistas, es imposible, a lo largo del no breve período de transformación, confiar la fundación de la economía no capitalista y no propietaria a la *iniciativa* autónoma de *libres* comunas federadas, industriales o agrícolas, como pretende la fórmula libertaria, y sostenemos por consiguiente que no es posible prescindir de la fuerza del Estado obrero y de la dirección central del partido de clase, la idea de que movilizaciones y operaciones militares podrían basarse en ese federalismo nos resulta un absurdo aún más flagrante. Desde hace ya un siglo pasó la idea burguesoidea de una guerra surgida de una llamarada ideal de las masas, conducidas por los *hijos descalzos armados sólo de rabia*. En la guerra, los métodos de organización, de planificación a partir de un centro, alcanzan su punto culminante. Si también nosotros, marxistas, tras la completa utilización de todos los resultados de la técnica moderna, hoy monopolio de los capitalistas, sabemos discernir, al final, una organización social sin intervenciones represivas y coercitivas, no hay duda que la condición de ese estadio superior del comunismo no es sólo la realización de una serie vastísima de medidas sociales, sino sobre todo la superación decisiva de la época de las guerras y de los ejércitos estatales.

La guerra es conducida por los grandes centros que son depositarios de una red inmensa de recursos técnicos y económicos, por centros cada vez más potentes: es ésta la trágica enseñanza de estos últimos tiempos. Los amplios llamamientos a las formaciones irregulares, resistenciales, a los patriotas, a los *maquis*, etc., no han tenido como objetivo una modificación seria de las relaciones de fuerza militares, y el perjuicio que provocaron al "enemigo" esos movimientos, aun desangrándose, fue nulo en relación a los resultados de las fuerzas oficiales y regulares. Ellos apuntaban al resultado político de agotar las energías de las masas, y eliminar las oposiciones a las cochinadas y vejaciones que los vencedores se proponían realizar tras el triunfo, al puro servicio de los intereses de las clases dominantes, menospreciando todas las promesas de libertad, de civilización y de justicia.

Si hay un hecho social que no será jamás espontáneo es la guerra, sobre todo la guerra moderna. En ella alcanza su máxima

(3) Ver en la *Storia della Sinistra Comunista*, vol. I, p. 319, (Ediciones Programma Comunista, Milán, 1972) el artículo intitulado "*Las directivas de la revolución rusa en una fase decisiva*", aparecido en el *Avanti!* del 25 de mayo de 1918.

expresión el manejo por un puñado de dominadores de multitudes pasivas, inconscientes, mecanizadas, insertas en una red que destruye toda tendencia a la iniciativa, reduciendo a los hombres al estado de robots homicidas. En principio, nosotros, marxistas, podremos no excluir que, para el desarrollo de la revolución, se deba empuñar, al igual que ese duro y odioso expediente que es el poder de Estado, ese otro expediente que es la guerra hecha con encuadramientos militares. Pero es curioso, como decíamos, que ese expediente entusiasme a los libertarios que quieren -y creen- ilusionándose- basarse en la autonomía de la "persona humana". *Sagrada* es la persona humana, *santa* la guerra: son expresiones que corresponden a la pura y simple ideología burguesa, a la más suciamente hipócrita, y nos hace sonreír. Millones de seres vivos bien pueden ser inmolados, para el filisteo, en aras del *sin* nuestro fetiche de la guerra. En vez, para nosotros, marxistas, la idea de la *guerra santa* no se vincula a una guerra futura que habría que ennoblecer en relación a las guerras criminales de ayer y de hoy, sino a un mayor empleo del misticismo y del fanatismo que, unidos a las vejaciones y a la conscripción, conducen una vez más a millones de oprimidos a dar su vida al servicio de los explotadores y de los opresores.

La guerra, como hecho histórico positivo y fundamental, no puede ser ignorada y exorcizada, como no puede el cretinismo democrático eliminar y exorcisar el enfrentamiento violento entre las clases: no se debe ver, pues, su desarrollo histórico partiendo de exaltaciones morales, sino con el método marxista del determinismo.

En la *Historia del movimiento obrero* de Dolléans, de tendencia anarcoide, se hace todo lo posible para presentar sinientemente la posición de Marx y Engels en 1870. El 20 de julio, el primero escribía al segundo frases de este tipo: "*Los franceses tienen necesidad de estacazos. Si ganan los prusianos, la centralización del poder de Estado servirá para la centralización de la clase obrera alemana. Además, la preponderancia alemana desplazaría el centro de gravedad del movimiento obrero occidental de Francia a Alemania... lo que significaría la preponderancia de nuestra teoría sobre la de Proudhon*". El 31 de julio, Engels responde: "*Mi confianza en los resultados militares alemanes crece día a día. Somos nosotros quienes hemos ganado la primera batalla seria*". Y el 15 de agosto: "*Elevar el antibismarkismo al nivel de único principio directriz sería absurdo. Hoy, como en 1866, Bismark hace una parte de nuestro trabajo; a su manera y sin saberlo, pero lo hace*" (4). Marx había estado después sumamente preocupado porque la frase de su carta sobre el desplazamiento del centro de gravedad del movimiento obrero fue citada en el texto del Manifiesto de Brunswick de los socialistas alemanes, mientras que no debía hacérsela pública.

Todo esto conduce a imputar la crisis de la Internacional al orgullo y al espíritu de dictadura de Marx, ensañado en liquidar al "maldito ruso" Bakunin. En otro pasaje, más tarde, Engels ataca incluso al nuevo régimen republicano francés, escribiendo a Marx el 7 de septiembre de 1870: "*Esa gente que toleró durante 20 años a Badinguet, hoy, que las victorias alemanas les han regalado una república (¡y qué república!) pretenden que los alemanes abandonen inmediatamente el suelo sagrado de Francia: sino, guerra a ultranza... Espero que una vez pasada la primera embria-*

(4) Marx, -Engels, *Werke*, Tomo 32, pp. 5, 15, 40 y 56.

quez, recuperen su buen sentido, etc..."

Como siempre, los que no llegan, no digamos a comprender, si no a situar en su verdadero terreno la gran controversia histórica entre autoritarios y libertarios sobre la revolución, querían reducirla a una cuestión de temperamento personal de los famosos jefes. Recientemente han reseñado: no sé donde, el milésimo libro sobre Lenin -por nuestra parte nos alabamos de no haber ido más allá del primero.; Desde el congreso de Londres, desde las estadias en Suiza, Lenin es descripto como el hombre que incansablemente, acto tras acto, prepara desde hace mucho tiempo la satisfacción de su innata necesidad de poder, de mando, de su avidez para condenar y hacer ejecutar a los hombres! Llegadas la ciencia y el arte burgués al mismo grado de putrefacción, buscarán hasta en el útero materno la influencia del sádico hambre de dictadura de esos grandes hombres, transformando en fotonovelas -único producto al alcance de esos autores, editores y lectores de epidermis histórica y cerebro atrofiado- la contribución serena, fuera de toda pasión subjetiva, que dieron a la teoría del Estado, del poder y de la dictadura, en relación con las clases.

Carlos Marx, Federico Engels, Vladimir Lenin, fueron hombres a los que la sola idea de asumir cargos y recibir honores fastidiaba tremendamente. Los dos primeros salieron del paso y su satisfacción se trasluce -para quien sabe leer- en cada línea de sus manifestaciones en el dominio político y práctico. El tercer, en una fase histórica diferente, fue llevado a la cabeza del Estado por el determinismo de los hechos, sin cambiar en lo más mínimo su simplicidad. Repite una y otra vez la doctrina, fustiga y fustiga a los que se desvían del recto camino, y que, impulsados por su extrema e inconcusa convicción y decisión de haber sido creados para hacer el "sacrificio" de dirigir todo, alteran e invierten la acción hasta la traición; rasca y vuelve a rasca a sus propios compañeros y partidarios periódicamente alcanzados por una fiebre de desviacionista; a un cierto momento, Lenin se decide a hacerlo él mismo, permaneciendo el mismo hombre, con la misma sonrisa indescriptible y de infinita tolerancia bondadosa por las debilidades, las vanidades y las tonterías continuas incluso de los mejores, conservando las mismas costumbres de vida que en la época de miseria. Su compañera Nadejda Krupskaja, en el Kremlin, era la misma que en las pensionistas de cuarta categoría de Zurich. Hay una anécdota sabrosa que cuenta Wolfe. Nadejda no podía evitar algunas "visitas" de damas aburguesadas, esposas de jefes socialistas, y se hablaba de cocina. Yo, decía Nadejda, me sirvo de la estufa, en la que pongo una sola olla con todo lo que tenemos para el almuerzo. ¿De verdad?! ¿Y el tiempo de cocción? Eso depende, fue la tranquila respuesta: hasta 6 horas, cuando Vladimir está sumergido en el trabajo; 10 minutos cuando tenemos mucha hambre.

Ese fue el hombre que incubaba, según los imbéciles, la serpiente venenosa de la sed de dominación. La historia revolucionaria lo colocó en la cima de la pirámide de la dictadura que pesaba inexorablemente sobre los intereses, los prejuicios y las hipocresías de los enemigos de clase. Que éstos no hayan comprendido ni siquiera quien era, como temperamento, Lenin, es la última prueba de la tesis materialista sobre el poder, esto es, que hay algunas capas sociales cuyos elementos no pueden ser convencidos con la propaganda o con medidas constitucionales, sino que deben ser aniquilados por la fuerza, y sin excluir golpe alguno.

Ese fue el hombre, que nadie vió nunca llevar uniforme, de

coración o signo distintivo alguno de poder y de honor. Han debido primero embalsamarlo para poder hacerlo subir al escenario.

Volviendo a Marx y a Engels, el efecto escandaloso de esas citas de Dolléans es completamente nulo, aun sin poderlas colocar en su verdadero contexto.

Hacer del antibismarckismo un principio significa trocar por un idealismo y moralismo estúpido el método del comunismo crítico que encuentra las causas positivas de los hechos históricos, y cuyo primer versículo dice: no ha habido nada más inhumano, feo e infame que la formación del capitalismo, pero ese proceso no solo fue necesario, en el sentido de que constituyó la condición para el desarrollo del socialismo, sino que, en los periodos y lugares en donde aún estuviese en curso, y si de nosotros dependiera, nosotros, proletarios y socialistas, deberíamos ayudarlo.

El mismo abandono total del terreno marxista tuvo lugar cuando se elevó a principio supremo sea la lucha contra los curas, sea la guerra contra Guillermo de Alemania, sea la guerra contra Hitler. Lo mismo han hecho quienes, "tras haber soportado a Bagnasciuga (5) durante veinte años" y "luego que las victorias anglo-americanas les hubiesen regalado una República (¡y qué República!), pretendían con la política de los Comités de Liberación que los alemanes dejaran inmediatamente el suelo sagrado de Italia: sino, guerra a ultranza...".

Hoy

La guerra santa no atontó a los proletarios revolucionarios de la Comuna de París, y no atontó a los socialistas italianos de 1914-1915.

Desgraciadamente, atontó a los proletarios italianos a los que, tras los veinte años de Bagnasciuga, se hizo luchar por la defensa de esta república de 1946, y hasta de la monarquía de 1943!!!

Esperemos que no les esté reservada la misma suerte cuando sobrevenga el próximo conflicto entre las dos alas de los guerrasantistas de ayer.

Si el Estado ruso no hubiese degenerado, y con él el movimiento de la Internacional Comunista fundada por Lenin, hubiese sido claro que la situación de la segunda guerra imperialista mundial no debía ser afrontada con el guerrasantismo. Un vigoroso partido marxista, la mano firme y el ojo clavado en el hilo del tiempo, hubiese proclamado esto: en 1870, el análisis objetivo podía indicarme -dado que no es la Idea, sino la fuerza, el agente que modifica las perspectivas históricas-, que la victoria de Bismarck sobre Bonaparte, más allá de las opiniones y deseos de Bismarck, era el elemento acelerador y positivo en el proceso de desarrollo de la lucha de clase europea. Aún no se había cerrado el período de las guerras nacionales de progreso. Sin embargo, ya desde entonces, estaba muy lejos de aliarme en la acción política con el gobierno prusiano, y mi movimiento era el de la Comuna, con

(5) *Bagnasciuga* es un apodo despectivo dado a Mussolini, así como en el texto original Engels designaba Napoleón III con el mote de *Badinguet*.

tra la que bonapartistas, republicanos burgueses de Francia, militaristas alemanes, nutrian el mismo odio. Estoy bastante maduro como para condenar la vergüenza de una defensa del "suelo sagrado de la república de Francia" en un bloque burgués-proletario.

Ese partido, sobre los pasos de Lenin y del ala izquierda socialista, en el momento de la guerra de 1914-1918, ya lo sabía bastante como para condenar todas las uniones sagradas al mismo tiempo.

Ese partido, en Rusia, en 1917, orienta toda la batalla para tomar el poder (febrero-octubre de 1917) sobre la consigna: *dejemos el frente, liquidemos la guerra*, contra la consigna de los burgueses y de los mencheviques: *guerra de defensa nacional revolucionaria, guerra santa anti-alemana*. Tras la conquista del poder, el partido mantiene su programa y liquida la guerra, aceptando las pesadísimas condiciones de paz de los alemanes. En una exposición detallada del período que va de la revolución rusa a la revolución alemana, veremos las etapas y los motivos de esta política decidida y precisa, en la que Lenin afronta la impulsividad de los partidarios sentimentales de la guerra revolucionaria.

Ese partido, en la segunda guerra imperialista de 1939-1945, hubiese debido sostener del mismo modo la ruptura de la política y de la acción de guerra dentro de todos los Estados. Un marxista podía conservar, sin embargo, el derecho a calcular y buscar las consecuencias de una victoria de Hitler sobre Londres y de un hundimiento inglés, sin temer que los habituales ideólogos libertarios lo acusasen de simpatías por un tirano. Ese mismo marxista conservará el derecho, mientras demuestra que el régimen de Stalin no es, al menos desde hace veinte años, un régimen proletario, a considerar las útiles consecuencias revolucionarias de un hundimiento -desgraciadamente improbable- de la potencia americana en una eventual tercera guerra de los Estados y de los ejércitos.

Lo esencial será no realizar una política de "guerra santa" en ningún caso. Tal política está ahí, en el *hilo del tiempo*, en la memoria segura de la actual generación, para mostrar sus efectos y resultados. Liberado el sagrado suelo italiano con los comités multipartidarios que todos sabemos, y con los pañuelos blancos agitados para saludar a los famosos "jeeps de nuestro corazón", ya no hay más alemanes. Pero los anti-alemanes de ayer, husmeados, no tienen más olor a santidad. Tenemos la República (¡y cuál!, de cfais bien, don Carlos mío, aún más beata, cavernícola y agiotista que la monarquía), y tenemos la oposición republicana en lucha contra ese inaudito escándalo que los frutos de la especulación capitalista son el monopolio de los hombres políticos de la mayoría, cuando en los Comités de Liberación Nacional el trabajo para garantizarlos había sido hecho por todos juntos.

Por eso, la burguesía italiana se desligó, con la santa guerra, de Bagnasciuga, y con justa razón el general Alexander, que estipuló el trato (6), quiso disipar cualquier equívoco: ¡nada de ofensa, sino un cordial apretón de manos!

(6) Alusión a la firma del armisticio en septiembre de 1943, tras la deposición de Mussolini, entre el gobierno de Badoglio y los ejércitos anglo-americanos, cuyo comandante en jefe en el Mediterráneo era el general Alexander.

Estado proletario y guerra

Ayer

Tras haber confirmado la alianza militar con los franceses, ingleses e italianos, el gobierno democrático-burgués ruso, que en febrero de 1917 había sucedido al gobierno zarista, colocó en el centro de su política, en mayo y junio, la preparación de la "gran ofensiva" contra los ejércitos austro-alemanes.

Se encontraban en esta línea no solo los partidos que desde agosto de 1914 habían apoyado la política de guerra del Zar con las consignas de defensa de la patria y de la unión sagrada nacional, sino también aquellos partidos que, como los socialdemócratas y los socialistas revolucionarios, habían llevado adelante una campaña contra la guerra, al menos parcialmente, desde el día en que Rusia movilizó para apoyar a Serbia y que Alemania había respondido movilizándose a su vez. Nos referimos a los grupos que participaron en las conferencias internacionalistas en Suiza. En la primera, en Zimmerwald, en septiembre de 1915, estaba junto a Lenin el menchevique Axelrod; en la segunda, en Kienthal, en abril de 1916, estaban los dos Comités del Partido Socialdemócrata ruso y la fracción internacionalista del Partido Socialista Revolucionario, además del partido polaco, del Bund judío, etc. Tras la revolución de febrero, esos elementos "centristas" adoptaron a su vez una política de socialpatriotismo abierto.

Los bolcheviques, con Lenin y Trotsky, se opusieron con la mayor energía a esta política de ofensiva militar. En el texto *De la revolución de Octubre al tratado de Brest-Litovsk*, Trotsky expone las vicisitudes de todo este conflicto. La campaña por la ofensiva fue una verdadera campaña contra los bolcheviques, tratados de derrotistas y de enemigos de la patria.

El 18 de junio, a iniciativa del Primer Congreso Panruso de los Soviets -en el que, sin embargo, los bolcheviques era sólo una pequeña minoría-, se desarrolló en Petrogrado una grandiosa manifestación obrera que se tradujo en un gran éxito político de los bolcheviques: las masas manifestaron por la paz, contra la guerra y contra la ofensiva.

El gobierno de coalición entre los burgueses "cadetes" (K. D., demócratas constitucionales) y los socialistas de derecha sentía que la tierra temblaba bajo sus pies. Esclavo de la burguesía, este gobierno no hizo más que precipitar la ofensiva en el frente, mientras el 19 de junio, en las elegantes avenidas de Petrogrado, oficialitos y damas bien vestidas protagonizaron una manifestación patriótica y antibolchevique. Era demasiado poco, por un lado, para intimidar a la fuerza militar alemana; por el otro, para detener al proletariado revolucionario. Marx habría repetido en ese momento: los rusos necesitan ser apaleados. ¿Quiénes eran "los rusos"? El poder, el gobierno de ese junio de 1917, los políticos cadetes socialtraidores encubridores de los burgueses, que ellos definían con los términos hipócritas de "elementos acomodados" para disimular a las masas impacientes la colaboración de clase.

Pronto llegaron del frente las noticias de los reveses, de la retirada desordenada, de la negativa de las tropas a obedecer, del exterminio de los oficiales aislados entre los amotinados y

el enemigo. El gobierno demisionó, y mientras los socialistas de derecha reivindicaban una vez más una política de coalición, los bolcheviques proclamaban la consigna de paso del poder a los Soviets.

Desde el 3 de junio, en una declaración al Congreso, habían denunciado la política de la ofensiva como contrarrevolucionaria, utilizando al mismo tiempo tanto los evidentes argumentos ofrecidos por la situación del momento, es decir, el desbarajuste y la insuficiencia técnica del ejército y la certeza de la derrota, como los argumentos políticos y de principio: "*Los círculos contrarrevolucionarios de Rusia esperan que la ofensiva conduzca a una concentración del poder en las manos de los grupos militarodiplomáticos, es decir, de los grupos que están aliados al imperialismo inglés, francés y americano*" (7).

Del 3 al 5 de julio, los bolcheviques entablaron en las calles una primera gran batalla, pero no llegaron al punto de derrocar al gobierno. Durante las jornadas del 3 y 4 de julio éste ya no podía contar con las divisiones militares de la guarnición, excepto los oficiales-cadetes. Las otras divisiones comenzaban a pasar del lado de los revolucionarios, con los marinos de Cronstadt a la cabeza, que, por su parte, hubiesen querido atacar. Aún no había llegado la hora. Con la llegada de algunos regimientos "seguros", Kerensky pudo tener un respiro. No fue una batalla perdida, sino diferida, y durante ese tiempo la izquierda revolucionaria ganaba terreno en todo el resto de Rusia.

A fines de agosto de 1917 los elementos contrarrevolucionarios aprovechan la pausa para intentar una restauración: es el famoso golpe de Kornilov. Pero el proletariado se había vuelto demasiado fuerte, tanto en el frente como en la capital. Kerensky, obligado por las circunstancias, finge querer combatir a Kornilov y llama a los destacamentos de fusileros marinos de Cronstadt; éstos toman las cosas en serio y barren a los kornilovistas en un santiamén.

El episodio sirve, entre otras cosas, para desenmascarar el pretendido patriotismo de los burgueses. Los alemanes avanzaban irresistiblemente y Kornilov les había cedido Riga, capital de Letonia. El ex-presidente de la Duma, Rodzianko, llega a declarar, por horror a la revolución, que la caída de la flota del Báltico e incluso de Petrogrado en manos de los alemanes no era un gran mal. El frente, en vísperas de un nuevo invierno de guerra, se deshacía; la sección de los soldados del Soviet de Petrogrado se reunía al grito de: "*¿El gobierno es incapaz de defender Petrogrado? Y bueno, ¿ que se concluya la paz! ¿Es incapaz de concluir la paz? ¡Entonces que se vaya al diablo!*" (8).

El gran conflicto que condujo los revolucionarios a la conquista del poder estalló precisamente en el terreno de la guerra, a propósito de la guarnición de Petrogrado. El 25 de octubre se preveía que el nuevo Congreso Panruso de los Soviets adoptaría la consigna de la toma del poder, y que sustituiría a los ministerios "parlamentarios" con el sostén de las masas obreras de la capital. El gobierno concibe entonces el plan de alejar de la ciudad a los dos tercios de la guarnición militar, reclamado por el Estado Mayor para contribuir a contener la invasión alemana. Inmediatamen

(7) Trotsky, *Dalla Rivoluzione di Ottobre al Trattato di pace di Brest-Litovsk*, Roma, 1945, p.45.

(8) *Op. cit.*, p.66.

te, los bolcheviques toman posición, y se formó ese Comité Militar Revolucionario que, en ligazón directa con el Comité Ejecutivo del Partido, fue el instrumento de la acción insurreccional. A su regreso de Finlandia, donde debió ocultarse cuando comenzaron las persecuciones antibolcheviques de julio, Lenin decide a los vacilantes. Las masas entran en acción: *¡ Abajo la guerra! ¡ Todo el poder a los Soviets!* Mientras que el gobierno todavía tiene sus sesiones en el Palacio de Invierno, los destacamentos militares del Comité Revolucionario, que tiene su sede en el Instituto Smolny, ocupan los puntos decisivos de la ciudad, a menudo sin lucha. Al anochecer del 25 de octubre, en la sala en que está reunido el Congreso de los Soviets, se anuncia: el Palacio de Invierno está tomado, Kerensky ha huido, los otros ministros están detenidos. La revolución ha vencido. Un décimo de los delegados al Congreso deja la sala. Los Soviets asumen todo el poder.

Tanto en la Comuna de Leningrado como en la de París, la revolución venció marchando en el sentido opuesto al del frente de guerra: no tirando sobre el enemigo extranjero en la lucha nacional y militar, sino volviendo los mismos hombres y las mismas armas contra el enemigo interior, contra el gobierno de la capital, contra el poder de clase de la burguesía, "*transformando la guerra nacional en guerra civil*". Fuera de éstos, la historia no nos ha dado otros ejemplos.

El proletariado tomó el poder y el partido bolchevique de Lenin dió curso enseguida a su consigna: terminar la guerra.

Ya el 26 de octubre, en su histórica sesión de noche, el Segundo Congreso Panruso de los Soviets vota por unanimidad un decreto que decide la conclusión de la paz. El 7 de noviembre, el gobierno de los Comisarios del Pueblo, en su primer acto de política exterior, propone formalmente a todos los Estados beligerantes negociaciones inmediatas por la paz. Los gobiernos aliados no solo rechazan la propuesta, sino que amenazan abiertamente al gobierno ruso: *¡ si concluye una paz separada, atacarán militarmente a Rusia!* El 11 de noviembre, el gobierno proletario responde con una "*Proclama a los obreros, soldados y campesinos*". ¿Qué dicen los bolcheviques en esta proclama? Anuncian la paz separada, la publicación de los tratados diplomáticos secretos, y concluyen: "**EN NINGUN CASO TOLERAMOS QUE NUESTRO EJERCITO DERRAME SU SANGRE BAJO EL LATIGO DE LA BURGUESIA EXTRANJERA**" (9).

El alcance de este histórico compromiso es incalculable. Esta declaración es fundamental para analizar la situación de hoy. Se afirma que en Rusia hay un Estado proletario y que su ejército combatiría como ejército proletario en la guerra contra América. Pero el ejército de un Estado proletario no hubiera podido combatir junto a esta misma América capitalista en los años 1941-1945, prácticamente "bajo el látigo de la burguesía extranjera".

Las negociaciones con los alemanes comenzaron el 9 de diciembre, pero sólo el 25 los alemanes formularon sus propuestas, que incluían facinerosos pedidos de anexión. La delegación rusa no podía aceptarlas; la situación había sido vuelta más difícil por el hecho de que Ucrania no había pasado aún del lado de los bolcheviques, y la "Rada" de Kiev firmaba una paz separada con los alemanes el 9 de febrero. Mientras tanto en Viena, en Berlín, estallaban huelgas políticas, movimientos obreros. Los rusos no pueden declarar la guerra, no pueden aceptar condiciones que los es-

(9) *Op. cit.*, p. 131.

trangulan. Interrumpen las negociaciones negándose a firmar la paz, pero, anunciando al mundo que el ejército ruso no opondrá resistencia al invasor, llaman al proletariado alemán y al de todos los países para que se levanten contra los gobiernos imperialistas y la guerra.

Por tanto, hemos tenido un ejemplo histórico de este método de no resistencia del Estado proletario a la invasión. Entendámonos bien. No elevaremos este ejemplo al nivel de un principio general, y menos aún sobre la base de una aversión filantrópica general contra la efusión de sangre. Sólo queremos recordar que este ejemplo histórico no terminó desfavorablemente. Precisamente los promotores del Estado ruso de hoy -archimilitarista, archinacionalista- son los que movilizan para su campaña todas las hipocresías de un pacifismo "en general".

Los alemanes denuncian el armisticio y cinco días antes del término retomaron su marcha hacia adelante. La situación era tremenda. Los contrarrevolucionarios ucranianos y finlandeses, acosados por los bolcheviques, lanzaban llamamientos a las fuerzas militares alemanas. Los proletarios revolucionarios oscilaban entre la indignación furiosa y el abatimiento total. En las filas mismas de los bolcheviques se abrió una controversia: ¿pedir aún un tratado de paz y capitular totalmente, o caer en una desesperada resistencia? Es sabido que Lenin debió superar serias dificultades, sobre todo a raíz de Bujarin que estaba "por la guerra".

Como lo hizo siempre, sin la más mínima interrupción, Lenin mantenía los ojos fijos en el camino de la revolución mundial. No había más que ganar tiempo utilizando el conflicto entre los imperialistas enemigos, todos igualmente listos a tratar de estrangular la revolución rusa. En el Congreso del Partido, como en el IV Congreso de los Soviets, venció la tesis de la paz.

La delegación de los Soviets volvió a Brest-Litovsk, y encontró condiciones aún más inexorables. Las firmó "*sin leerlas siquiera*". La guerra había terminado.

El 16 de marzo, el Congreso ratificaba la paz con 724 votos por, 276 contra y 118 abstenciones: "*No esperamos un cambio de esas condiciones de la fuerza de las armas, sino de la revolución mundial*" (10).

En la polémica con Kautsky, Lenin reivindica lo que aquél consideraba como un error: haber contado con la revolución europea y mundial. Así como *El Estado y la Revolución* se interrumpe bruscamente con el anuncio de Octubre de 1917, el *Anti-Kautsky* se termina con el anuncio de la revolución alemana del 9-10 de noviembre de 1918 a Kiel y Berlín. Pocos meses han transcurrido desde el diktat de los generales alemanes, y ya el frente y la frontera de Brest-Litovsk se han desplomado.

La revolución alemana detendrá la guerra, pero, en su intento de acercarse a la dictadura bolchevique, será a su vez detenida por los esbirros socialtraidores. En 1919, habiendo reorganizado la guardia roja y el ejército, el Estado revolucionario ruso conducirá la lucha sobre nuevos frentes: Siberia, Kuban, Don,

(10) En relación al debate alrededor de Brest-Litovsk en el Partido bolchevique, cfr. nuestra *Struttura economica e sociale della Russia d'oggi*, Milán, 1976, pp. 237-240.

Odesa, Arkhangelsk, etc., contra las expediciones del imperialismo franco-inglés, y los derrotará al término de una larga lucha sobre su territorio. No habrá verdadera guerra declarada entre los Estados, salvo en 1920 contra Polonia -fuertemente sostenida por las potencias capitalistas- y ésta concluirá sin la conquista de Varsovia, mientras la revolución en Europa se va replegando.

Hoy

Desde entonces, los problemas que se vinculan a Rusia, a su fuerza militar, y a la guerra, giran en torno de esta contestación: la perspectiva de Lenin ha fracasado, la Revolución se ha circunscrito a Rusia. Siendo así, el Estado de los Soviets no tenía otra alternativa que organizar su ejército de modo tal de poder combatir una expedición punitiva y restauradora del capitalismo.

En efecto, renunciando a la perspectiva de la difusión de la revolución proletaria en el mundo, los rusos han renunciado a desarrollar su propia revolución, que podía esperar algunos años como lo sostuvo Lenin contra Kautsky, pero que no tenía luego otro destino histórico que *avanzar* o *retroceder*. El stalinismo es la expresión política de ese retroceso.

Lenin había llegado a decir: *"Aun cuando el imperialismo mundial llegase mañana a aplastar el poder soviético ruso, suponemos, con una alianza de los imperialismos alemán y anglo-francés, aun en esta eventualidad, la peor de todas, la táctica bolchevique habrá sido de la máxima utilidad para el socialismo y habrá ayudado al crecimiento de la invencible revolución mundial"*. (11).

La táctica que Lenin defiende es la que ha sido vergonzosamente traicionada en 1941: ¡ninguna alianza con ninguno de los dos imperialismos! Es la táctica que hizo rechazar la continuación de la alianza en 1917, y que triunfó con el hundimiento de Alemania y la impotencia de los franco-ingleses para vencer a la Rusia de los Soviets.

La táctica opuesta, la de los mencheviques y cadetes en 1917, la de Stalin en la segunda guerra mundial, no solo es derrotista en el sentido de la Revolución, sino que también lo es en el sentido nacional-militar. Es por ello que resultaría inexplicable si, paralelamente, no se constatase el retorno de la economía interior bajo el yugo de las influencias capitalistas mundiales.

En 1918, combatiendo contra la táctica de la alianza, Trotsky había dicho claramente: "Aun cuando la victoria hubiese sonreído a este campo, al que Rusia había sido arrastrada por las maniobras del zarismo y de la burguesía, aun así, ello no hubiese significado la victoria de nuestro país. Continuando la guerra, Rusia hubiese estado, en el campo victorioso de la Entente, aún más agotada, aún más devastada de lo que está actualmente. Los años de este campo, es decir, Inglaterra y América, habrían empleado con nosotros los mismos métodos de los que se sirvió Alema

(11) *La revolución proletaria y el renegado Kautsky, Oeuvres, tomo 28, p. 304.*

nia durante las tratativas de paz. Al analizar la política de los países imperialistas, sería una puerilidad necia e insensata dejarse guiar por otras consideraciones que las del interés puro y la potencia brutal" (12).

Todo lo ocurrido de la segunda guerra mundial en adelante, desde el sacrificio inmenso de vidas humanas y de recursos por la causa anglo-americana hasta el planfimiento pacifista sobre las "agresiones imperialistas" de hoy, corresponde, en esencia, a esta potente perspectiva de Trotsky, en el lejano febrero de 1918.

¿Es posible analizar los hechos como el enorme error de un Estado Mayor del proletariado que creyó que las potencias capitalistas anglo-americanas combatían seriamente contra el imperialismo y por las cien libertades populares, y que, por lo tanto, era sagrado para ellos respetar a su aliado? ¿Sería una patraña tan grande que sólo podríamos definirla como una traición!

Al contrario: el análisis demuestra que el Estado y el gobierno de Moscú no expresan intereses del proletariado ruso y de la revolución mundial, sino que dependen, desde hace mucho tiempo de influencias del imperialismo capitalista. La relación de fuerzas que expresan no es la de la lucha de clase en los diferentes países, sino la de las fuerzas económicas, diplomáticas y militares en el campo capitalista.

Así como el Estado y el régimen de Moscú pueden encontrarse en conflicto con esas fuerzas o con grupos de ésta, ningún motivo de naturaleza social les impone límites a las posibilidades de compromiso, e incluso de subordinación, a los centros imperialistas.

Si hoy existiese un Estado proletario, y si tuviese un ejército comparable en eficacia a los de la burguesía, no excluiría, donde la relación de fuerzas lo aconsejase, emplearlo para atravesar las fronteras en ayuda de una revolución obrera; no excluiría la "agresión" revolucionaria; no lo oíríamos reducir su propaganda exterior a las innobles palabras oportunistas: ¡guerra evitable -lucha por la paz- ejército formado solamente para la guerra de defensa y para rechazar la agresión!

Los Saragat y los Togliatti hablan el mismo lenguaje: *pre-leninista, precomintern*. Ninguno de los dos quiere la guerra por la lucha proletaria, sino solo por la *defensa*. ¿Defensa de qué? De lo que han defendido juntos en la segunda guerra, defensa de regímenes y de principios *burgueses*. Solo para ello, proletarios, os han permitido y os permitirán matar y dejaros matar.

(12) Trotsky, *op. cit.*, p. 139.

La cuestión agraria (I)

Introducción

Escrito en junio-julio de 1921, poco menos de un año después de las Tesis sobre la cuestión agraria del II Congreso de la Internacional Comunista, el texto que publicamos se propone - tal como lo indica su nota introductiva - "restablecer en los verdaderos términos de sus elementos primarios el problema agrario en relación a los principios del socialismo marxista", sin tener "pretensión alguna de carácter científico, desde el punto de vista económico o sociológico": por el contrario, quiere ser "un escrito polémico al que se le ha dado un carácter expositivo con un fin propagandístico". A más de cincuenta años de distancia, conserva toda su importancia y actualidad, precisamente porque prescinde de toda referencia a situaciones contingentes y locales (italianas, en este caso preciso), para poner de relieve, plena y vigorosamente, los criterios teóricos generales que presiden, según el marxismo, al análisis tanto de la estructura de la economía agraria en los diferentes países y de los problemas que ella no podrá dejar de plantear a la transformación socialista operada por la dictadura del proletariado, como de las fuerzas sociales que se apoyan en esa estructura y de los problemas tácticos que las mismas plantean desde ahora al partido revolucionario de clase.

El más importante de esos criterios -y que, es más, los resume a todos- no consiste en partir de la consideración de las relaciones de propiedad de la tierra, y de la mayor o menor amplitud de esta última, sino del tipo de gestión de la empresa agrícola. Es el único que permite individualizar, sin posibilidad de equívoco, los rasgos distintivos de la agricultura capitalista respecto a la agricultura tradicional, sea ésta grande o pequeña, e identificarlos, no con la pura y simple "propiedad privada de los medios de producción", común a ambas agriculturas, sino con la "apropiación privada de los productos del trabajo asociado".

La precisión no es académica, sino fundamental. De hecho,

la agricultura capitalista (definida por esas características específicas y que, por esencia, es "grande", o, cuanto mucho, media) es, en primer lugar, susceptible de ser inmediatamente socializada después de la toma del poder por parte del proletariado revolucionario (es incluso la única que puede serlo, precisamente por que está basada en el trabajo asociado); en segundo lugar, es la sede natural de una clase obrera asalariada totalmente análoga a la de la gran industria capitalista, y, en cuanto tal, conquistable por las mismas vías y con los mismos métodos a la influencia y a la dirección del partido revolucionario marxista.

No se puede decir lo mismo de la pequeña agricultura ni de la gran agricultura tradicional, de la agricultura latifundista, en la que existe la gran propiedad pero cuya gestión empresaria se efectúa por medio de minúsculos lotes individuales dados en arriendo, sin aplicación del sistema del trabajo asociado al cultivo de la tierra, y, por consiguiente, sin que nazca en su ámbito una clase trabajadora con las características del asalariado moderno. Esto explica por qué el marxismo, mientras tiene en su programa revolucionario la nacionalización inmediata de la tierra, en cuanto supresión inmediata de la propiedad privada de todo el suelo (y del subsuelo, evidentemente), no propugna ni puede propugnar el paso inmediato del latifundio clásico, ni de las innumerables variedades de la pequeña empresa agrícola directa, a la agricultura comunista a la gestión asociada. Esto explica, igualmente, por qué, mientras la conquista de la masa obrera asalariada de las grandes empresas capitalistas no presenta para el partido marxista revolucionario problemas tácticos diferentes de los problemas generales relativos al proletariado "puro", presenta en vez problemas bien precisos (y nada fáciles) para la conquista o, al menos, la neutralización de los diferentes estamentos de trabajadores; sean propietarios-cultivadores; sean aparceros, etc., que se desarrollan sobre el terreno de la agricultura precapitalista.

El texto que publicamos demuestra que no se trata de problemas insuperables, pero que los mismos exigen una consideración atenta y realista bajo dos aspectos. En primer lugar, la revolución proletaria no puede prescindir, ni siquiera en las áreas en las que la relación entre el proletariado en sentido propio y las capas intermedias o espúreas se presenta bajo un aspecto más favorable al primero, de la actitud que tomará frente a ella la masa considerable, y, en ciertos casos, imponente, de los pequeños y medianos campesinos; y el partido que la dirige debe tener bien claras las reivindicaciones sobre las cuales apoyarse para acercar estas capas, al calor de la lucha contra el Estado burgués, a la clase hegemónica de los asalariados de las ciudades y del campo, o, al menos, para asegurarse su neutralidad en el cho que directo contra el capitalismo. En segundo lugar, es necesario tener conciencia que esta convergencia (o esta neutralización) se apoya en bases materiales frágiles, que amenazan constantemente con romperse, y exige del partido de la revolución y de la dictadura comunista la combinación de un gran realismo en las consignas con la más rigurosa intransigencia en la defensa de los principios y en la prosecución de los fines.

Cuanto más la economía y, en particular, la economía agraria de los diferentes países o áreas geográficas, sufren el peso más o menos tenazmente persistente, más o menos difuso de formas precapitalistas, tanto más vivos son estos problemas. Aludimos con ello, vale la pena repetirlo, no sólo al latifundio, a la se

dicente "propiedad absentista" tan difundida en el área iberoamericana del viejo o del nuevo continente, sino incluso a la pequeña explotación campesina. En este terreno, una vez suprimida la propiedad privada de la tierra, quedará intacto el problema del paso a la gestión social de la agricultura, paso que comporta diversos eslabones intermedios, y, por parte de la dictadura proletaria, una obra más o menos larga, más o menos difícil, de orientación, de "educación" y de encuadramiento de los cultivadores directos, y de lucha contra las inercias históricas de los intereses constituidos y de los prejuicios arraigados.

Por otra parte, ya antes de la toma del poder, se impone al partido comunista una tarea asidua de propaganda, de agitación, y de defensa inmediata en ese terreno, entre la gran masa de campesinos, que reúnen -en cuanto cultivadores directos- las figuras del "propietario", del "capitalista" y del "asalariado" (de sí mismo). A ellos, no podemos y no debemos prometer -tal como lo indicara Engels a propósito del programa agrario del partido francés, y contra lo que han "olvidado" de afirmar y predicar los partidos oportunistas, con los stalinistas a la cabeza-, ni la salvaguardia de una propiedad en la que reside la raíz material de su obtuso conservadurismo, ni la atribución en propiedad de la tierra que cultiva en arriendo o mediería. Por el contrario, debemos explicarles que es precisamente "la empresa individual, consecuencia de la propiedad individual, la que los arruina". Pero también debemos (y tenemos todo interés en ello) valorizar y canalizar hacia el justo objetivo su potencial de revuelta instintiva acumulado por siglos de opresión y de explotación por parte del fisco, de la usura, y, en general, del Estado, personificados como fuerzas materiales de la historia en los tradicionales "vampiros" de la pequeña economía campesina, esto es, "el abogado, el notario, el recaudador de impuestos, el guardia rural, el alguacil, el gendarme, el prefecto" (Marx).

Las cuestiones tácticas que esto plantea, cuya delicadeza sería un grave error esconder o disimularse, son examinadas en el texto de 1921, que nosotros reivindicamos como válido aún hoy, con un atento y minucioso cuidado que desmiente las acusaciones habituales de "sectarismo", "abstractismo" e infantilismo dirigidas contra la Izquierda; y lo son, no por ... disciplina a las Tesis de la Internacional, sino por rigurosa adhesión a los principios fundamentales e invariables del marxismo. De ahí el interés internacional de su reedición en nuestra prensa.

La cuestión agraria

Elementos marxistas del problema

Este pequeño trabajo es el resultado de una serie de artículos aparecidos en junio-julio 1921 en El Comunista de Milán.

El mismo no tiene pretensión alguna de carácter científico, desde el punto de vista económico o sociológico; se trata de un escrito polémico al que se le ha dado un carácter expositivo con un fin propagandístico, sin ninguna pretensión de decir cosas originales, sino solo para restablecer en los verdaderos términos de sus elementos primarios el problema agrario en relación a los principios del socialismo marxista.

Limitándose a una exposición genérica y elemental que sirva, sin embargo, para desechar y refutar numerosos prejuicios bastante difundidos en esta materia, este escrito deja de lado un examen particular de la situación agraria italiana, tarea más compleja a la que el Partido Comunista debe dedicarse ampliamente, y a la que los compañeros de todas las regiones de Italia deberían hacer llegar su contribución de conocimientos y experiencias, de seando el haberles suministrado a través de estas páginas una guía inicial para ubicar los múltiples hechos y datos de dicha cuestión bajo la justa luz de nuestros principios.

Amadeo Bordiga

o o o

Queriendo discutir las tareas de la dictadura del proletariado en el campo de la economía agraria y el trabajo de los partidos comunistas en medio de las masas de los trabajadores agrícolas, es indispensable fijar las características del paso del sistema de producción capitalista al comunista en lo que se refiere a la agricultura. Es necesario comenzar por fijar claramente cuáles son estas características en el marco general de la concepción comunista marxista, incluso en el caso típico de la producción industrial. Creemos indispensable comenzar por este punto fundamental ya que se trata de avanzar por entre las enormidades de todo tipo que en la materia han sido dichas y escritas por los socialdemócratas.

La producción de tipo capitalista

Una enunciación superficial de la economía socialista o comunista está dada por la fórmula: paso de la propiedad privada a la propiedad colectiva. Con mayor precisión histórica debemos hablar del paso de la propiedad capitalista de los medios de producción y de cambio a su gestión colectiva. No toda forma de propiedad privada es propiedad capitalista; y sólo la forma capitalista de propiedad es la que ofrece las condiciones suficientes para pasar al socialismo, al comunismo.

¿Cuáles son, entonces, las características que nos permiten decir que estamos en presencia de un tipo de propiedad -mejor dicho, de producción- capitalista? Recordémoslo brevemente.

En la base del surgimiento de la producción industrial capitalista encontramos una transformación esencialmente técnica de los recursos productivos. (Podríamos encontrar las características de un capitalismo en el sentido "comercial" en épocas más remotas: la historia oriental, griega y romana, presenta fases que hasta podríamos definir como imperialistas, o sea, correspondientes a los aspectos más recientes del capitalismo moderno; pero, para nuestro cometido, no es el caso considerar este lado de la cuestión, pues lo que nos interesa es definir el tipo de la "empresa" productiva capitalista). Los progresos de la mecánica y la construcción de las máquinas, primero, y luego el descubrimiento de la utilización de las grandes fuerzas motrices provistas por el vapor y la electricidad, nos ponen ante el principio del "trabajo asociado" y, en otros términos, de la "división del trabajo" aplicados a la fabricación de los artículos manufacturados.

El trabajo asociado no aparece hasta tanto están en el estado rudimentario los medios técnicos para producir los diversos artículos necesarios para los hombres, medios que la naturaleza no ofrece directamente, y los procesos de transformación de las materias primas, y hasta tanto los utensilios empleados para esto son de poco valor y pueden ser empleados por uno solo o pocos trabajadores, supliendo con la habilidad en el oficio la deficiencia de éstos. La "empresa" que produce zapatos, vestimenta, vehículos, etc., etc., es el pequeño taller del maestro artesano, en la cual él es ayudado por unos pocos aprendices, principalmente con el fin de transmitir los recursos de su técnica, lo que hace casi siempre sólo a los miembros de su familia. Sin embargo, cuando la técnica ofrece los nuevos recursos productivos proporcionados por las distintas máquinas herramientas, por los telares, etc., y luego por las poderosas máquinas motrices que accionan a decenas y centenares de las primeras, entonces resulta enormemente más conveniente -desde el punto de vista de la intensidad de la producción, de su regularidad, si no de su perfección, de la economía del trabajo destinado a ésta- el sistema de la producción en común en grandes establecimientos, en los que muchísimos trabajadores están reunidos y cada uno efectúa determinadas operaciones. Las maestranzas se especializan; el artículo no pasa todas las fases de manipulación entre las manos del mismo artesano, sino que es confiado sucesivamente a varios obreros, cada uno especializado en la utilización de determinadas herramientas, de determinadas máquinas más o menos complicadas, pero fáciles de ser accionadas por la mano del hombre.

No debemos aquí seguir en sus detalles este proceso, sino recordar que estamos en presencia de una producción capitalista cuando este proceso técnico está terminado, ya que contemporánea mente una verdadera revolución en las relaciones de propiedad ha tenido lugar. Con el viejo sistema del artesanado, cada trabajador era propietario de las herramientas que necesitaba, estaba en condiciones de procurarse las limitadas cantidades de materias primas que necesitaba; él era, pues, dueño y señor de los productos de su trabajo, que vendía retirando para sí el valor de los mismos.

Al consumarse la transformación técnica y la transformación de algunos de los antiguos maestros en industriales, mien-

tras una parte de ellos y sus antiguos aprendices se convierten en obreros asalariados, las relaciones económicas se vuelven muy distintas. El trabajador no ve el producto de su trabajo más que en una breve fase; él no es el propietario de los complicados y costosos mecanismos entre los que vive, no tiene ningún derecho para disponer de los productos de su trabajo y del trabajo de sus compañeros.

Mientras que a cada uno de los trabajadores que participan en la producción les es dado un salario en dinero, los productos pertenecen exclusivamente al "propietario" de la empresa, del establecimiento, de las máquinas, de los stocks de materia prima necesaria a cuya adquisición subviene.

No es tampoco nuestro tema desarrollar la demostración de que este sistema da lugar a una explotación de los trabajadores, a una apropiación de una cuota de su trabajo por parte del industrial, representada por la ganancia que éstos sacan de su empresa, mientras en el caso típico él no aporta ninguna contribución positiva a las actividades productivas.

Importa establecer —o sea, recordar— cómo aquel principio de asociación y especialización del trabajo, surgido de la revolución técnica, se traduce en el campo económico en el hecho de la "apropiación privada del producto del trabajo asociado" por los capitalistas que detentan los medios de producción. Este es el concepto económico que, para nosotros, define en líneas generales al modo de producción capitalista.

El hecho jurídico de la propiedad de la empresa, de la fábrica, debe pasar a segundo plano. El fundamento del privilegio capitalista está en su derecho abstracto de propiedad sobre las cosas que no se transforman en el proceso productivo, pero los medios de la transformación nos conducen al producto consumible. En otras palabras, este fundamento está en la disponibilidad "de los productos del trabajo asociado" por parte de uno solo o de los poquísimos a quienes pertenece la empresa.

Hacemos notar, para aclarar la distinción, que la empresa es un concepto inmaterial, ya que el propietario de la empresa podría no ser el propietario de las instalaciones de la misma (edificios, máquinas, etc.), y por ese motivo su derecho se traduce, por supuesto, sustancialmente en la propiedad de los productos que resultan del trabajo de muchos y muchos hombres. Por lo tanto, la expresión habitual "propiedad privada de los medios de producción" se traduce con mucha mayor claridad con la otra: "apropiación privada de los productos del trabajo asociado".

De la producción capitalista al socialismo

Siendo nuestro socialismo el comunismo crítico de Carlos Marx, y no el infantil utopismo de Tomás More o de Saint-Simon, entonces sólo podemos hablar de la "posibilidad" de colectivizaciones, de socializaciones, cuando nos encontramos en presencia de esta forma moderna de producción capitalista. Repitamos que el socialismo no puede tener una formulación ético-jurídica, sino que debe ser un concepto económico-histórico. Los socialistas, los comunistas, son los que tienen como objetivo abolir la propie-

dad privada, poner todos los bienes en común? Esto, tal vez, puede pasar quizás como una fórmula de propaganda; pero es una formulación inexacta que puede generar equívocos gravísimos. También el taller del artesano era de propiedad privada; pero la propuesta de colectivizarlo no tendría sentido alguno, y, aunque no se derrumbara por anticuado, no resistiría un examen superficial dirigido a ver si la gestión de aquella empresa por la colectividad proporcionaría un mayor rendimiento para esta última.

En la producción artesana, el trabajador no está aún separado de los instrumentos de producción y, por esto mismo, no está separado del producto: no hay nada más que una apropiación privada del producto del trabajo privado, y sólo en mínima medida del "trabajo ajeno".

Cuando la producción capitalista separa al trabajador de la posesión de los instrumentos y de los productos de su trabajo crea las condiciones de una revolución económica, porque con su extensión cada vez mayor crea las condiciones de opresión y de miseria para aquellos que soportan todo el peso de la máquina social y que son sus reales operadores, mientras tienen sobre sus espaldas a una minoría de parásitos. El socialismo es la fórmula resolutive de estas contradicciones propias de una determinada época histórica, la nuestra.

El socialismo se propone, por lo tanto, abolir la separación entre el trabajador, por una parte, y el instrumento de trabajo y el producto, por otra; pero quiere y debe realizar esta abolición sin dañar lo que constituye la real conquista de los progresos de la técnica: la asociación y la especialización del trabajo. Su objetivo último se formula así: todos los productos del trabajo asociado no deben ser más para los particulares, sino para la colectividad, para su distribución equitativa entre aquellos que efectivamente han tomado parte en su producción. Por ende, plantea la abolición de la propiedad privada en cuanto esta haya alcanzado esta forma especial de la propiedad capitalista que son las empresas que encuadran el trabajo de muchos productos. Mejor dicho, plantea la abolición de la apropiación privada de los productos del trabajo asociado, la socialización de los productos del trabajo asociado, la socialización de las empresas capitalistas de producción.

La forma económica de la sociedad socialista es, por lo tanto, la gestión por parte de la colectividad de todas las empresas en las cuales se efectúa el trabajo asociado y especializado, puesto que sólo entonces conviene construir el nuevo aparato económico que sustituya la gestión por parte del empresario privado con la gestión por la colectividad.

A la producción por empresas privadas le corresponde, de hecho, un sistema de circulación de las materias primas y de los productos basado en el libre comercio y en la conveniencia, para cada empresa, de encontrar las condiciones de tiempo y de lugar más favorables para comprar y vender. Si la socialización de la producción es la abolición de la disponibilidad privada de los productos, su repercusión en la distribución es la abolición del libre comercio de los productos, cuya distribución se hace centralmente por organismos que regulan la producción según la necesidad colectiva. Para poder ser realmente ventajosa con respecto al libre comercio, esta red de distribución no debe tener que ocuparse de una miríada de pequeños centros de producción de mínima potencialidad, sino que debe tener como base la centralización

ya existente de las grandes fuerzas productivas en los grandes establecimientos de la moderna industria capitalista.

Es claro que la gestión colectiva se extiende lógicamente a otras empresas que no tienen como objeto inmediato la fabricación de productos, pero en las cuales es vastísima la asociación y la especialización de las actividades individuales, como los servicios públicos, muchos de los cuales no se conciben, ni siquiera en el régimen burgués, como empresas privadas. Se entiende que cuando el tipo de la gran producción industrial domina la economía elevando al máximo todas sus consecuencias de explotación y de parasitismo en el campo bancario y financiero, existe la madurez económica en las condiciones generales para la socialización de las actividades económicas fundamentales.

No discutimos aquí acerca de los métodos para alcanzar la transformación económica (que, para nosotros, consisten únicamente en la revolución política que instaure la dictadura proletaria). Pero, incluso cuando esté en curso la socialización de las grandes empresas, ésta se detendrá, lógicamente, ante las pequeñas empresas que hayan sobrevivido hasta entonces al desarrollo del capitalismo, sea por sus características técnicas especiales, sea por las condiciones de atraso de algún país o provincia. La colectividad proletaria no ganaría nada encargándose de la gestión de estas pequeñas empresas en las que por otra parte no se produce explotación de mano de obra y que estorbarían inútilmente el formidable trabajo de los nuevos órganos económicos. Pero la socialización de las empresas más importantes acelerará en general de tal manera el desarrollo del proceso productivo que las pequeñas empresas no tardarán en ser absorbidas por las nuevas formas racionales que ésta creará.

De todas maneras, la supervivencia de las pequeñas empresas industriales después de la conquista del poder por el proletariado no solo no afectará a la dominación, políticamente asegurada, de la sociedad por la clase trabajadora, sino que ni siquiera podrá ser invocada como una aplicación frustrada del plan de transformación económica socialista, si ésta es concebida en su sentido real y científico y no como una regla filosófica exterior e imaginaria respecto a la cual sea un delito la existencia incluso del más mínimo islote de propiedad o de producción privada. La abolición de la propiedad privada es una fórmula inexacta, porque nadie pretenderá abolir, por ejemplo, la propiedad de los objetos personales dentro de los límites de lo necesario, etc. Hay que hablar de abolición de la forma capitalista de producción. Para la parte de la economía en la cual esta forma todavía no existe, no se podrá ni aplicar una colectivización mecánica ni mucho menos esperar que toda la economía esté organizada en forma capitalista: al contrario, se dejará sobrevivir estas formas no capitalistas hasta que desaparezcan frente a las formas comunistas nacidas de la socialización de las formas capitalistas que ya están maduras para sufrir la transformación económica de empresa privada en empresa colectiva.

La producción agraria en la época del capitalismo industrial

Después de esta exposición, a la cual le hemos dado voluntariamente una forma esquemática a fin de poner claramente en e-

videncia los conceptos fundamentales del paso económico al socialismo, pasamos a considerar los aspectos generales del problema agrario, con el objetivo de hacer también aquí un trabajo de desbrozamiento preliminar del problema con un fin propagandístico y de disipar equívocos fundamentales, y no de exponer cosas nuevas o peregrinas.

El tipo de producción agrícola que corresponde a la producción artesana en el campo industrial es la pequeña propiedad rural. El pequeño campesino, poseedor de los cuatro palmos de tierra que es capaz de trabajar con la ayuda de su familia, poseedor de los pocos y simples instrumentos necesarios para las formas primitivas de cultivo que pueden aplicarse sobre un espacio tan limitado, es el dueño absoluto de los productos y puede venderlos como crea conveniente, destinando una primera parte de los mismos para su consumo doméstico directo.

Sin embargo, desde tiempo inmemorial existe en todas partes, al lado de la pequeña propiedad, la gran propiedad terrateniente con formas variadísimas de relaciones económicas entre los propietarios y los trabajadores que están empleados en sus empresas. Este solo hecho demuestra el error colosal que se cometería si acaso se quisiese pasar del parangón entre el artesanado y la pequeña propiedad rural a aquel entre la gran industria y la gran propiedad agraria en general. Al considerar las características de la gran industria, hemos notado que su característica sustancial no está dada por la propiedad jurídica de la empresa, sino por el empleo de recursos técnicos superiores y de la especialización del trabajo. Es por esto que la gran empresa industriales una formación reciente, necesariamente posterior al artesanado, surgida del desarrollo técnico de éste. Esto no debe ser necesariamente transpuesto a la consideración de la gran propiedad agraria. En ésta, el proceso productivo no es necesariamente más perfeccionado que en la pequeña propiedad, y las formas tradicionales de la gran propiedad agraria no ofrecían una especialización técnica de las funciones de cultivo. De aquí su origen y aparición histórica diferentes. El surgimiento de la gran industria es un hecho de organización y de experiencia técnica. La gran industria puede concebirse sólo cuando existen ciertos procedimientos mecánicos de producción; la gran propiedad agraria puede existir incluso en un país donde todavía no se haya aprendido a extraer de la tierra, mediante la técnica, frutos diferentes y mayores que aquellos que espontáneamente ésta produce. El parangón es, por consiguiente, imposible.

Mientras en el campo de la industria la existencia de la apropiación de los productos del trabajo colectivo es condición suficiente para el paso a la gestión colectiva, puesto que existe la especialización del trabajo, no ocurre lo mismo en la gran propiedad rural. Aquí vemos sí a un propietario "explotar" muchos trabajadores, o sea, extraer una ganancia de la apropiación de todos los productos que ellos extraen de la tierra (o una parte de éstos), pero sin que por esto necesariamente deba existir la especialización, la división de las funciones técnicas. Hay un trabajo colectivo, pero no un trabajo "asociado".

Una parcela de tierra podría producir aunque fuese separada de las otras, mientras no es así en una instalación industrial que forma una unidad productiva indivisible en sus distintas secciones, todas igualmente necesarias para la completa elaboración incluso de uno solo de los artículos fabricados. Por consiguiente, la gran propiedad rural ni siquiera es necesariamen-

te una gran "empresa", si al concepto de empresa integramos el de unidad productiva.

La explotación agrícola es mucho más antigua que la explotación industrial capitalista, pues para que uno solo explote el trabajo de muchos no es necesaria la unidad técnica orgánica de la producción, que sólo surge de progresos determinados de la técnica. Hasta la Edad Media y gran parte de la Edad Moderna, en muchos países la clase verdaderamente explotada sólo existía en el campo. Allí, las relaciones de explotación, de apropiación del trabajo colectivo ajeno eran variadísimas y llegaban hasta la "servidumbre de la gleba", que ligaba al campesino a las glebas donde había nacido y a la servidumbre a su señor feudal.

La revolución burguesa, cuya manifestación en la economía industrial es el paso del artesanado a la gran industria, suprime en el campo estas formas jurídicas de explotación, aplicando exteriormente a la economía agraria las mismas normas de derecho que facilitaban el desarrollo de la economía capitalista, garantizando la libertad de comercio y de trabajo. Sin detenernos sobre esto, vemos que en la presente época capitalista burguesa han desaparecido, o casi lo han hecho, las formas de servidumbre feudal, y han sido sustituidas por una gran multiplicidad de relaciones en la economía agrícola.

Para distinguir la pequeña y la gran empresa no basta atenderse a las indicaciones jurídicas de los catastros; para seguir el desarrollo de la técnica productiva y de las relaciones sociales entre las capas de la población agraria sería sumamente erróneo detenerse solamente en la extensión de las fincas.

Si no se introduce claramente la distinción entre la gran propiedad tradicional y la gran empresa agraria moderna, que se podría llamar agro-industrial, cuya aparición, ligada al desarrollo de los procedimientos mecánicos, sigue de lejos el surgimiento de las grandes empresas industriales, no es posible decir que la época capitalista marque una eliminación de la pequeña propiedad rural absorbida por las grandes empresas, como ocurre en la industria y en el comercio. Y no es tampoco posible decir que ésta marque un fraccionamiento de los antiguos latifundios, ni ver en este segundo proceso, donde tenga lugar, un índice contrario a la evolución en sentido socialista.

La evolución de la empresa agraria

La explotación de los recursos productivos del suelo se remonta a tiempos inmemoriales y, aún hoy, no difiere sustancialmente, en sus procedimientos fundamentales, de cuanto recuerdan las crónicas.

Esta explotación comienza apenas ahora a ser influenciada por los perfeccionamientos derivados de la aplicación de los modernos descubrimientos científicos, sobre los cuales se basa casi exclusivamente la actividad de la producción industrial.

La aplicación de las fuerzas mecánicas a los trabajos agrícolas, los métodos de fertilización química, la aplicación de los potentes medios de que dispone la ingeniería moderna al saneamiento, a la regulación de los terrenos de montaña y de colina, y a la irrigación, sólo han sido puestos en práctica en los

últimos decenios y deben considerarse todavía como sistemas que no han vencido la competencia de los sistemas tradicionales; en tanto que podemos decir que la gran industria ha batido definitivamente al artesanado.

La mayor dificultad para la consolidación de las aplicaciones de la técnica moderna a la agricultura y a las industrias agrarias está en la simplicidad y economía de los viejos medios. Basándose en una simple estimulación de las actividades productivas naturales del suelo -que la técnica, ciertamente, todavía no está en vías de multiplicar indefinidamente-, estos viejos medios tornaban mínimos los gastos necesarios de instalación, de equipo y la experiencia técnica de los cultivadores, ya que esta última se reducía a la práctica manual y era fácilmente transmitida de padre a hijo.

Por lo tanto, la empresa agraria moderna no es aún la reina en la producción agrícola, ni siquiera en los países más avanzados. Razones inherentes a la propia naturaleza de la economía capitalista impiden su difusión, incluso en donde ésta responde al interés colectivo. Es indudable que con los procedimientos de la técnica agraria moderna la tierra rendiría más, pero esto requiere no solo la posesión de la tierra, sino también la inversión de enormes capitales privados, los que prefieren las inversiones industriales, bancarias, especulativas, ya que éstas proporcionan un beneficio más alto.

Además, existen circunstancias de hecho que hacen imposible la aplicación de los modernos recursos a la tierra, al menos hasta tanto el desarrollo industrial no haya alcanzado una intensidad y amplitud muy grandes. Por ejemplo: la configuración natural del terreno en las regiones de colinas y montañosas; la falta de caminos y ferrocarriles; la distancia a los centros industriales; la falta de combustibles, de grandes instalaciones eléctricas con sus redes de distribución; en fin, la misma deficiencia de personal científico y técnico. Todos estos elementos, sólo el trabajo de generaciones enteras podrá formarlos.

Donde estas condiciones para una explotación racional de la tierra se han realizado, donde se dispone de máquinas, edificios, fuerza motriz, agua, personal bien preparado, etc., etc., es un hecho indiscutible la superioridad de la gran empresa; es más, solamente en la gran empresa se pueden aplicar con un rendimiento conveniente estos costosos perfeccionamientos, ya que interviene, precisamente, la división y la especialización del trabajo. Del mismo modo que en la industria éstas llevan consigo la necesidad de unidades productivas que emplean numerosos trabajadores y fabrican grandes cantidades de productos, también en la agricultura todos aquellos recursos pueden ser utilizados sólo por grandes empresas que tengan mucho personal, que proporcionen grandes cantidades de productos y que, naturalmente, aunque aumentando la intensidad de la población trabajadora agrícola y el producto por unidad de superficie, exploten grandes extensiones de territorio.

Este tipo de unidad productiva rural (que, como decíamos, no es la regla y está todavía lejos de llegar a serlo) es el único que puede compararse de un punto de vista económico con las grandes empresas industriales modernas, porque presenta las características esenciales de éstas: la especialización del trabajo y la asociación del trabajo de muchos trabajadores, además de la apropiación de los productos por el empresario, ya que en tal

caso los trabajadores pertenecientes a la empresa son simples asalariados remunerados totalmente o en gran parte en dinero. Estos asalariados agrícolas están a su vez separados de los instrumentos de trabajo, cuyo valor es el equivalente de grandes capitales, mayores que el valor mismo de la tierra, y no tienen ningún derecho a disponer del producto.

Así, estas grandes empresas tienden a ampliarse absorbiendo las pequeñas empresas que existen en la misma localidad y en las mismas condiciones fundamentales. Su ampliación y el perfeccionamiento de su estructura compleja constituyen efectivamente el índice de un desarrollo que aumenta las bases de su colectivización. Estas empresas son las que están listas para la gestión colectiva que, a semejanza de lo que ocurrirá en la industria, sustituirá al empresario privado.

Al determinar la posibilidad del paso de la gestión privada a la colectiva, hemos examinado racionalmente las características de la empresa, y no su extensión material. Para eliminar una serie de confusiones sobre términos elementales y básicos, es mejor hablar, para ser precisos, del problema de la colectivización de la empresa agraria y no del problema de la colectivización "de la tierra".

Definida así la gran empresa agrícola-industrial, pasamos a comparar con ésta los otros tipos de propiedad agraria, que no se pueden clasificar como pequeña propiedad, pero que, sin embargo, no son grandes empresas agrarias en el sentido expuesto más arriba, para ver qué problemas nos presentan desde el punto de vista del paso a un régimen proletario y socialista.

La gran propiedad agraria tradicional

Ya hemos hecho alusión a la pequeña propiedad agraria, mostrando cómo puede compararse sustancialmente con el artesanado por las relaciones entre el trabajador, por una parte, y los instrumentos de su trabajo y los productos de éste, por otra, sacando como conclusión que es imposible el paso directo a la colectivización, debido a la inexistencia de las reales condiciones técnico-económicas indispensables.

A medida que la pequeña propiedad (que lógicamente es pequeña empresa) se va transformando en la gran empresa agro-industrial moderna, se crean las condiciones indispensables para la socialización, como ocurre en las grandes empresas industriales, habiéndose desarrollado estas características necesarias que son la especialización y asociación del trabajo en grandes unidades productivas.

En la época burguesa contemporánea existen, sin embargo, en una vastísima escala, otras formas, variadísimas, de propiedad agraria. Si bien tienen en común con la gran empresa la extensión territorial y la pertenencia jurídica a un solo propietario, carecen sin embargo de todas las características de una gran empresa, basada en la unidad de producción, y tienen más bien las características de la pequeña empresa, debido al grado de desarrollo de los recursos productivos.

La distinción entre los dos tipos de gran propiedad, según constituyan o no una gran empresa con unidad de producción,

es importantísima para el claro planteo del problema que nos ocupa, aunque en la realidad no puede valer como una clasificación absoluta y excluir tipos de transición. Es importante ya que nos conducirá precisamente a la conclusión de que, si bien existen excepcionalmente tipos de empresa agraria que tienen mezcladas las características de los dos tipos fundamentales, no hay en cambio, en general, una continuidad "histórica" de desarrollo que asegure la transformación directa de toda gran propiedad en una gran empresa agro-industrial moderna.

Pasaremos revista rápidamente a las formas de la "gran propiedad tradicional", rogando al lector que recuerde que nuestra intención no es la de trazar un cuadro general y preciso de las varias formas conocidas de gestión de la agricultura, lo que implicaría referirse a otros tipos de elementos técnicos, estadísticos y científicos. Nos limitaremos a demostrar cómo se presenta, desde el punto de vista marxista —el que tiene una precisa y notoria aplicación a la evolución de la producción industrial—, el proceso más complicado del desarrollo de las formas de producción agraria.

Podemos recordar ante todo que todavía existe actualmente la forma de gran propiedad agraria que espera aún la revolución "burguesa", es decir, la propiedad feudal, difundida hasta ayer mismo en Rusia, cuyos vestigios subsisten en Europa sudoriental, y que domina en los vastísimos países del Asia, donde la ausencia de desarrollo industrial nos pone en presencia de una clase dominante constituida por los grandes señores terratenientes, íntimamente ligados en general a las instituciones dinásticas y teocráticas. Las condiciones de explotación de los trabajadores de la tierra es, en tales casos, extremadamente dura y raya el embrutecimiento, mientras que es ultrarudimentaria la técnica con la que esos oprimidos sacan del seno de la tierra madre, frecuentemente muy fértil por naturaleza, los productos de que dispone casi exclusivamente el boyardo, el señor feudal. Al campesino y a su familia se le da una irrisoria fracción de los productos de un pedazo de tierra sobre la que trabaja. Pero sustancialmente, la diferencia entre las relaciones de explotación del siervo feudal y del trabajador moderno de la gran propiedad no evolucionada (colono, aparcerero o asalariado, como ahora veremos) está en el campo jurídico y no en el económico: mejor dicho, jurídicamente, la diferencia es cualitativa; económicamente, en el fondo, es solamente cuantitativa. El campesino en el régimen feudal no puede abandonar con su persona y su familia la tierra en la que nace; sus descendientes están ligados por la misma servidumbre al amo y a su estirpe, y tienen un porvenir que jurídicamente se asemeja al de los antiguos esclavos, pero que materialmente es peor, porque el trabajador no es más un objeto propiedad del amo, con valor comercial, que se tiene interés en conservar, mientras que está sometido aún al arbitrio patronal, trabaja bajo el látigo del esbirro y debe todo a su señor, hasta, a veces, por un derecho legal reconocido, la carne de sus hijas.

Desde el punto de vista que nos interesa, es decir, el de las relaciones técnico-económicas (1), el régimen que se distin-

(1) Para no salir del tema, omitimos las reivindicaciones jurídicas realizadas en las revoluciones que liberaron al siervo, pero que no siempre lo transformaron en pequeño propietario. En las revoluciones burguesas esta transformación fue más bien el resultado de un lento proceso ulterior, proporcionándole como único resultado inmediato el de convertirse en un ciudadano libre con la abolición del derecho feudal.

que en las grandes propiedades feudales no es más que el de las pequeñas empresas, cada una constituida por el lote de terreno confiado a una familia de campesinos que la trabaja, que no puede salir de éste, que debe entregar todo su producto al señor salvo una parte mísera e insignificante que le permite vivir como bestias. Es absurdo pensar que se pueda pasar de esta forma de propiedad a formas colectivistas por obra de una revolución. De estas formas se puede, sí, pasar a las formas de las grandes propiedades no feudales, que enseguida examinaremos; se puede pasar al desmenuzamiento en pequeñas propiedades en las circunstancias que pronto veremos, porque estos cambios de las relaciones jurídicas presuponen condiciones de orden técnico y conservan la pequeña empresa anticuada como tipo de empresa.

Abriendo un paréntesis, señalaremos también las formas de posesión colectiva de la tierra por parte de los habitantes de una comunidad (usos cívicos italianos y de algún otro país europeo, "mir" ruso). Estas formas remontan a resabios del llamado "comunismo primitivo" vuelto posible por una técnica todavía más rudimentaria que la de las pequeñas empresas, o más bien, substancialmente por la ausencia de toda aplicación técnica continuada. En éstas, cada uno de los miembros de la colectividad que la usufructúa sólo aporta, en el fondo, el trabajo necesario para recoger lo que naturalmente ha germinado. Si el comunismo resulta de la aplicación racional a la agricultura de los más elevados recursos científicos, es evidente que estas formas "comunistas" están separadas del comunismo no por una, sino por muchas soluciones de continuidad y fases de evolución técnica y de revolución en las relaciones jurídicas. Sólo ignorantes pueden invocar como un índice de una abstracta superioridad, ubicada fuera del tiempo y del espacio, de la gestión privada de la producción agraria el hecho que esas formas de posesión colectiva tienden a desaparecer apenas la propia pequeña empresa con gestión directa por el campesino propietario se difunde como resultado de una técnica que obtiene un mayor rendimiento de la tierra.

Dejando de lado el examen de las relaciones entre trabajadores y propietarios en las formas que podemos llamar preburguesas, aunque la revolución burguesa no las haya suprimido en todos lados, vayamos pues a las formas de gran propiedad agraria en las que las relaciones jurídicas corresponden plenamente al criterio introducidos por la época burguesa, pero en las cuales la unidad de producción que hemos encontrado en las grandes empresas modernas no ha sido alcanzada.

La semejanza entre estas grandes propiedades rurales y la gran industria se reduce a esto: un solo (o un pequeño grupo) explotador, muchos explotados. Pero no va más allá. El propietario no ha llegado a constituir su propiedad a través de un proceso de perfeccionamiento técnico y de organización del trabajo con recursos desconocidos por las pequeñas empresas, sino por unavía muy distinta, exclusivamente jurídica o comercial. Muchas veces éste ni siquiera va a ver su propiedad, o conserva una parte de la misma para su propia residencia o placer. Su intervención en el proceso técnico es nula o mínima; en la administración no cumple otro papel (a menudo confiado a un asalariado suyo) que el de asegurarse la posesión de la gran parte de los productos que le corresponde o su valor.

Su propiedad generalmente está dividida en pequeños lotes confiados cada uno a una familia de trabajadores agrícolas. Estos sacan de la tierra sus productos con su propio trabajo, son

o no propietarios de las herramientas indispensables, y tienen con el propietario variadas relaciones de derecho sobre la gestión de los otros capitales (materias primas) indispensables para el funcionamiento de la producción, como el ganado, etc. La parte del producto que corresponde al propietario le es entregada ya sea en especie, según ciertas proporciones muy variables conforme al lugar, las épocas y las diversas clases de producto ("aparcería", cuando la repartición se hace entre campesino y propietario en partes iguales), ya sea en dinero, según un precio oscilante conforme a ciertas circunstancias y que se llama arrendamiento. En el segundo caso, el campesino (que también en el primer caso puede llamarse colono) toma la figura del arrendatario. Consideraremos el caso más simple y frecuente -aquel en que se pase sin intermediarios del propietario del terreno al pequeño campesino que toma de él más o menos la cantidad de tierra que es capaz de cultivar sirviéndose de la fuerza de trabajo de su familia- y analizaremos rápidamente las relaciones económicas existentes entre ellos, en relación con el hecho de que el procedimiento técnico de cultivo, al no haberse perfeccionado, ha hecho permanecer, dentro de la gran propiedad territorial y jurídicamente considerada, el tipo de pequeña empresa familiar análogo, por extensión de la unidad productiva, al de la pequeña propiedad. ¿Tenemos especialización del trabajo agrícola? No más que la del pequeño propietario. Este, como el pequeño colono, cava, ara, siembra, etc. Por tanto, no hay asociación de trabajadores especializados y adscriptos cada uno a un sector del proceso productivo; los muchos campesinos comprendidos en la gran propiedad que consideramos tienen en común el solo hecho de ser explotados por el mismo propietario, pero su actividad productiva es autónoma, o tiene la posibilidad de serlo. No hay, pues, unidad productiva en función. El propietario se apropia de los productos ajenos, especialmente en el caso del suministro en especie de lo que le corresponde, pero su relación con un campesino es independiente de la relación con otro. Hay una suma de derechos de explotación, no la explotación de la situación que deriva de haber introducido nuevas aplicaciones del procedimiento técnico, colocándose como resultado final de la producción de una unión integral de trabajadores asociados, como ocurre en la gran empresa industrial o agrícola.

Este tipo de explotación agraria, que además es en general el fundamental, no está pues más maduro que la pequeña propiedad para la gestión colectiva. Sustituyendo al propietario, la colectividad no podría realizar las condiciones de un mayor rendimiento, que condenan la libre producción frente a la producción centralizada. Desaparecido el propietario, no quedaría nada que pudiese mantener ligados, desde el punto de vista de la producción, a los explotados de ayer. Estos se encontrarían divididos en tantas pequeñas empresas técnicamente independientes como campesinos había en la propiedad, que no se podrían insertar en la red centralizada de producción y distribución que se debe construir, del mismo modo en que no se puede insertar en ésta útilmente a los mil pequeños talleres del artesano o de la pequeña industria, porque la administración central de tan pequeñas unidades productivas no presentaría la ventaja de las grandes empresas muy avanzadas en la vía general de la centralización económica.

Desde el punto de vista de la evolución social, se llega pues a la clara conclusión de que las condiciones de la explotación de la tierra en el caso de la gran propiedad tradicional (o

sea, no alcanzada por las grandes innovaciones técnicas) están bastante más próximas a las de la pequeña empresa que a las de la gran empresa agraria industrializada y socializable.

Del latifundio a la agricultura industrializada

Debemos considerar la gran propiedad rural, a la que hemos dado el epíteto de "tradicional", como un derivado directo del feudalismo. El siervo liberado ha conquistado, junto con la libertad jurídica y política, un derecho mayor sobre los frutos de su trabajo que sigue desarrollándose en la misma tierra. En estos casos, o por lo menos en los más característicos, el propietario latifundista moderno conserva la figura económica del señor feudal, o sea que saca una renta sin tener ninguna intervención activa en el proceso productivo. Es indudable que hoy también eso es válido para el gran industrial, pero el derecho de éstos al dividendo tiene su raíz en la introducción, en el proceso productivo, de innovaciones que su clase le ha aportado, revolucionándolo totalmente. Además, el gran industrial desarrolla su parasitismo participando de la actividad de las corrientes centrales de la vida económica en la circulación del capital comercial, bancario, etc.

El gran latifundista agrario permanece pasivamente inmovil, satisfecho con su renta mucho menos azarosa, y, en general, no posee capitales industriales; si los tuviese, las leyes económicas lo atraerían más hacia las actividades industriales o de especulación que hacia la renovación de la técnica agraria en sus posesiones.

Ciertamente existen casos menos característicos, en los que las relaciones entre el gran propietario y sus dependientes se diferencian más de las relaciones feudales e, influenciadas por el ambiente general del comercio capitalista, asumen formas que recuerdan más al asalariado tal como nos lo presenta la industria. A los colonos, a los arrendatarios, se agregan y se mezclan ramas más perfeccionadas de la producción agraria; otras veces hay grandes arrendatarios que subarriendan al pequeño campesino y en parte hacen producir la posesión valiéndose, para aumentar su rendimiento, de capitales circulantes que a menudo faltan al primer propietario. La producción por pequeñas empresas separadas se va entrecruzando con la organización de unidades productivas para ciertas fases del trabajo agrícola. Por ejemplo, la técnica de las "rotaciones" de varios cultivos en el mismo terreno no valdría a veces para indicar la conveniencia de alternar la gestión familiar con la gestión unitaria.

Muchas veces la influencia del comercio de los productos y de las materias necesarias (abonos, semillas, pequeñas máquinas, etc.), además de las necesidades primarias de una asesoría técnica que excede la práctica tradicional del campesino, empujan a grupos de éstos a la cooperación, o aun al arrendamiento colectivo. Sin embargo, este mutuo apoyo comercial es todavía poco para poder hablar de una fusión de las simples empresas familiares en una unidad productiva integral, como la que sería, por ejemplo, una cooperativa de obreros industriales que estuviese en posesión de un establecimiento moderno.

El análisis de todos estos casos no invalidaría las consideraciones fundamentales desarrolladas por nosotros, y nos conduciría muy lejos.

Después de todo lo que hemos expuesto, nos parece que podemos plantearnos esta pregunta: dado que con las aplicaciones científico-industriales, el proceso de desarrollo de la técnica del cultivador conduce indudablemente hacia las grandes unidades de producción rural, partiendo casi generalmente del latifundio feudal, ¿cómo se inserta el sistema de la pequeña empresa en la evolución de las relaciones económicas y jurídicas que ese proceso técnico lleva consigo?

¿Es lógica la respuesta -que muchos pretendidos socialistas se apresuran a dar- de que, tratándose de llegar a la gran empresa, se debe interpretar este proceso como un engrandecimiento de las dimensiones de la propiedad, y considerar el fraccionamiento de los latifundios, al que hemos ampliamente asistido y asistimos, como un proceso negativo que nos aleja de la meta?

Esperamos que la inconsistencia de tal conclusión y su superficialidad salten a los ojos del lector que nos haya seguido en las conclusiones que preceden. Como hemos visto, la pequeña propiedad como la gran propiedad tradicional distan del tipo de la gran empresa agraria moderna y de la posibilidad de la colectivización. ¿Es posible que en algunos casos la primera nos parezca más madura y avanzada en el proceso general que la segunda? Sin duda alguna.

No debemos dejarnos engeguercer por la deplorable confusión entre propiedad y empresa, y por la ridícula concepción de un comunismo presentado como un acumulador mecánico en vez de un suscitador dinámico de las más audaces energías humanas en la inagotable dialéctica del proceso de la historia, proceso cuyas relaciones se descubren con la genialidad del método de Marx en la investigación de las características técnicas del proceso productivo. Rechazando, pues, esa confusión, y tratando de comprender el grado de desarrollo técnico en ambos casos, la mayoría de las veces la respuesta será desfavorable al latifundio, y éste nos podrá parecer como más lejos que la pequeña propiedad de las circunstancias que darán lugar a la nueva agricultura de las grandes empresas racionales.

¿Qué es lo que ha dado el impulso inicial al hundimiento de la propiedad feudal? Una vez más, las exigencias de una técnica productiva, la insuficiencia de una producción agrícola en la que el trabajador no era llevado a perfeccionar el rendimiento de la tierra. Habiéndose liberado de la opresión feudal y conquistado la posibilidad de una limitada disponibilidad de dinero, el campesino pudo comenzar a mejorar su pequeña empresa. Cuanto mejores eran las condiciones que obtenía como arrendatario del antiguo señor, mayor era la amplitud de medios y la buena voluntad para introducir perfeccionamientos.

En vez de ser consecuencia de "prejuicios" (como lo pretenden las tristes interpretaciones de cierto socialismo doctrinillesco), es perfectamente lógica la tendencia del campesino a convertirse en propietario de la tierra que trabaja. Cuando mañana todo el producto sea suyo, y él esté seguro de que un aumento de valor de su empresa no podrá acarrear automáticamente una ventaja para el patrón, que no ha contribuido en nada para ello, él dedicará más actividad a su trabajo. Por otra parte, ¿a quién

perjudica este cambio, al que, por ejemplo la economía francesa ha debido su florecimiento y solidez? Ciertamente no al abstracto "interés de los terceros", del público, del consumidor, al que le da lo mismo estar en contacto con el grande como con el pequeño productor agrícola. Con este cambio sólo es eliminado el parasitismo pasivo del gran propietario agrícola, realizando la fórmula de que los productos del trabajo van al trabajador, como ya la realizaba el artesanado. Si consideramos la gran industria como una forma productiva más evolucionada que el artesanado, es porque, al suprimir la propiedad del trabajador sobre los instrumentos y los productos del trabajo, ésta crea las conquistas superiores de la asociación productiva, a través de la cual se llegará a la posesión de "todos" los instrumentos y los productos del trabajo por parte de "todos" los trabajadores, en el comunismo. Esta superioridad, no hay ningún derecho a invocarla para el latifundio tradicional.

Volviendo al terreno del desarrollo concreto de la técnica y de la economía agraria, vemos, pues, que cuando la gran propiedad tradicional se quebranta, en general la técnica productiva progresa, se introducen cultivos más intensivos y diferenciados, la azada del campesino carpe fecunda y pacientemente extensiones de terreno que al latifundista le convenía o le era necesario tener reservados para prados y pasturas, se difunden cultivos arbóreos, se intensifica la práctica del abono y de la lucha contra las enfermedades de las plantas, etc.

Todas estas condiciones nos acercan más a la posibilidad del surgimiento de grandes empresas racionales de lo que nos acercaría la unidad jurídica material de la gran propiedad, que sólo lo tenía influencia sobre los trazados de los catastros y sobre el enriquecimiento de las arcas del propietario.

No excluimos que sea posible y hasta frecuente el paso de la gran propiedad agraria a la hacienda moderna con la introducción de sucesivas mejoras y transformaciones, especialmente cuando se comienza a trabajar con industrias agrarias de éxito seguro, como la cría de animales, la industria lechera, etc. Sin embargo, se puede afirmar que en muchísimos casos —es más, en la mayoría de éstos— la práctica agraria no saldrá de su estancamiento medieval sin que el gran cuerpo, o, más bien, el conglomerado sin vida del latifundio se descomponga en las fecundas células de la producción por medio de pequeños lotes.

El proceso que conduce de la pequeña propiedad a la gran empresa no puede desarrollarse (dejando de lado sus caracteres histórico-sociales a los que pasaremos enseguida) sin la intervención decisiva de descubrimientos científicos que las condiciones naturales permiten aplicar a la agricultura, de modo que se pueda asegurar rápidamente su decidida superioridad sobre la gestión en pequeñas parcelas. A pesar de las dificultades naturales y las armas con las que todavía luchará la pequeña empresa agraria (cuyos aspectos psicológicos están en relación con las circunstancias técnicas y económicas por las que el ejercicio de la agricultura en extensiones limitadas tiene mucha mayor resistencia que la pequeña producción de artículos manufacturados), a pesar de esto, el impulso dado a la fertilidad de la tierra por los recursos, aun si son primitivos, del pequeño propietario, no podrá dejar de desarrollarse en el sentido de la afirmación de procedimientos ulteriormente mejorados, que romperán el límite del pequeño campito con la lógica invencible de la conveniencia eco-

nómica, vista desde un ángulo cada vez más colectivo.

El duelo se desarrolla en un campo muy distinto del de los motivos literarios y miserablemente retóricos, y es igualmente estéril la propaganda sentimental de los partidarios de la paz arcádica y del hogar doméstico como la crasamente inconsciente de los socialistoides que confunden la sutileza crítica de Carlos Marx con la grosera cadena del agrimensor.

¿La transformación de la empresa agraria puede ser consumada en el régimen burgués ?

A nadie le pasaría por la cabeza sostener la tesis de que la revolución proletaria no puede tener lugar si el proceso económico que conduce del artesanado a la gran industria no ha tenido antes su realización total en todos los sectores de la producción.

Igualmente absurdo sería decir que habiéndose establecido que sólo las grandes haciendas agrícola-industriales modernas pueden considerarse maduras para la gestión colectivista, la revolución proletaria se iniciará después de que toda la agricultura ya sufrido el proceso de transformación de las formas más atrasadas en esta moderna.

Por el momento queremos exponer el problema de modo totalmente objetivo, e independiente incluso de nuestra concepción revolucionaria histórico-política, cuya valoración del problema agrario examinaremos más adelante. Sabemos que existen "socialistas" que coleccionan argumentos tendientes a diferir el advenimiento del proletariado a la dirección de la sociedad, a prolongar las perspectivas de supervivencia del orden burgués. Queremos, pues, plantear el problema de saber si es posible que, admitiendo un desarrollo ulterior del sistema económico capitalista, se puede esperar la transformación total de la agricultura en la dirección indicada.

Para establecer que el paso del artesanado a la gran industria y de la propiedad agraria tradicional a la empresa agrícola moderna no es el producto de una misma época histórica, basta recordar que el primero es obra de la revolución burgesa, la cual no ha sido en modo alguno la promotora del segundo. La revolución que conduce la burguesía al poder, reflejo en el campo político del nacimiento de la gran empresa industrial, aparece, desde el punto de vista de la cuestión agraria, como el paso de la propiedad feudal a los tipos de agricultura más recientes que hemos examinado, pero que, tanto en el caso de la gran propiedad como en el de la propiedad fraccionada, conservaron, en lo que a la técnica se refiere, el aspecto de la pequeña empresa. En general, mientras la afirmación de la gran industria era un hecho consumado, en el sentido de que su superioridad sobre el artesanado ya se había consolidado definitivamente, comenzaba apenas en ese entonces una lenta evolución de la técnica agraria que daba lugar a las haciendas modernas tendientes a la "industrialización". La verdadera aplicación a la tierra de las fuerzas motrices de las que dispone la mecánica moderna es muy reciente, y si

bien la práctica de la irrigación, del abono, de la regulación de los terrenos de montaña es antiquísima, la aplicación en vasta escala de los medios técnicos que permiten sanear y cultivar los terrenos naturalmente ineptos para esto es solo reciente. Lo mismo puede decirse de la fertilización química, de la lucha contra las enfermedades, etc. Las industrias que acompañan a la agricultura —incluso aquellas que, como la cría de animales, la elaboración del aceite, del vino, la sericultura, etc., son antiquísimas— solo ahora asumen aspectos técnicos de grandes empresas con unidad técnico-económica.

El capitalismo surge, pues, como capitalismo industrial. Las leyes de su desarrollo lo arrojan hacia todas las otras vías, incluso sin salida, antes que hacia la inversión en las grandes transformaciones agrarias. Esto depende de la naturaleza misma del principio motor de la economía burguesa actual, que no es el interés colectivo, sino la tendencia natural a la ganancia por parte de quien dispone de capitales. La inversión de amplios recursos financieros en las transformaciones de la técnica agraria es, por una serie de razones, de un rendimiento escasísimo. Los trabajos de preparación duran varios años antes de que sea posible, en el caso de las grandes innovaciones, sentir sus efectos útiles. En muchos casos es necesario conceder a la tierra un período de descanso, y mientras tanto es necesario garantizar al propietario el equivalente de sus rentas. A esto débese agregar que, en parte a causa de prejuicios y desconfianzas, pero también por el desarrollo aún no totalmente seguro de la teoría y de la técnica agrarias, se teme que la explotación intensiva y artificial de los recursos del suelo determine sucesivos períodos de esterilidad y de inactividad forzada del mismo y, con esto, de inmovilización de los ingentes capitales colocados en él. En fin, la competencia de los productos de la pequeña producción tradicional se presenta desfavorablemente, desde el punto de vista de la ganancia proporcionada por el capital invertido, aunque sea mayor el producto rendido por una superficie igual, y esto ocurre naturalmente, en relación con el valor menor de la propiedad de la tierra no provista todavía de máquinas, instalaciones, edificios y otros accesorios costosos.

La nueva agricultura moderna se ha podido afirmar, por lo tanto, solo en las zonas favorecidas por condiciones particulares; esto demuestra que ella no es ni será la regla si no aparecen otras condiciones. Ella se ha afirmado casi exclusivamente en los países de llanura, cuyo desarrollo industrial y de medios de transporte está muy avanzado, donde es posible obtener fácilmente y con pocos gastos el agua necesaria para los cultivos más rentables. Las condiciones son muchas veces contradictorias: muchas de las grandes llanuras del planeta son desérticas o semidesérticas, otras son pantanosas y difícilmente saneables. Ciertos cultivos de alto rendimiento económico, como la vid, el olivo, los árboles frutales, etc., frecuentemente se adaptan mejor a los terrenos de colinas y a veces rocosos, en los cuales la extensión de los métodos de la gran explotación es imposible; y también esto contribuye para asegurar una superioridad a las pequeñas empresas agrícolas respecto de las grandes haciendas industrializadas y a industrializar.

Por todas estas razones que indicamos confusamente, incluso quien quiera destinar cierta suma a inversiones agrícolas, encontrará que es más conveniente, en general, comprar tierra y arrendarla, o bien explotarla sin preocuparse por realizar gran-

des innovaciones, que emprender la fundación de grandes empresas racionales.

Dadas las absurdas contradicciones de la economía capitalista, el aumento de la demanda de los productos de la tierra, que en todas partes es consecuencia del aumento de la población y de su grado de alimentación, no tiende a conducir a una intensificación del rendimiento agrícola en una vasta escala. Cuando los precios suben es facilísimo realizar grandes ganancias con sistemas rudimentarios de cultivo, de suerte que los productores que quieren especular con la demanda no tienen interés en meterse en grandes trabajos de mejoramiento. Muchas veces las oscilaciones del mercado agrario, en las que se siente al máximo la influencia desorganizadora del sistema capitalista en sus reflejos comerciales y especulativos, determinan, con las perspectivas de ganancias que abren, la sustitución de cultivos más útiles y diferenciados por otros más fáciles y técnicamente atrasados, y en general influyen en el sentido de una utilización irracional de la fecundidad del suelo. La tierra no es una fábrica o un taller que puede, sin grandes perjuicios de su poder de rendimiento, estar inerte o intensificar su actividad, alternar a voluntad las funciones de sus sectores, etc. En un sistema racional debería ser cultivada con criterios que comprendan un largo período de gestión y el conjunto del proceso de mejoramiento de los recursos de una región entera; de allí la existencia de una contradicción abierta entre el progreso técnico de la agricultura, y, consecuentemente, la mayor producción de alimentos, y el juego de las presiones económicas que derivan del ambiente de especulaciones y de estafas del comercio capitalista.

Para reducir esta investigación, que sería muy interesante afrontar de un modo más sistemático, a una expresión simple pero sintética, basta recordar algo que es conocido por todos: si bien la humanidad está insuficientemente alimentada, frecuentemente el productor agrario teme más los años de producción excesiva que los de poca cosecha, a causa de la baja de los precios que se determina en el primer caso.

En el grado actual de desarrollo de la ciencia y de la técnica agraria, se está abriendo la posibilidad de aplicar a la agricultura sistemas que aumenten enormemente su productividad. Pero el haber resuelto el problema técnico no significa haber resuelto su aspecto económico, porque, en los marcos del capitalismo y de la libertad de producción y de comercio que lo definen, no existe la posibilidad de una aplicación en gran escala de esos nuevos recursos. Por otra parte, el desarrollo de la técnica industrial y de sus bases científicas ha sido suscitado por la gran conveniencia, para los capitalistas, de realizar innovaciones en el proceso productivo; al no existir un incentivo igual en el terreno agrario, el resultado es un impulso menor para los perfeccionamientos de la técnica agraria, los que sustancialmente esperan todavía la época de sus grandiosas afirmaciones.

La guerra ha acentuado estas circunstancias. Mientras estimulaba al máximo la función de las grandes unidades industriales, quitaba sobre todo a la agricultura los brazos de los trabajadores. La disminución de la posibilidad de producir y el alza de los precios de los víveres volvían de golpe enormemente rentable a la forma más atrasada de empresa agraria. Los capitales, si bien con su movilidad disminuida, se invertían cada vez más en las industrias, dirigidas en su mayor parte a la producción de material bélico, y en este campo se concentraban también los re-

cursos y los mejoramientos técnicos. Ningún especulador privado podía tener interés en volcarse a las actividades agrarias, incluso porque la inestabilidad de la situación empujaba a inversiones con un rendimiento seguro e inmediato, y no a empresas complejas y de resultado a largo plazo.

La situación de la posguerra no es menos desfavorable para las innovaciones en el campo de la agricultura. Basta pensar en el enorme costo de las máquinas, de las construcciones, de los trabajos en general. Basta considerar (sin abordar aquí el vasto problema general de la crisis económica de la posguerra) que las tendencias a la disminución del costo de los productos industriales, de las construcciones, de la mano de obra, no aparece, ni siquiera a los burgueses más optimistas, como el preludio de un establecimiento de condiciones normales de las que se puede esperar una reactivación de las actividades, y, entre éstas, de las empresas de mejoramiento agrícola.

La crítica marxista, aplicada a la producción industrial, al comercio, a las finanzas, demuestra que ya existe una contradicción insuperable entre el interés colectivo y el de los monopolizadores de la riqueza y detentores del capital. Ella aparece después que la gran empresa industrial se ha desarrollado completamente; y, cuando ésta domina todo el campo de la economía, la contradicción entre el interés de los propietarios y el mejoramiento general de la producción agrícola es todavía más evidente, y se presenta precisamente en la fase inicial del proceso que conduce a la difusión de la gran empresa apta para ser socializada. La intervención de la colectividad en la administración de la producción y de la distribución es necesaria para resolver estos problemas; pero, mientras se vuelve evidente en el campo industrial a un estadio de desarrollo en el que predominan ya las grandes unidades productivas, en la agricultura la necesidad de esta intervención se presenta antes de que se haya alcanzado ese mismo estadio, debiendo precisamente hacer posible la renovación de la técnica productiva.

Los intentos de intervención de los gobiernos burgueses en el funcionamiento de la economía agraria, por las necesidades de la guerra, son la prueba de esta necesidad insuperable; pero, al mismo tiempo, son también la prueba de que la actual forma de aparato estatal es incapaz de asumir la función socializadora de la riqueza. No es nuestra tarea combatir aquí, en general, la tesis socialdemócrata de la colectivización efectuada por el Estado burgués parlamentario, que es el protector histórico natural de los intereses de los explotadores, ni desarrollar la crítica de los proyectos utópicos de socialización contra indemnización. Nos basta con concluir aquí que el desarrollo de la producción agrícola hasta el grado de perfección y de intensidad que son indispensables para asegurar el bienestar colectivo en el campo de las necesidades primarias de la vida, no es compatible con el presente régimen dominado por las leyes de la ganancia capitalista, por la libertad de producción y de comercio. Por esta misma razón, sería inútil invocar la necesidad de alcanzar tal grado como argumento para demostrar que deben tener lugar largas fases de desarrollo del actual orden social antes de que se pueda iniciar la revolución proletaria, la cual afrontará la demolición de la economía privada y de la libertad económica.

(El fin en el próximo número).

Marxismo y subdesarrollo

Para los ideólogos burgueses, la historia sería una lucha continua entre dos fuerzas antagónicas: el desarrollo y el subdesarrollo. La marcha hacia adelante de la historia humana se reduciría al progreso económico y se mediría con la ayuda de un coeficiente tecnológico (toneladas de acero "per capita"), o de un coeficiente económico (producto bruto interno "per capita").

La teoría del "desarrollo económico" como teoría de la historia no es nueva; es una versión de la vieja pretensión siempre renovada de la burguesía según la cual, por una parte, su sistema social sería el único "sistema natural" y, por otra, todas las desgracias sociales se deberían a su falta de desarrollo. A los obreros se les explica que cuanto más trabajen, más crecerá su parte de la riqueza social (lo que está en flagrante contradicción, dicho sea de paso, con todas las leyes del capitalismo), mientras que a los pueblos atrasados se les presentan los estragos de la penetración colonialista e imperialista como la consecuencia "natural" de su "subdesarrollo".

Ahora bien, así como la pequeña burguesía se siente alternativamente masacrada por el gran capital y entusiasmada por la promesa de las ganancias que la salvarían de su situación, todas las corrientes políticas de los países "subdesarrollados" o del "tercer mundo" pretenden tener la fórmula del desarrollo. Esto no solamente es cierto para los movimientos reformistas, sino incluso y sobre todo para los movimientos que pregonan la lucha armada, la violencia. La mayor parte de esas corrientes se reclaman del marxismo y lo presentan como la teoría del desarrollo económico, del desarrollo de las fuerzas productivas. Es el caso de tres escuelas políticas supuestamente "marxistas": la de los P.C. ligados a Moscú o a Pekín, la de los castristas y, finalmente, la del grupo ligado a *Monthly Review*, es decir, a Barán, Sweezy y, más particularmente para América Latina, a A.G. Frank.

En el presente artículo nos detendremos en la teoría del "subdesarrollo" de Barán, expuesta en la segunda parte de su li-

bro: "Economía política del crecimiento" (1). Si tomamos la teorización de Barán como blanco de nuestra crítica para restablecer la visión marxista de este problema, es porque ella es una olla podrida de los tópicos difundidos por la ideología pequeña burguesa "marxisante" en lo que concierne al tema, y, en particular, en lo que concierne a las relaciones entre el imperialismo y los países atrasados.

Antes de resumir la teoría "baraniana", volvemos a exponer brevemente la doctrina marxista de la historia, en oposición a la de la lucha entre el "desarrollo" y el "subdesarrollo".

En el "Anti-Dühring", Engels escribe: *"resulta que toda la historia pasada, excepto el estado primitivo, es la historia de la lucha de clases, que esas clases sociales en lucha una contra otra son siempre los productos de las relaciones de producción y de cambio, en una palabra, de las relaciones económicas de su época..."*.

Por tanto, si la historia ha sido un choque continuo entre fuerzas sociales antagónicas que representan intereses económicos, políticos y sociales diferentes, ese choque es el reflejo de los diferentes modos de producción que esas fuerzas sociales tratan sea de conservar, sea de destruir (2).

La historia ha sido una incesante sucesión de modos de producción que, a partir del comunismo primitivo, pasaron por estadios más o menos entremezclados pero que, *al menos en Europa*, podemos clasificar así para simplificar: esclavitud, feudalismo, capitalismo.

El marxismo ve en la sucesión de los modos de producción la base material de la historia humana. Para él, la misma avanza cuando las condiciones maduran para el cambio hacia un modo de producción superior, cuando se avanza hacia el último, sin clases: el comunismo.

La sucesión de los modos de producción se acompaña de un crecimiento de la productividad social del trabajo, o si se quiere, de los valores de uso producidos por unidad de tiempo y por productor. La aparición de la sociedad dividida en clases, la disolución del comunismo primitivo, ya suponen ese crecimiento. Con el capitalismo, la productividad aumenta en forma exponencial, y su único límite son las relaciones de producción capitalistas mismas (límites que se expresan en las crisis, las guerras... o en las revoluciones proletarias): para la ciencia burguesa, éste es el "desarrollo", pero se trata de una *consecuencia* de las relaciones de producción capitalista.

El antagonismo entre el capitalismo y el comunismo no se sitúa en el terreno de la productividad del trabajo (aun cuando sea cierto que en el socialismo esta última se desarrollará ampliamente), sino en el de las relaciones sociales.

Por tanto, alabar el crecimiento económico en sí mismo equivale a pasar, abierta o subrepticamente, al campo de la ideología burguesa y, por consiguiente, al de la conservación social.

(1) Ed. Maspéro. Ver en *El Programa Comunista* n° 27-28 nuestra crítica de la teoría de Barán y Sweezy sobre la economía política bajo el título: *Las proezas del marxismo universitario*.

(2) Recordemos que por *modo de producción* el marxismo entiende la manera en la que los hombres de una cierta sociedad producen sus medios de existencia y cambian entre sí los productos.

La teoría del « subdesarrollo » de Baran

El siglo pasado, Marx afirmaba que "el país industrialmente más desarrollado no hace sino mostrar al menos desarrollado la imagen de su propio futuro" (3).

Refiriéndose expresamente a esta cita, Barán pretende que no es "accidental ni fortuito que el desarrollo real no se haya producido así..." (4). Los hechos habrían desmentido, pues, al marxismo "clásico" ya que "los progresos (fueron) muy lentos o incluso inexistentes" (5) en las áreas atrasadas, y la débil productividad social del trabajo en esas áreas sería la prueba de ello.

Según Barán, la razón de esa pretendida falta de desarrollo de las fuerzas productivas es ésta: la imposibilidad de transformar el plustrabajo (aun bajo su forma moderna de plusvalía) en capital, es decir, la imposibilidad del desarrollo capitalista, pues el plustrabajo, la plusvalía y el capital están en manos de clases sociales y fuerzas que no tienen ningún interés en la inversión tanto agrícola como industrial: terratenientes, capital comercial y usurario, imperialismo, Estados. Por consiguiente, "en la época imperialista", el desarrollo económico capitalista de los países atrasados sería imposible. Escuchemos a Barán:

"El excedente económico salido del sector campesino de la agricultura es arrancado a los campesinos mismos y apropiado por los terratenientes, usureros, mercaderes y comerciantes y, en menor medida, por el Estado (...). Está claro que la utilización de esta parte muy importante del producto nacional determina en gran parte el desarrollo económico de los países subdesarrollados. No es menos evidente que en todos los países subdesarrollados la mayor parte de ese excedente económico no es utilizado para acrecentar y mejorar el equipo productivo existente. Una parte muy importante del excedente económico, que va a parar a manos de los terratenientes, es absorbido por el consumo excedente de esta capa social (...) (mientras que) es raro que se efectúen inversiones importantes, dado el elevadísimo precio de la maquinaria mecánica agrícola (...) y el bajo precio de la mano de obra agrícola (...). Cuando la tierra está formada por parcelas individuales, la situación es aún más grave" (6).

Por tanto, según Barán, el crecimiento de las fuerzas productivas en la agricultura de las zonas atrasadas es "imposible".

Con respecto a la industria, o bien no puede nacer, o bien está limitada a los sectores marginales controlados por el imperialismo. En ninguno de esos dos casos existiría la acumulación "nacional" acompañada del desarrollo de las fuerzas productivas nacionales:

"Pero el mercado de los bienes manufacturados que podría e merger en los países coloniales y dependientes no llega a ser, sin embargo, un "mercado interno" de esos países; todo lo contrario, to

(3) *El Capital*, Libro Primero, vol. 1, p. 7, Ed. Siglo XXI.

(4) Barán, *op. cit.*, p. 184.

(5) *Ibidem.*, p. 181.

(6) *Ibidem.*, pp. 207-8

talmente sometido por la colonización y los tratados desiguales, constituye simplemente un apéndice del "mercado interno" del capitalismo occidental" (7).

Y, según Barán, cuando el imperialismo exporta capitales a esos países y los invierte en la industria, la mayor parte va siempre hacia la industria extractiva que no crea mercado interno, mientras que la industria de transformación reditúa más a los países imperialistas que a los "subdesarrollados" (8):

"... En su totalidad, y en forma general, se puede decir que el mundo subdesarrollado puede ser caracterizado por la fuga de una parte considerable de su excedente económico hacia los países avanzados, bajo la forma de dividendos e intereses" (9).

De todo esto, Barán extrae la siguiente conclusión: "La tarea fundamental que debe asignarse al imperialismo de nuestros días (es) la de impedir -o, si esto es imposible, reducir y controlar efectivamente- el desarrollo económico de los países subdesarrollados" (10).

Con respecto al Estado, ¡oh desgracia!, dado que no movilizaba el "excedente económico para emplearlo en acrecentar los medios de producción", constituiría la última traba al desarrollo de las fuerzas productivas.

Vemos aquí "explicada", pues, la incapacidad de desarrollar las fuerzas productivas del "tercer mundo" en régimen capitalista y, sobre todo, en la "época imperialista". Su conclusión es inmediata: "El establecimiento de una economía socialista planificada constituye una condición esencial e indispensable (subrayado por nosotros, NDR) del progreso económico y social en los países subdesarrollados" (11).

Obsérvese la "coherencia" doctrinal en Barán: en la época imperialista, el desarrollo capitalista de los países atrasados se estanca y es casi inexistente; no puede ser de otro modo. Por tanto, para desarrollar las fuerzas productivas, es preciso, necesariamente, el socialismo.

Primer corolario: Rusia, China, Cuba, etc. son socialistas porque lograron desarrollar sus fuerzas productivas a partir de un estadio económico atrasado.

Segundo corolario: (que no está expresamente enunciado en esta obra, pero que es propio tanto a esta escuela como a su "pariente" stalinista): puesto que para el marxismo la destrucción de las trabas al desarrollo burgués de las fuerzas productivas es una necesidad histórica y popular, y dado ese desarrollo sólo puede ser realizado por la revolución socialista, esta última habría

(7) *Ibidem.*, p. 217.

(8) El lector habrá observado ya una primera incoherencia en la teoría de Barán: se afirma primero que las inversiones son imposibles, pero cuando a pesar de todo se realizan en las industrias manufactureras, se agrega que las ganancias son exportadas. No es culpa nuestra si el chapucero que constituye la argumentación baraniana no forma una teoría coherente. Tratamos de exponerla en la forma más comprensible posible.

(9) *Ibidem.*, p. 227.

(10) *Ibidem.*, p. 240.

(11) *Ibidem.*, p. 305.

sido, y aun podría ser, la obra de *todo el pueblo*, la obra de alianzas de clases.

Tercer corolario: como toda revolución significa la liberación de las fuerzas productivas, la única revolución posible "en la época imperialista" es la revolución socialista (12).

Así, según esta teoría "extremista" y "radical", la *revolución socialista puede ser el producto, no del desarrollo de los antagonismos propios al modo de producción capitalista, antagonismos que se acrecientan con él, sino del subdesarrollo de las fuerzas productivas.*

La teoría de Barán constituye un revisionismo del marxismo en un triple plano: económico, político e histórico.

Revisionismo *económico*, porque Barán pretende que el marxismo "clásico" debe ser "enriquecido" para dar cuenta de la evolución mundial "en la época imperialista", pues la historia no habría seguido el curso previsto; en suma, la crítica marxista de la economía política sería válida para el siglo XIX, pero no para el XX (posición común a todos los revisionismos).

Revisionismo *político*, porque la revolución socialista podría no ser la conquista histórica y política *exclusiva del proletariado*, sino una conquista común a muchas clases sociales, (posición que incluso Kautsky jamás osó afirmar, y que es compartida por el stalinismo).

Revisionismo *histórico*, porque a imagen de *todos* los revisionismos presenta a la revolución socialista como la heredera de la revolución burguesa: podría ser llevada a cabo por las mismas fuerzas sociales y tener las mismas tareas económicas (13).

¡Y se quiere hacer pasar *eso* por marxismo! En realidad, la teoría de Barán no es más que un intento de dar una "nueva" justificación económica al pretendido carácter socialista del "bloque del Este", de China, etc. y a las teorías políticas que se lijan a ellos. Heredando del stalinismo la visión del socialismo como "recordman" del crecimiento productivo (y el título de su libro es ya muy sugestivo), trata de remendar la teoría stalinista que los hechos materiales tienden a destrozarse en mil pedazos.

La teoría de Barán está lejos de carecer de implicancias políticas. Al contrario: esas implicancias están en contradicción y oposición abiertas con el marxismo y el comunismo revolucionarios, tal como han sido enunciados desde *El Manifiesto* y resaturados por la Tercera Internacional de Lenin.

Como la clave de toda la doctrina de Barán es su análisis económico pretendidamente marxista y materialista, vamos a retomarlo, demoliendo sus "postulados" para invalidar sus conclusiones. ¡La lucha contra el revisionismo económico es inseparable de la lucha contra el revisionismo a secas !

(12) Nos encontramos aquí frente a la variante "economista" de la misma teoría que fue enunciada por Mao en su forma "política" (cfr. *La nueva democracia*).

(13) Está fuera de toda duda que la revolución anticapitalista victoriosa a escala mundial arrancará a esas áreas del atraso, pero lo hará poniendo a su disposición la riqueza social que ha sido ya ampliamente acumulada a escala internacional.

Plan de nuestra crítica

Para demoler la teoría económica de Barán, basta demostrar que el desarrollo capitalista -ese aprendiz de brujo de las fuerzas productivas modernas- no es imposible en las zonas atrasadas; y que, por el contrario, la evolución material de esas áreas se realiza en el sentido ya anunciado el siglo pasado por el marxismo.

Al respecto, nuestra crítica consistirá en demostrar que los seis factores que, según Barán, hacen imposible el desarrollo capitalista de las fuerzas productivas en las áreas atrasadas, en realidad tienen papeles históricos completamente diferentes. Demostraremos:

a) que el capital usurario y comercial constituyen factores cuyas acciones crean las condiciones *previas* a la penetración del modo de producción capitalista;

b) que la sola extensión del asalariado, incluso sin crecimiento sensible de la productividad social del trabajo, lejos de mostrar la existencia de un capitalismo "parasitario", constituye la base del desarrollo del modo de producción capitalista;

c) que la acción del colonialismo empuja esas áreas en el torbellino que las arrastra hacia el desarrollo social moderno;

d) que de ningún modo se puede hablar de un papel único del imperialismo en relación al "tercer mundo" en general, pues la influencia del imperialismo sobre las fuerzas productivas de las áreas atrasadas depende fundamentalmente del desarrollo social alcanzado por esas regiones;

e) que no es posible explicar nada a través de la voluntad autónoma de los Estados, y que las funciones de estos últimos deben ser puestas en relación con las clases dominantes que son, a su vez, expresiones de modos de producción dados y de su evolución histórica; y, finalmente,

f) que la simple constatación histórica pone en evidencia la confirmación de la previsión marxista con respecto a la evolución social y económica de esas áreas.

En la óptica del estudio de la penetración del capitalismo en las áreas atrasadas, vamos a responder a los problemas planteados por Barán, sin buscar interpretaciones nuevas para el siglo XX, recurriendo para ello a nuestros clásicos.

La función histórica del capital usurario

Barán sostiene que la usura representa una traba al desarrollo capitalista puesto que el "excedente económico" se aleja del productor y le impide capitalizar. Barán confunde gravemente los momentos históricos en los que actúa la usura.

Para el marxismo, *"el capital que devenga interés o, tal como podemos llamarlo en su forma antigua, el capital usurario, pertenece, con su hermano gemelo el capital comercial, a las formas antediluvianas del capital, que preceden largamente al modo capitalista de producción y se encuentran en las más diversas for*

maciones económicas sociales" (14).

Un poco más adelante, Marx describe las formas de existencia del capital usurario en las sociedades atrasadas:

"Sin embargo, las formas características en las que existe el capital usurario en las épocas que preceden el modo de producción capitalista son dos. Me refiero a formas características (...). Esas dos formas son: primero, la usura por préstamo de dinero a nobles dilapidadores, fundamentalmente a terratenientes; segundo, la usura por préstamo de dinero al pequeño productor, que se halla en posesión de sus propias condiciones de trabajo, lo cual incluye al artesano, pero muy específicamente al campesino, ya que, en general, en las condiciones precapitalistas, en la medida en que las mismas admiten los pequeños productores individuales y autónomos, la clase campesina debe constituir su inmensa mayoría" (15).

La usura se vuelve así un potente medio para volver posible las condiciones que abrirán la vía al capitalismo:

"...el usurero, no contento con arrancar por la fuerza el plus trabajo de su víctima, adquiere poco a poco los títulos de propiedad sobre las propias condiciones de trabajo de ésta, sobre su tierra, su casa, etc., estando con ello permanentemente ocupado en expropiarla (...) esta total expropiación de las condiciones de trabajo del obrero no es un resultado hacia el cual tiende el modo capitalista de producción, sino el supuesto ya acabado del cual parte" (16).

"En la medida en que la usura produzca este doble efecto -en primer lugar y en general, el de formar un patrimonio dinerario independiente junto al estamento comercial, y, en segundo lugar, el de apropiarse de las condiciones de trabajo, es decir, el de arruinar a los poseedores de las antiguas condiciones de trabajo-, constituye una poderosa palanca para la formación de los supuestos del capital industrial" (17).

He ahí resumido, pues, el papel subversivo del capital usurario: acumulación de masas de dinero, por una parte, disolución y destrucción de las formas de propiedad "sobre las que reposaba sólidamente la estructura política", por otra.

Es un factor que hace posible, a pesar suyo, el capitalismo. Y decimos "a pesar suyo", porque la usura juega también un papel de conservación social: aunque destruye las formas de propiedad, tiende a conservar el modo de producción:

"Tanto la usura como el comercio explotan un modo de producción dado, pero no lo crean, se comportan exteriormente respecto al mismo. La usura trata de conservarlo directamente para poder explotarlo en forma renovada y constante; es conservadora, y sólo lo torna más miserable (18).

(14) *El Capital*, Libro 3, vol. 7, p. 765, Ed. Siglo XXI.

(15) *Ibidem*, p. 766.

(16) *Ibidem*, p. 768.

(17) *Ibidem*, p. 786.

(18) *Ibidem*, p. 785.

"(...) este capital usurario causa la miseria de este modo de producción, paraliza las fuerzas productivas en lugar de desarrollárlas y perpetúa al mismo tiempo estas lamentables condiciones en las que no ocurre, como en la producción capitalista, que la productividad social del trabajo se desarrolle a expensas del propio trabajo" (19).

Cuando Barán afirma que el capital usurario vuelve imposible el desarrollo del capitalismo, no descubre nada que sea propio al siglo XX, pero tampoco comprende la dialéctica: sólo ve la función de freno de la usura. Pero la usura sólo puede ser un freno tras haber sido una palanca para crear las condiciones del capitalismo, no antes.

La función histórica del capital comercial

Según la teoría de Barán, al trabar en los países atrasados la acumulación de moneda en las manos de los campesinos, el capital comercial contribuye a impedir el desarrollo capitalista. (20).

Antes de pasar al análisis de la función del capital comercial en el nacimiento del modo de producción capitalista, debemos hacer una observación general que concierne al problema del campesinado y de los pequeños productores. Barán supone que la miseria y la no acumulación de moneda en las manos del campesinado "en general" impiden el desarrollo de las fuerzas productivas, dejando así entender que la acumulación capitalista pudo hacerse sin la expropiación de las masas trabajadoras. Se equivoca completamente. Como lo ha demostrado ampliamente *El Capital* (21), el desarrollo de todo capitalismo supone la expropiación "en general" de los productores, artesanos y campesinos, su *miseria social absoluta*, la "desnudez total" de las grandes masas, fenómeno que va de la mano con la apropiación de la riqueza social por una minoría. Donde esta expropiación está frenada (ver la URSS con las concesiones a los campesinos que siguieron a la "colectivización" forzada), el capitalismo se estanca en formas aberrantes y retrógradas, lo que dificulta su evolución.

Dicho esto, volvamos al capital comercial. El marxismo, también en esta cuestión, lejos de fijar los fenómenos históricos en imágenes "estáticas", pone en evidencia el encadenamiento dialéctico de los factores que los determinan.

"No se necesitan para la existencia (del capital comercial) otras condiciones que las que se requieren para la circulación simple de mercancías y dinero (...). Cualquiera que sea el modo de producción en que se basa la producción de los productos que entran en la circulación en carácter de mercancías -ya sea esa ba

(19) *Ibidem*, p. 768.

(20) "Explotado por intermediarios de toda clase, está mal pagado por su escasa producción y debe, por el contrario, pagar muy caro los pocos bienes de consumo provenientes del sector industrial que debe adquirir". *Ibidem*, p. 207.

(21) Ver también *Propiedad y Capital* en el n°22 de *El Programa Comunista* (diciembre de 1976).

se la comunidad primitiva o la producción esclavista o la de pequeños campesinos y pequeños burgueses o la producción capitalista-, ello en nada modifica su carácter de mercancías" (22).

En relación con las estructuras precapitalistas, el capital comercial se caracteriza por el robo y la estafa (23). Y allí en donde el capital comercial juega un papel preponderante respecto al capital total, es porque el capitalismo -como modo de producción- es embrionario o casi inexistente (24).

A pesar de eso, el capital comercial crea dos condiciones históricas que -asociadas a otros factores y no solas- hacen posible el desarrollo del modo de producción capitalista:

"Por consiguiente, no nos depara la menor dificultad comprender por qué el capital comercial aparece como la forma histórica del capital, mucho antes de que el capital haya sometido a su dominio a la producción misma. Su existencia y desarrollo has ta cierto nivel es inclusive el supuesto histórico para el desarrollo del modo capitalista de producción, 1) en cuanto condición previa de la concentración del patrimonio dinerario y 2) porque el modo capitalista de producción presupone la producción para el comercio, la venta al por mayor y no a un cliente individual, es decir, también un comerciante que no compra para satisfacer sus necesidades personales, sino que concentra en el acto de su compra los actos de compra de muchos. Por otro lado, cualquier desarrollo del capital comercial obra en el sentido de imprimir a la producción un carácter cada vez más orientado hacia el valor de cambio, dirigido en el sentido de convertir a los productos cada vez más en mercancías (...). El comercio repercutirá a su vez, naturalmente, en mayor o menor grado, sobre las entidades comunitarias entre las cuales se desarrolla; someterá cada vez más la producción al valor de cambio, al hacer que los disfrutes y la subsistencia dependan más de la venta que del uso directo del producto. De ese modo disuelve las antiguas relaciones (...) (y) paulatinamente va royendo a la propia producción, haciendo que ramas íntegras de la misma dependan de él" (25).

Y cuando las condiciones históricas generales están maduras para la aparición del capitalismo en la producción, el capi-

(22) *El Capital*, Libro 3, vol. 6, p. 416, Ed. Siglo XXI.

(23) "En consecuencia, cuando el capital comercial predomina en forma abrumadora, constituye por doquier un sistema de saqueo, del mismo modo que su desarrollo en los pueblos comerciantes tanto de los tiempos antiguos COMO DE LOS MAS RECIENTES se halla directamente vinculado con el saqueo por la violencia, la piratería, el robo de esclavos, el sojuzgamiento (EN LAS COLONIAS), así fue el caso de Cartago y Roma, y luego entre los venecianos, portugueses, holandeses, etcétera" (mayúsculas nuestras, NDR). (*Ibidem*, p. 424). En este último "etc.", podemos incluir a los imperialismos modernos, no solo en el siglo XIX, sino también en el XX.

(24) "Un desarrollo autónomo y preponderante del capital en cuanto capital comercial es equivalente al no sometimiento de la producción al capital, es decir, al desarrollo del capital sobre la base de una forma social de la producción que le es extraña y no depende de él. Por consiguiente, el desarrollo autónomo del capital comercial es inversamente proporcional al desarrollo económico general de la sociedad". *Ibidem*, p. 419.

(25) *Ibidem*, pp. 418 y 422.

tal comercial le da un potente impulso (26).

El lector nos perdonará esta reexposición con largas citas, pero son necesarias para comprender el papel jugado por el capitalismo occidental respecto de las áreas atrasadas, papel que ha sido claramente puesto en evidencia por el marxismo desde su aparición. Lo cual no impide que los pretendidos "marxistas universitarios" y las hordas de "correctores" pretendan arrojar implícitamente el marxismo a la basura al afirmar que el marxismo del siglo XIX es diferente del marxismo del siglo XX.

Acabamos de referirnos a dos factores cuya acción converge para desbrozar el terreno al modo de producción capitalista. Abordaremos ahora las dos fases fundamentales del desarrollo económico de la producción capitalista, que presentan un vínculo directo con el problema de la evolución capitalista de las fuerzas productivas.

Las dos fases históricas del desarrollo económico de la producción capitalista

Para el marxismo, una de las condiciones del modo de producción capitalista es la existencia del trabajador libre (27). Ahora bien, esto exige la disolución de cualquier otro modo de producción que "sujete" al trabajador: esclavitud, servidumbre, despotismo asiático, comunismo primitivo, producción patriarcal y todas sus variantes históricas que existieron o existen aún:

"Cuando el campesino, que hasta entonces era independiente y trabajaba por su cuenta, se vuelve jornalero y produce para un agricultor; cuando el orden jerárquico, propio del modo de producción feudal de las corporaciones, da lugar al simple antagonismo del capitalista que hace trabajar para él al artesano que se ha vuelto asalariado; cuando el viejo propietario de esclavos emplea a éstos como asalariados, etc., resulta que esos procesos de producción, tan diversamente estructurados desde el punto de vista económico y social, son transformados en procesos de producción del capital" (28).

Esta separación de los productores de los medios de pro-

(26) *"Otro ejemplo es el del capital comercial, que hace un pedido a un cierto número de productores directos, luego recoge sus productos y los revende, adelantando a veces la materia prima o el dinero, etc. A partir de esta forma se ha desarrollado un elemento importante de la relación capitalista moderna (...). Sin embargo, la transición ha alcanzado ya un estadio más avanzado que en la relación del capital usurario". Marx, Un capítulo inédito del Capital, Ed. 10-18, p. 189, París.*

(27) *"Para la transformación del dinero en capital el poseedor de dinero, pues, tiene que encontrar en el mercado de mercancías al obrero libre; libre en el doble sentido de que por una parte dispone, en cuanto hombre libre, de su fuerza de trabajo en cuanto mercancía suya, y de que, por otra parte, carece de otras mercancías para vender, está exento y desprovisto, de sembrarado de todas las cosas necesarias para la puesta en actividad de su fuerza de trabajo". El Capital, Libro Primero, vol. 1, p. 205, Ed. Siglo XXI.*

(28) Marx, *Un capítulo inédito del Capital*, p. 192.

ducción, y la venta cotidiana de la fuerza de trabajo al capital, no significan de ningún modo un trastocamiento de las condiciones técnicas de la producción, que son las que determinan la productividad social del trabajo:

"Justamente, en oposición al modo de producción capitalista plenamente desarrollado, llamamos sumisión formal del trabajo al capital a la subordinación al capital de un modo de trabajo tal como se había desarrollado antes de que hubiese surgido la relación capitalista (...) para comenzar no existe ninguna innovación en el modo de producción mismo: el proceso de trabajo se desarrolla exactamente de la misma manera que antes, salvo que ahora está subordinado al capital (...). Cuando esa relación de dominación y de subordinación sustituye a la esclavitud, a la servidumbre, el vasallaje, y a los sistemas patriarcales, etc., sólo se modifica su forma..." (29).

Aunque la sumisión formal del trabajo al capital no implica automáticamente una revolución en la técnica productiva, constituye la base sobre la cual va a desarrollarse la sumisión real del trabajo al capital.

"La sumisión real del trabajo al capital se acompaña de una revolución completa (que se continúa y se renueva constantemente, cfr. el Manifiesto Comunista) del modo de producción, de la productividad, del trabajo y de las relaciones entre capitalistas y obreros.

"La sumisión real del trabajo al capital va de la mano con las transformaciones del proceso de producción que acabamos de mencionar: desarrollo de las fuerzas de la producción social del trabajo y, gracias al trabajo en gran escala, aplicación de la ciencia y del maquinismo a la producción inmediata. El modo de producción capitalista, que hasta el presente aparecía verdaderamente como un modo de producción sui generis, da a la producción material una forma diferente; esta modificación de la forma material constituye la base para el desarrollo de las relaciones capitalistas, las que exigen un nivel determinado de evolución de las fuerzas productivas para encontrar su forma adecuada" (30).

Tanto la sumisión formal como la sumisión real representan dos fases de un mismo desarrollo histórico del capitalismo. No son dos capitalismo diferentes, sino las dos etapas de un mismo proceso, del mismo modo que no puede existir mariposa sin crisálida:

"Lo que subsiste aquí es el elemento característico de la sumisión formal, a saber, el sometimiento directo del proceso de trabajo al capital, cualesquiera sean los procedimientos técnicos utilizados. Además, surge sobre esta base un modo de producción tecnológicamente (y no solo tecnológicamente) específico que modifica la naturaleza real del proceso de trabajo y sus condiciones materiales: el modo capitalista de producción. Se verifica entonces la sumisión del trabajo al capital" (31).

(29) *Ibidem*, pp. 194, 204 y 206.

(30) *Ibidem*, p. 218.

(31) *Ibidem*, p. 217.

Observemos al pasar que lo que los economistas burgueses denominan el "despegue económico" no es otra cosa que el nacimiento -con la *sumisión real*- del modo de producción "específicamente" capitalista con el desarrollo de sus leyes fundamentales, entre ellas la producción por la producción; es decir, la supremacía del sector de los bienes de producción sobre el sector de los bienes de consumo.

En general, el estudio del crecimiento de las fuerzas productivas en las áreas atrasadas o del "tercer mundo" (noción ésta -digámoslo *de una vez por todas*- teóricamente tan *impotente y vacía* como la de "subdesarrollo") equivale a analizar el problema -rico y luminoso- de la evolución de los *modos de producción*.

Por eso, no puede existir una rama teórica general, en la crítica de la economía política, que trate el "subdesarrollo" en relación al capitalismo plenamente desarrollado. Sólo puede tratarse de las *transiciones* históricas desde los modos de producción precapitalistas existentes hacia las sumisiones del trabajo al capital.

En realidad, Barán supone que el capitalismo como modo de producción penetró desde un inicio el conjunto de América Latina, Asia y África, el llamado "tercer mundo":

"Desde entonces, ha tenido lugar (...) un desarrollo económico caótico: descomposición de las viejas sociedades de esos países, disgregación de ALGUNAS POCAS ESTRUCTURAS PRECAPITALISTAS EXISTENTES" (mayúsculas nuestras, NDR) (32).

El marxismo jamás afirmó eso. Con *El Manifiesto*, se puede afirmar que el capitalismo mundial arrancó a esas áreas del aislamiento y la autarquía, integrándolas al mercado mundial, *tratando* de introducir al *mercantilismo* por la fuerza. Ahora bien, el mercantilismo es una condición del desarrollo capitalista que, por la fuerza del capitalismo mundial, *atiza* el proceso *histórico* de la marcha de los pueblos hacia el capitalismo. El camino recorrido en esta vía sólo puede ser evaluado por medio de un *trabajo histórico* -económico y social- del que carece completamente la obra de Barán.

No pretendemos aquí tratar la evolución de América Latina, Asia y África tras el trastocamiento provocado por la "civilización" occidental. Esta evolución debe ser puesta en evidencia por el trabajo del Partido. En este artículo, sólo colocamos en el terreno marxista los problemas teóricos planteados por nuestros adversarios.

La penetración del asalariado en la agricultura

La superioridad del marxismo respecto a todas las doctrinas sociales burguesas reside en el hecho, repitémoslo, de que ve la historia como una sucesión de modos de producción.

La ceguera histórica de todos los "contadores" de la historia a la Barán aparece con toda claridad en la cuestión de la

(32) *Op. cit.*, p. 186.

transformación capitalista en la agricultura.

Así, Barán lanza anatemas contra las plantaciones y los grandes dominios que, empleando mano de obra asalariada, derrochan en gastos superfluos el "excedente económico".

Ahora bien, el marxismo afirma que aunque el capitalismo haya tendido a desarrollarse primero en la agricultura, es allí donde la transformación tecnológica llega más tarde. En otros términos, es en la agricultura donde la sumisión *real* del trabajo al capital penetra en último término. Entre otras razones, esto se debe al hecho de que la transformación de las condiciones técnicas -que determinan la productividad del trabajo- supone ya un fuerte aumento de la productividad en la industria.

Pero la transformación capitalista de la agricultura, sea en la forma de la gran explotación capitalista, sea en aquella mucho más general de la aparición del asalariado, tiene una influencia que va mucho más allá del simple coeficiente: capital variable/capital constante, medida de la productividad social.

Esta transformación constituye la base de la ampliación del mercado interno para la industria. Con ella, la circulación monetaria se extiende, así como los mercados.

Desarrollando el mercado interno -es preciso que los obreros encuentren en el mercado lo que ellos producían antes como pequeños productores independientes- se acelera el paso de la fase formal a la fase real de la sumisión del trabajo al capital, a la supremacía del capital industrial sobre el capital usurario y comercial, a la formación de la sociedad burguesa:

Consideremos como ejemplo la historia de Brasil. Observamos allí dos clases de plantaciones: la de la caña de azúcar y la del café. La primera corresponde a un régimen de esclavitud en un país que sólo era una colonia comercial a-nacional. Esta situación se prolonga durante tres siglos. Hacia mediados del siglo XIX, la aparición de las plantaciones de café corresponde a la extensión y a la supremacía del trabajo asalariado, a la ascensión de una clase burguesa agraria y comercial que no puede ser identificada con la anterior, lo que constituye un gran paso adelante en la formación de la sociedad moderna, y el establecimiento -con su supremacía política- de una primera forma de Estado nacional.

Resumamos las conclusiones de lo que ha sido tratado hasta aquí. Lo que Barán denuncia como "trabas" al desarrollo capitalista no son más que las condiciones históricas generales de ese mismo desarrollo: el *capital usurario*, que destruye las viejas estructuras de la propiedad al mismo tiempo que realiza la acumulación de capital-dinero; el *capital comercial*, que, junto a la acumulación monetaria, tiende a ampliar el mercantilismo; la sumisión formal del trabajo al capital, que amplía y profundiza la formación de un mercado interno y constituye la base del modo de producción capitalista *específico*.

Las mismas causas producen los mismos efectos. En realidad, la crítica pretendidamente nueva de Barán hacia el capital usurario, comercial y terrateniente sólo es una repetición (y de las peores!) de la crítica hecha por los ideólogos de la burguesía manufacturera ascendente en Europa, crítica que era un arma de lucha de las nuevas capas de la burguesía, que representaban al capitalismo avanzado, contra aquellas que eran productos de

las formas atrasadas del capital. Barán mismo está obligado a reconocerlo (33).

Nosotros consideramos como una victoria doctrinal el hecho de que el marxismo "clásico" sea válido no solo para el capitalismo inglés y europeo en los límites del siglo XIX, sino para todas las áreas geográficas y para todos los períodos históricos.

Eso nos permite retomar las lecciones *políticas* de la lucha de clases del siglo XIX en Europa -como lo hicieron los bolcheviques- para que, inmutables, puedan armar los brazos revolucionarios de los proletarios de las áreas no blancas en la *lucha internacional* contra el capitalismo mundial.

Colonialismo y « subdesarrollo »

Donde la idiotez pequeño-burguesa alcanza la cima de su perfección es cuando trata el tema del colonialismo y del imperialismo, y de sus relaciones con las áreas atrasadas.

El colonialismo y el imperialismo serían culpables de haber impedido el "desarrollo armonioso" de esos países: "*No hay que olvidar que si la India hubiese estado sometida a su propio desarrollo, hubiese seguido sin duda una vía menos tortuosa, menos dolorosa sobre todo. Inevitablemente, habría tenido que pasar por una revolución burguesa y un desarrollo capitalista costoso, pero hubiese sido el precio de sus progresos. La India hubiese sido algo muy distinto si hubiese podido controlar y dirigir su propio desarrollo, hacer progresar a su pueblo*" (34). Y, más adelante: "*... si en un momento u otro los países actualmente subdesarrollados hubiesen podido desarrollarse en forma independiente, no se podría excluir a priori la posibilidad de que ellos mismos explotasen sus recursos naturales, y eso en condiciones más ventajosas que las que le han sido impuestas por las inversiones capitalistas extranjeras*" (35).

Los ideólogos pequeño-burgueses desarrollan hasta lo ridículo los caracteres de la clase que representan. Arrinconada entre el gran capital y la clase de los sin reservas, siempre desbordada por los acontecimientos, bamboleada por fuerzas materiales que sólo pueden conducir a su propia ruina, la pequeña burguesía sueña. Su punto de vista está condensado en las frases: "si se hubiese podido...", "si el capitalismo hubiese podido existir sin el imperialismo...", etc. Así, si el "malvado" imperialismo no hubiese existido, el desarrollo burgués hindú hubiese podido hacerse "en forma menos costosa", ese hubiese sido el "precio de

(33) "Lo que antiguamente era denunciado con rigor por Adam Smith, Ricardo y otros economistas clásicos, está aún en vigor en nuestros días en los países subdesarrollados. Una parte importante de lo que cobran los terratenientes es dilapidado"... "Es cierto que los países actualmente subdesarrollados tienen en común con las primeras fases del desarrollo capitalista en Europa occidental la presencia (y la acción) de potentes fuerzas que quieren impedir, a cualquier precio, la salida de los capitales de la esfera de la circulación hacia la esfera de la producción..." Barán, *op. cit.*, pp. 208 y 216.

(34) *Ibidem*, p. 192.

(35) *Ibidem*, p. 229.

sus progresos", hubiese podido "hacer progresar a su pueblo". ¡ Eterna canción de todos los ideólogos burgueses! Es olvidar "que el capitalismo de la época "preimperialista", el de Europa a partir del siglo XVI, se instauró a sangre y fuego.

El marxismo jamás negó -ni en teoría ni en la práctica-el carácter revolucionario de la transformación burguesa de las estructuras precapitalistas, pero siempre la llamó por su nombre, *de nunciando de antemano su contenido*, colocándose, no en el terreno de la "productividad", sino en el de los antagonismos de clase, no en el del "progreso del pueblo", sino en el de *la lucha de clase*.

Pero volvamos al papel del colonialismo blanco. Ya en 1848, el marxismo puso claramente en evidencia las relaciones entre las áreas atrasadas y la burguesía europea. Por un lado, el nacimiento del capitalismo en Europa está *indisolublemente* ligado a la historia reciente de los pueblos de las áreas extraeuropeas: la *esclavitud asalariada* de los proletarios tuvo por condición la *esclavitud a secas* de las razas de color en América Latina, Asia y Africa. Por otra parte, "la burguesía arrastra a la corriente de la civilización hasta las naciones más bárbaras" (36). Veamos cómo lo hace.

El desarrollo del capitalismo en Europa coincide en Rusia con el nacimiento del feudalismo constituido sobre la comunidad agraria (mir). En el choque de esos dos modos de producción diferentes, el capitalismo revolucionario jamás logró abatir al feudalismo reaccionario. Pero ese choque impuso al Estado ruso la producción de guerra para la defensa de su régimen social, la liberación de la servidumbre para liberar la mano de obra que le era necesaria, la extorsión de impuestos para darse medios financieros. Así, el zarismo fué obligado a socavar sus propias bases sociales y fué arrastrado en la historia moderna.

Desde hacía milenios, Asia vivía bajo el despotismo asiático, periódicamente sacudido por revueltas campesinas que neutralizaban la decadencia del sistema, recomenzando así todo el ciclo. Tras esa dinámica social se ocultaba un inmovilismo ancestral.

La llegada de los europeos con la política de la cañonera rompió ese ciclo siempre renovado. En China, por ejemplo, la invasión de los productos manufacturados occidentales arruinó al artesano local y al régimen de las corporaciones; los empréstitos forzados provocaron el aumento de los impuestos que desarrolló y aceleró la función disolvente de la usura; la introducción del opio acentuó el mercantilismo; la ruina de la propiedad asiática provocó la decadencia de las estructuras políticas. El rodillo compresor de la historia moderna estaba en marcha.

En Africa y América Latina sólo se encontraban sociedades que no superaban el estadio de la barbarie, y es la colonización la que provocó la destrucción de esas formas sociales.

Hablar de un desarrollo endógeno de todas esas sociedades hacia el capitalismo sería tan absurdo como hablar de la "caída ascendente de una piedra"...

(36) "Espoleada por la necesidad de dar cada vez mayor salida a sus productos, la burguesía invade el globo entero. Necesita implantarse en todas partes, explotar en todas partes, establecer relaciones en todas partes (...). Obliga a todas las naciones, si no quieren sucumbir, a adoptar el modo burgués de producción; las obliga a introducir en ellas la llamada civilización, es decir, a hacerse burguesas. En una palabra: forma un mundo a su imagen y semejanza". (El Manifiesto, § I, "Burgueses y Proletarios").

La prueba de los hechos

Si se desembarazan las afirmaciones de Barán de toda la fraseología propia a la economía política *vulgar*, sólo se encuentra esta afirmación fundamental: el paso a la sumisión real del trabajo al capital es imposible en las áreas extraeuropeas una vez que se ha establecido plenamente el capitalismo en Europa.

Aquí no trataremos *casos particulares*; pero, siguiendo el método matemático, demostraremos la falsedad de semejante tesis dando ejemplos históricos que la desmienten. Si esta afirmación (como pretende, por ejemplo, A.G. Frank) es generalizable a *todos* los períodos del capitalismo europeo, basta con dar el ejemplo de EE.UU. (primero colonia, luego semicolonias inglesa) para desmentirla en lo que concierne al período preimperialista. En cambio, si se quiere afirmar que ese paso es imposible "en la época imperialista", basta con dar los ejemplos de Japón en Asia, y de México, Argentina o Brasil en América Latina, para desmentirlo. Y sólo citamos países abiertamente reconocidos como capitalistas. Hay otros incluso que, pretendiéndose "socialistas", son en realidad naciones burguesas: la URSS y los países de Europa central. Y no hablaremos de China, porque ella está echando simplemente las bases del desarrollo capitalista (37).

Imperialismo y áreas atrasadas

"El imperialismo es el capitalismo llegado a un estadio de desarrollo en el que se ha afirmado la dominación de los monopolios y del capital financiero; la exportación de capitales ha adquirido una importancia primordial; ha comenzado el reparto del mundo entre los trusts internacionales y ha terminado el reparto de toda la tierra entre los países capitalistas más importantes". (38).

Si el capitalismo del período de la "libre competencia" se caracterizaba por la exportación de mercancías (lo que daba lugar a las guerras comerciales), el capitalismo del estadio imperialista se caracteriza por la exportación de capitales. Y ello tiene como consecuencia las guerras por la división y el reparto de las zonas de influencia (regiones de inversiones), las guerras imperialistas.

Ahora bien, en cuanto capital, el capital-dinero existe para producir intereses. Es lo propio de *todo* capital-dinero, en cualquier modo de producción, sea de esclavitud, feudal, asiático,

(37) Respecto a esos teóricos del "subdesarrollo", citemos lo que decía Lenin contra los populistas rusos que teorizaban también la imposibilidad del desarrollo capitalista en los países que "llegan demasiado tarde": "Los populistas afirman que sus consideraciones a priori (teóricamente erróneas) bastan para aportar la prueba de ello".

Utilizando dos argumentos que, en el fondo, son idénticos a los de Barán, los populistas rusos pretendían que el capitalismo no podía desarrollarse en Rusia: por una parte, la ruina de los pequeños productores, sobre todo los campesinos, y, por otra, el desarrollo capitalista alcanzado en los países que dominan el mercado mundial.

(38) Lenin, *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, § VII.

patriarcal o capitalista. No crea el modo de producción, supone su existencia.

El capital-dinero es una forma "antediluviana" del capital, pero es bajo el capitalismo, con el modo de producción capitalista, que el capital-dinero se desarrolla y se somete al conjunto de la sociedad. La razón de ello es que el capital-dinero supone la existencia del mercantilismo, y es bajo el capitalismo que el mercantilismo alcanza su desarrollo completo.

El capital-dinero puede jugar su papel *en cualquier modo de producción apropiado*. Se invierte en los países capitalistas como capital industrial, comercial o financiero; practica la usura en la Rusia zarista y en los países coloniales y semicoloniales; invade el comercio de los países atrasados (practicando el pillaje y la estafa en gran escala); y se invierte en manufacturas en el "tercer mundo" según las posibilidades de los mercados internos de estos países y -cada vez más- en función de las exigencias del mercado mundial. Y así sucesivamente.

El imperialismo significa la supremacía del capital financiero a escala mundial que tiende a someterse al conjunto de las fuerzas productivas internacionales, capitalistas -sobre todo, ya que el capitalismo constituye su propia base de existencia- o no.

Veamos más de cerca los dos argumentos avanzados por Barán en apoyo a su tesis sobre la "mala voluntad" del imperialismo para industrializar el "tercer mundo":

a) las inversiones se realizarían sobre todo en industrias que no tienen una influencia directa en la evolución social (o, más bien, en la productividad social general) de estos países (minas, plantaciones);

b) la exportación de los beneficios hacia las metrópolis no permitiría la plena (?) utilización del "excedente económico potencial" (sic).

Respecto al primer punto, el marxismo afirma que el objetivo del capital es la plusvalía, no la mercancía, el valor de cambio, no el valor de uso. El capital invierte allí en donde puede obtener una tasa de ganancia conveniente. Si en algunos países el imperialismo sólo invierte en minas, eso se debe a que en los otros sectores no puede esperar "mejores" ganancias. El capital no tiene prejuicios nacionales ni sectoriales. Por otra parte, en América Latina, el imperialismo ha dirigido preponderantemente sus inversiones directas en estos últimos quince años hacia el sector de la industria de transformación, lo que desmiente experimentalmente la afirmación de Barán.

En lo que concierne al segundo argumento, el de la repatriación de los beneficios, podemos responder polémicamente que eso nos tiene sin cuidado, con tal que se acelere, conjuntamente con el desarrollo industrial y de la sociedad burguesa, la formación de un vigoroso proletariado concentrado que enarbole en esas nuevas áreas capitalistas la bandera de la lucha de clase y del comunismo, y que contribuya a la destrucción internacional del imperialismo y de ese modo de producción en el que el "excedente económico" es el objetivo supremo de toda la actividad humana. Por ejemplo, y aunque disguste a los nacionalistas pequeño-burgueses, el proletariado latinoamericano más concentrado trabaja en los sectores dominados por el imperialismo.

Para responder en el plano teórico a este argumento, basta con agregar que la exportación de las ganancias es principal-

mente una consecuencia de la estrechez del mercado interno de estas regiones. Al ser la tasa de ganancia más elevada en las áreas con un menor desarrollo capitalista, el capital debería ser masoquista para alejarse de ellas si no tuviese para ello una poderosa razón económica. Si los capitales se exportan *principalmente* hacia los países capitalistas altamente desarrollados, donde la tasa de ganancia es menor, es precisamente porque en éstos existe un amplio mercado interno que falta -relativamente- en aquéllos.

En cambio, para Barán los puntos a) y b) serían la manifestación de una voluntad maligna, inherente al imperialismo, para impedir toda capitalización e industrialización de las áreas atrasadas. Esta visión no es sólo falsa teóricamente, sino que está en flagrante contradicción con los hechos (39). Así, son las condiciones internas (creación *previa* de un mercado interno) y *ex*ternas (necesidad de inversión de capitales del imperialismo) las que llevaron a la instalación de la gran industria moderna en Brasil, México, India, etc. A su vez, estas inversiones profundizan y extienden los mercados internos de estos países.

A propósito de la « fosa creciente » entre países ricos y países pobres

Aprovechamos el tema para atraer la atención sobre un último argumento planteado por la escuela política de Barán -y no sólo por ella- y que tendería a demostrar la imposibilidad del tan vanagloriado desarrollo capitalista, a saber, la fosa creciente que separa los países del área euro-americana del resto de los continentes en lo que a riqueza acumulada se refiere.

Este fenómeno no es más que la expresión de una ley general del capitalismo: la tendencia a la concentración y a la centralización del capital. Vemos allí la confirmación del análisis marxista del capital; y cuando los marxistas plantean este argumento es para aniquilar las pretensiones imperialistas de asegurar la igualdad de las naciones bajo su dominación, sueño eterno de la democracia pequeño-burguesa. Pero ese argumento no tiene nada que ver con *nuestro* tema: desde el punto de vista marxista, esa fosa puede y debe ampliarse, lo que no impide la transformación capitalista de las áreas atrasadas, porque esa fosa es propia del capitalismo mismo.

Repitémoslo, el proletariado comunista se interesa en el problema de los modos de producción, no en las diferencias de los importes en las cuentas bancarias de los capitalismo nacionales, porque la riqueza de todas las naciones del mundo es plusvalía *extraída* al proletariado.

Estado y « subdesarrollo »

Las teorías políticas revelan siempre su verdadera naturaleza cuando abordan la cuestión del Estado. La de Barán no esca-

(39) Incluso los discípulos de Barán deben hablar hoy de un...: "de desarrollo del subdesarrollo"! Como se ve, sólo crean frases, las que cumplen el papel de "análisis teórico".

pa a la regla, pues en esta cuestión deja caer sus últimas veleidades "marxisantes".

En efecto, si la clave de la historia es la lucha por el crecimiento de la productividad social del trabajo, y si esta productividad crece en función de la inversión del "excedente económico", se puede clasificar a los Estados en tres categorías: los que no invierten nada, los que invierten pero gastan, los que invierten lo más posible y gastan lo menos posible. El lector seguramente habrá adivinado ya: la última categoría sería la de los Estados socialistas (40).

Por nuestra parte, no teniendo nada nuevo que descubrir, nos remitimos al marxismo "clásico". Para éste último, el Estado es una organización coercitiva, "un garrote", que asegura la defensa de los intereses de una clase social y de su modo de producción. Por consiguiente, el Estado es el producto de condiciones históricas dadas, *no su causa*, aun cuando pueda tener una influencia sobre la infraestructura social y económica en el sentido de acelerar o frenar su evolución (41). Pero, al fin de cuentas, el Estado no puede crear ni aniquilar el movimiento histórico general: como quiera que fuese, la Santa Alianza no pudo impedir el nacimiento de la Europa burguesa ni los grandes Estados imperialistas -mucho más potentes que aquella- tampoco fueron capaces de impedir el parto del Asia burgueses.

En el fondo, Barán "reprocha" a los Estados a los cuales hace referencia no ser genuinos agentes económicos del desarrollo capitalista moderno (lo que es más que discutible en algunos casos) y piensa que es el Estado (o la violencia) quien "hace" a la sociedad. Por el contrario, tal como Engels lo dice en su polémica contra Dühring, la violencia y el Estado son expresiones de la sociedad (42).

(40) "En realidad, se puede agrupar a los países en tres grandes categorías: primero, los territorios coloniales, directamente administrados por las potencias imperialistas (prácticamente toda África, una parte de Asia y algunas regiones poco numerosas de América Latina); en segundo lugar, la aplastante mayoría constituida por los países dominados por un régimen típicamente comprador; finalmente, en último lugar, algunos países subdesarrollados, poseedores de un gobierno de orientación de tipo "New Deal" (!!!)-se trata sobre todo de India, Indonesia y Birmania". "Actualmente, el excedente económico, en las zonas coloniales, es utilizado por las administraciones locales, no para mejorar las condiciones de vida de las poblaciones, sino para acrecentar los intereses de las potencias imperialistas; en los países de la segunda categoría, un volumen importante del excedente económico es apropiado por los gobiernos compradores que lo utilizan o lo gastan de la misma manera. En lo que concierne a la India, el problema se plantea en forma un poco diferente. El volumen de los recursos apropiados por el Estado es muy inferior al excedente económico potencial...". Barán, *op. cit.*, pp. 246 y 267.

(41) Y cuando el Estado constituye un freno, ese freno da lugar a las revoluciones. Aunque esto debería ser evidente para cualquiera que se reclame del marxismo, Barán no extrae la conclusión de que los movimientos anticoloniales que han tratado de destruir las trabas al desarrollo burgués en una perspectiva de lucha estrictamente nacional han tenido un carácter burgués. No, ¡para él son "socialistas"!

(42) Para caracterizar un Estado, es preciso en primer lugar comenzar por caracterizar la sociedad, su modo de producción, su estadio de desarrollo, sus relaciones con los Estados exteriores y, sobre todo, la clase dominante. Hacer la distinción entre Estados coloniales y no coloniales según la independencia política formal, equivale a aceptar la misticación de la ONU. Igualar Venezuela (país burgués y Estado nacional) con los emiratos del Golfo Pérsico o con el Congo (con un Estado colonial a-nacional), como lo hace Barán, simplemente porque uno y otros exportan materias primas y por que tienen embajadas propias, es una burrada completa.

Si el imperialismo exporta hacia las metrópolis la casi totalidad de las rentas extraídas de Africa Negra, o si los emires "dilapidadores" gastan o exportan sus "fabulosas" rentas petrolíferas en lugar de invertir las en el lugar, es porque para que el dinero pueda funcionar como capital es preciso que las relaciones sociales le permitan, y no es ése siempre el caso en esas áreas. El capital y el modo de producción capitalista son relaciones entre los hombres (43).

Con respecto a los Estados "compradores", el bajo nivel de las inversiones realizadas por ellos proviene, en particular, del hecho que son los representantes de la dominación de clases ligadas a formas atrasadas del capital.

En cuanto el Estado hindú (que no haría todo lo que podría en el sentido de la industrialización, según Barán), es la expresión de las alianzas entre las formas capitalistas modernas y atrasadas, e incluso precapitalistas (lo que, dicho sea de paso, le confiere ese carácter de "polvorín de Asia"). Aquí, la burguesía -por miedo de clase- arrastra el peso de la conservación de formas sociales arcaicas de producción.

Europa es perdedora

Como todo pensamiento vulgar, es decir, incapaz de hacer un análisis serio del capitalismo y de las transiciones históricas que conducen a él, la "teoría" de Barán pretende encontrar una confirmación en "los progresos tan lentos o casi inexistentes" en la evolución económico-social de las áreas atrasadas.

Todo ello evoca irresistiblemente al pequeño burgués que mide la historia humana según su Yo, según la amplitud de "su vida". En efecto, basta una simple mirada sobre la evolución histórica de las áreas extra-europeas para verificar que el paso de los viejos modos de producción al capitalismo se ha acelerado y no aminorado tras la instauración del capitalismo en Europa. El siguiente es un cuadro simplificado:

Europa: instalación del feudalismo: siglo IX (tras Carlomagno). Comienzo del capitalismo: siglo XVI. Revolución industrial (es decir, sumisión real del trabajo al capital): siglo XIX

Rusia: generalización de la servidumbre: siglo XVIII. Sociedad burguesa moderna: Siglo XX.

América Latina: estadio de la barbarie: siglo XV. Comienzo de la sociedad burguesa: segunda mitad del siglo XIX. Constitución de la sociedad burguesa moderna: siglo XX.

Asia y Africa del Norte: política colonial generalizada que ataca a las bases de la sociedad ancestral: siglo XIX. A partir de 1945: constitución de los grandes Estados nacionales (Chi-

(43) "... la posesión de dinero, de medios de subsistencias, de máquinas y otros medios de producción no confieren a un hombre la condición de capitalista si le falta el complemento: el asalariado, el otro hombre forzado a venderse voluntariamente (...). El capital no es una cosa, sino una relación social entre personas, relación que se establece por intermedio de cosas". (El Capital, Libro Primero, vol. 3, p. 937, Ed. Siglo XXI).

na, India, Indonesia, Vietnam, Egipto, Argelia, etc.) y política de industrialización.

Basta una rápida mirada a esta cronología para observar que en esta "carrera" histórica hacia el capitalismo, Europa va a la zaga, en cuanto a la rapidez, tras Rusia, América Latina, Asia y África del Norte. Lo mismo podríamos demostrar refiriéndonos a África Negra y África Austral. Y esto confirma lo que el marxismo decía hace ya un siglo, contra la vacía pretensión de Barán.

Pero al reconocer al capitalismo una posibilidad histórica de desarrollo en las áreas no blancas, le prometemos la misma suerte que en el área euro-americana: la muerte en manos del proletariado mundial.

o o o

EL COMUNISTA

Nº 26 (Setiembre de 1979)

- Necesidad de la violencia proletaria organizada
- En el 60 aniversario de la República húngara de los Consejos
- La "teoría de los tres mundos", apología del imperialismo
- Trotskismo internacional
- Limpia botas de la democracia
- "Estatuto de los trabajadores" y regulación del derecho de huelga
- CC.OO.: entre la demagogia y el colaboracionismo
- Andalucía proletaria
- Francia : se acentúa la represión contra los trabajadores inmigrantes

Nº 27 (Octubre de 1979)

- ¡Por la total unidad del proletariado español! ¡Por el derecho a la autodeterminación! ¡Abajo los estatutos de autonomía!
- Debemos preparar el partido de la revolución
- La "teoría de los tres mundos", apología del imperialismo (y2)
- Irlanda, Kurdistán : La clase obrera y las nacionalidades oprimidas
- Marruecos en vísperas de la tormenta
- Recordando los pactos CC.OO. - CEPYME y UGT - CEOE
- 1960-1980 : ¿Serán otra vez los mineros de Asturias la punta de lanza del proletariado español?
- Huelga de la construcción en Salamanca : violento rechazo al acuerdo firmado por las centrales

Nota de lectura

La Internacional Comunista y la revolución china de 1927

Tres recopilaciones de documentos sobre la revolución china de 1927 han sido publicados en estos últimos años en Europa y en los Estados Unidos:

- Leon Trotsky on China, (Introduction by Peng Shu-tse; edited by Les Evans and Russel Block), Monad Press, New York, 1976, (688 páginas), que contiene un determinado número de documentos, en parte inéditos, extraídos de los Archivos Trotsky de Harvard que abarcan el período 1926-1940;

- La question chinoise dans l'Internationale Communiste, EDI, París, 1976 (540 páginas) nueva edición de la recopilación prologada por P. Broué, que reúne muy útilmente textos de la Oposición Unificada y de Trotsky en particular (pero sin incluir los inéditos del volumen americano), como así también de Stalin-Bujarin y, más generalmente, del Ejecutivo de la Internacional Comunista;

- Trotsky, Vujovic, Zinoviev, Scritti e discorsi sulla rivoluzione in Cina, 1927, publicado en Italia por las Ediciones Iskra, (Milán, 1977, 300 páginas) que también contiene algunos de los documentos inéditos publicados en el primer volumen.

A diferencia de las dos primeras, la recopilación de las Ediciones Iskra tiene el mérito, si no de resolver, lo que no es su objetivo, al menos de plantear los gigantescos problemas ligados no solo al curso de la revolución en China, sino a los debates en el seno del PC ruso y de la Internacio-

nal Comunista, y de mostrar cómo se insertan en una tragedia colectiva, que es la única forma de estudiarlos históricamente y de extraer un balance de ellos.

"Estamos terriblemente retrasados", escribía Trotsky en su carta del 4 de marzo de 1927 a Radek, "hemos transformado el Partido Comunista chino en una variedad de menchevismo y, lo que es aún más grave, no la mejor". En una nota del 22 de marzo agregaba: "La cuestión de la independencia organizativa completa del Partido comunista, es decir, de su retirada del Kuomintang, no debe ser diferida ni un solo día. Ya hemos perdido demasiado tiempo" (1).

El problema planteado por Trotsky era el de la búsqueda desesperada de una vía que permitiese salir del círculo vicioso de la adhesión al Kuomintang y del seguidismo en relación a la burguesía nacional china. Reducirlo a un problema de delicados equilibrios internos en el seno de la Oposición Unificada, como lo hacen los editores del volumen americano y también Broué, significa no solo reducir a proporciones muy mezquinas el drama en el que fue sumido todo el movimiento comunista ruso e internacional, sino incluso impedir que se comprenda el complejo juego de factores objetivos y subjetivos que rápidamente hicieron zozobrar el ciclo revolucionario de la China de

(1) On China, pp. 122-126 (subrayado por nosotros - ndr).

1927 en la más sangrienta de las contrarrevoluciones.

Entre los numerosos problemas que vinieron a complicar la situación, existía innegablemente la dificultad de encontrar un terreno completo de acuerdo entre los opositores al stalinismo: de orígenes y formaciones diferentes, éstos además estaban ligados al pasado por responsabilidades de dirección diversas. También existía la necesidad, como dirá más tarde Trotsky lamentando haber tenido que hacerlo (2), de proceder "pedagógicamente" para tratar de convencer a las instancias superiores del Partido ruso y de la Internacional de la urgente necesidad de un giro radical en la cuestión china, evitando provocar (suponiendo que aún se la pudiera evitar) una fractura irreparable en su seno. Trotsky se había opuesto desde 1923 a la entrada de los comunistas en el Kuomintang. Pero en 1926-27 veía demasiado bien — y los textos recientemente publicados lo muestran claramente — que en el tiempo transcurrido las consecuencias de esta entrada se habían ido acumulando y agravando terriblemente. Cuando acomete el problema de la retirada del Kuomintang como medio necesario para volver a conquistar la autonomía política, programática y organizativa del Partido chino, tiene una aguda conciencia de la delicada situación que se había ido creando y de las enormes responsabilidades que pesaban sobre quien intentase resolverla. No sería honrarlo, sino, por el contrario, injuriarlo, dar a entender que para él sólo se trataba de encontrar el medio de no herir la sensibilidad de Zinoviev o de Radek, y de evitar que la propuesta no fuese siquiera tomada en consideración por Stalin o Bujarin porque habría caído bajo la acusación de... trotskismo.

La verdad es que jamás se debería haber entrado en el Kuomintang, y en 1926-27 se pagó el terrible precio no de un error en el marco de una línea general correcta, sino de toda una línea falsa; el precio, no solo de la confusión de las relaciones entre los dos parti-

dos, y entre la Internacional y el PC chino, sino de la confusión aún más compleja de las relaciones entre el Estado ruso de la dictadura del proletariado, y el Estado chino de la dictadura nacional-burguesa con su gobierno, su ejército y sus agencias comerciales. Nosotros agregaremos, aun cuando los protagonistas de la gigantesca batalla de entonces no se dieran cuenta de ello (quizás lo intuyeran, pero no lograron "tomar el toro por las astas" como en la mejor tradición bolchevique), que se pagaba el precio de un relajamiento progresivo del rigor teórico y práctico que había inspirado las Tesis constitutivas de la Internacional, relajamiento en las formas y en los métodos seguidos para la constitución y organización de las secciones nacionales del "Partido comunista mundial único", relajamiento en la determinación precisa de los límites de las maniobras tácticas, relajamiento en la separación entre los jóvenes partidos comunistas y los partidos de la IIª Internacional o, en el Oriente pre-capitalista, los partidos nacionales democráticos burgueses. Sería mezquino — y antimarxista — ignorar las causas, objetivas mucho más que subjetivas, de este terrible retraso en el que todo el mundo estaba implicado, y del que Trotsky tomaba clara conciencia en esta batalla. Pero es preciso comprender por qué y cómo esta batalla gloriosa pero desesperada era necesariamente una batalla de retaguardia, que solo podía terminar en una derrota.

El Partido chino había nacido retrasado en relación a la explosión violenta de los conflictos sociales. Las secciones nacionales del Komintern también habían nacido tardíamente, y, por lo tanto, sobre bases poco seguras, hasta incoherentes. La revolución proletaria "pura" estaba terriblemente retrasada en el Occidente capitalista avanzado. Por contragolpe, la revolución económica y social interna de Rusia marcaba el paso, y sus etapas forzadas de transformación capitalista no podían prolongarse demasiado sin traer aparejadas graves consecuencias políticas sobre el Partido bolchevique en el poder, sobre sus orientaciones, y, de rebote, sobre la Internacional.

Por las mismas razones, las acuciantes necesidades de supervi-

(2) Ver su carta del 23.6.1927 : "¿Por qué no hemos llamado hasta ahora a la retirada del Kuomintang?" (On China, p. 249).

vencia del Estado de la dictadura soviética tenían cada vez más dificultades para concordar con las orientaciones de principio, con las necesidades vitales, con las bases programáticas y organizativas de la Tercera Internacional, o iban a biertamente en un sentido opuesto. A causa de este conjunto de factores, la vanguardia comunista que estaba a la cabeza de la dictadura en Rusia y de la Internacional Comunista había tardado en tomar conciencia de dos hechos: en primer lugar, de que la atenuación del rigor táctico y organizativo a través de toda una serie de concesiones no podía aliviar el peso del aislamiento de Moscú, sino agravarlo, y alejar la revolución mundial en lugar de acercarla. En segundo lugar, de que al término del fatal hundimiento, ya no tendría que enfrentarse con zigzagueos, peligrosos pero enderezables, sobre una vía única y común, sino que iban a encontrarse sobre dos vías opuestas e inconciliables.

La figura de militante revolucionario de Trotsky ocupa un lugar glorioso en la historia del movimiento obrero y comunista, independientemente de toda discusión sobre su capacidad o su incapacidad para prever los acontecimientos, o sobre el momento en el que emprendió la guerra contra la teoría del "socialismo en un solo país" y contra el curso histórico al cual esta teoría ha dado su nombre. Un análisis verdaderamente marxista de años tan trágicos no puede eximirse de intentar comprender por qué se encontró solo predicando en el desierto, incluso en el seno de la Oposición Unificada; y por qué, junto con ésta, se encontró solo gritando a los sordos y tratando de abrir los ojos a los ciegos en el seno de la Internacional Comunista y, por supuesto, del PC ruso y del Politburó. Este análisis debe preguntarse si no existe (y nosotros respondemos inmediatamente que para nosotros sí existe) un paralelismo significativo entre este aislamiento y el aislamiento de la corriente de izquierda del PC de Italia a partir de 1921 en relación a los Partidos "hermanos", e inclusive, lo que es mucho más sintomático, en relación al Partido ruso que entonces estaba unido; y esto tanto cuando la Izquierda "italiana" ponía en guardia contra la tendencia a atenuar hasta su desapa-

rición los límites asignados, no por la voluntad de individuos, sino por las determinaciones inexorables de la historia, a la acción, a la organización y a la "fisonomía" programática y táctica del partido único de la revolución proletaria, como cuando mostraba que Rusia, atezada por la NEP, era el punto más vulnerable a los "peligros de derecha", y cuando llamaba al movimiento comunista mundial a formar bloque alrededor de ella.

La tragedia de 1927 en China no estalló como un trueno en un cielo sereno. Las tesis al IV Congreso de la IC (y más aún los discursos explicativos que las habían precedido), dejaban una enorme libertad a la maniobra táctica, tanto en Occidente como en Oriente. Esta libertad bastaba para justificar tanto la entrada de los comunistas en el gobierno en Sajonia-Turingia, primera etapa de los desastres que seguirán (incluso era así para Trotsky quien, no obstante, jamás dejó de reivindicar estas Tesis), como la entrada del joven Partido comunista chino, frágil e inexperimentado, en el Kuomintang. La declaración común Sun Yat-sen - Joffé de enero de 1923, que era el resultado de un largo trabajo diplomático y el punto de partida de una política extraña que dejaba atrás a la de la Internacional y la demofía, decía lo suficiente como para, tarde o temprano, tornar mortal el nudo corridizo pasado no solo alrededor del cuello del proletariado chino, sino del proletariado mundial y también de su todavía indómita vanguardia de Moscú. En el curso de los dos trágicos años 1926-27, la suerte ya estaba echada: todo el mundo en el Partido ruso y en la dirección de la Internacional había contribuido de una manera u otra a lo irreparable. Es crucial comprender esto si se quiere comprender no solo la derrota del momento, sino la derrota a largo plazo del movimiento comunista, que deriva de la incapacidad de extraer del desastre de 1927 un balance completo, reconstituyendo todo el encadenamiento de los factores que lo habían determinado en forma inexorable. Es crucial comprender, para conservar la preciosa adquisición que la magnífica batalla de la Oposición salvó en 1927, no la situación del momento, que nada ni nadie podía salvar, sino los prin-

cipios que deben guiar a las generaciones futuras.

Es aquí donde aparece lo absurdo de la historiografía "trotskysta" que se esfuerza por ver en los puntos débiles de la coraza teórica de Trotsky sus puntos fuertes, y recíprocamente. Como lo muestran muy justamente los editores del volumen italiano antes citado, fue la grandeza inigualable del fundador del Ejército rojo, de reivindicar en la batalla de 1926-27, con una claridad y una integridad jamás alcanzadas en el curso del mismo período por los "viejos bolcheviques", no su propia versión, sino la teoría de Marx y de Lenin de la revolución en permanencia. Afirmación del papel de dirección y, por consiguiente, de la hegemonía del proletariado en las revoluciones dobles; reivindicación central -como condición indispensable para asumir ese papel- de la independencia programática y organizativa del Partido; denuncia de antemano (y no a posteriori) de las inevitables oscilaciones y traiciones de la gran e incluso de la pequeña burguesía "radical"; proclamación de que sólo el proletariado a la cabeza de los campesinos puede llevar adelante la revolución democrático-burguesa hasta el final y despejar así el terreno hacia la transformación socialista de la sociedad, que sólo es posible en el marco de la revolución proletaria mundial, y jamás "contando con sus propias fuerzas" en los países capitalistas atrasados. Estos no son los rasgos distintivos de la teoría de Trotsky, sino los fundamentos mismos, restaurados por Lenin, de toda la teoría marxista de las revoluciones burguesas que transcurren -en perspectiva- en revoluciones proletarias. Y es según estos criterios que Trotsky analiza con la mayor lucidez las Relaciones de clase en la revolución china (3 de abril de 1927) (3) o defiende la Consigna de los soviets en China (4) contra Stalin y Bujarin, quienes afirmaban que solo se podía y se debía enca-

rar la constitución de soviets si la historia había puesto a la orden del día el problema de la revolución socialista integral. Es sobre este terreno y según estos misos principios que luchará incansablemente -ver particularmente su carta a Alsky del 29 de marzo de 1927- contra la identificación del problema de la lucha por un gobierno revolucionario y dictatorial de los obreros y de los campesinos (el verdadero problema de la época) con la cuestión de la posibilidad de "vías de desarrollo no capitalistas" en China: "El problema de las "vías no capitalistas" de desarrollo en China, escribe Trotsky, no puede ser planteado más que condicionalmente, y solamente en la perspectiva del desarrollo de la revolución mundial. Sólo un ignorante de la variedad socialista-reaccionaria puede pensar que la China de hoy con sus bases técnicas y económicas actuales, pueda saltarse la fase capitalista con sus propios esfuerzos" (5). En esta batalla tenaz, que lo impulsa a escribir textos y discursos inolvidables, ¿estaría guiado, como lo dicen sus epígonos, por un esfuerzo para adaptarse a través de un compromiso miserable a la interpretación reducida, defendida por la mayoría de la Oposición, de la fórmula leninista de la "dictadura democrática de los obreros y de los campesinos"? Esto es tan poco cierto que no es él sino Zinoviev quien, en forma completamente arbitraria, deduce la reivindicación de la independencia del Partido y de la creación de los soviets de la posibilidad de que la situación internacional, teniendo como centro a la Rusia bolchevique (y no a la revolución proletaria futura), abra una "vía no capitalista de desarrollo" en China, y quien sostiene que la doctrina clásica e invariante de Lenin está concebida en función de esta perspectiva (6).

En los grandiosos escritos de Trotsky antes del fin del verano de 1927, jamás se encontrará la tesis a la que retornará después de las terribles derrotas de los me-

(3) On China, pp. 136 y siguientes; Broué, op.cit., pp. 121 y siguientes; Ed. Iskra, op.cit., pp. 53 y siguientes. Pero habría que citar toda la serie de los textos y de los discursos.

(4) On China, pp. 149-156; Ed. Iskra, op.cit., pp. 129-138.

(5) On China, p. 129.

(6) Cfr. en particular el capítulo 3 de las Tesis sobre la revolución china de Zinoviev (Broué, op.cit., pp. 145-146; Ed. Iskra, op.cit., pp. 80 y siguientes).

ses ulteriores. Volviendo a caer en su versión de la "revolución permanente", sostendrá entonces que desde ese momento los hechos habían puesto a la orden del día la revolución y la dictadura del proletariado, y que la instauración de ésta significaría "realizaciones de intervenciones socialistas en las relaciones de propiedad y paso a la producción bajo la dirección del Estado, es decir, paso sobre los carriles de la revolución socialista" (7). Era un error de perspectiva, ya que la situación a corto y a largo plazo estaba caracterizada por una derrota catastrófica del movimiento obrero y campesino, y por la destrucción de la condición misma de una salida revolucionaria, a saber, el Partido de clase. Era un error teórico, pues, si bien la nacionalización de la industria y de la tierra, el control estatal de la economía, la planificación, son algunas de las condiciones materiales objetivas de la transformación socialista, no salen en tanto tales del marco del modo de producción capitalista, no son en sí mismas la transformación socialista. Veinte años antes, Lenin había afirmado energicamente, a propósito de los proyectos de municipalización o de nacionalización del suelo: "¿No es acaso evidente que los rasgos esenciales y fundamentales de una clase (los campesinos) no cambian con las formas de posesión de la tierra?" (8). La propiedad no agraria no es la excepción a la regla; ni siquiera su nacionalización tiene el poder de modificar el contenido social y económico de una revolución doble. ¡El hecho real de que la única fuerza social capaz de realizarla sin medidas a medias sea el proletariado, al mando del poder político, tampoco tiene el poder de modificar la estructura de clase de la sociedad! Como todos los errores teóricos, éste fue la fuente de la larga serie de errores no solo teóricos sino también prácticos que, una vez que la teoría fuera impulsada

al absurdo contra las vacilaciones, los retrocesos, las reservas y las atenuaciones del maestro, forman el pan cotidiano de sus "discipulos".

De allí nace, por un lado, la exclusión a priori por parte de Trotsky, después de 1927, de toda posibilidad de retorno sobre la escena de otras fuerzas sociales que no fuesen el proletariado a la cabeza de un movimiento revolucionario burgués incluso incompleto (por consiguiente, queda excluida la posibilidad del desarrollo y de la victoria, por ejemplo, del movimiento nacional revolucionario burgués de Mao). Por otro lado, consecuencia lógica, todo movimiento revolucionario democrático y nacional burgués en el Tercer Mundo es considerado como socialista, incluso a pesar suyo, y todo régimen nacido de la victoria militar de semejante movimiento es considerado como un "Estado obrero deformado" (manteniendo Rusia, a raíz del Octubre rojo, la prerrogativa de ser un "Estado obrero degenerado") Estado obrero "deformado" porque un aparato burocrático se habría superpuesto allí a las relaciones de propiedad (y en ciertos casos hasta de producción) consideradas como no más capitalistas. Si, en suma, la oposición zinovieviana descubrió en la perspectiva supuestamente leninista de las "vías no capitalistas de desarrollo", el eslabón que faltaba hacia la reconciliación final con el stalinismo (9), Trotsky extraerá de la pretendida confirmación de su doctrina

(9) Partiendo de premisas teóricas diferentes pero convergentes, como lo demostramos en nuestro estudio sobre los debates de 1926 en el seno del PC ruso), Preobrajenski caerá en el mismo error. Sin embargo, tendrá razón, al menos en parte, cuando escribe a Trotsky: "Vuestro error fundamental reside en el hecho que Ud. determina el carácter de una revolución sobre la base de quien la hace, es decir, por el sujeto real, mientras que Ud. parece acordar una importancia secundaria al contenido social objetivo de este proceso". Del mismo modo, Preobrajenski no excluye que la "pequeña burguesía china (sea) capaz de crear una especie cualquiera de partido semejante a nuestros S-R", etc. (Respuesta a la primera carta de Trotsky, Broué, op.cit., pp. 472-473.

(7) "Nuevas oportunidades para la revolución china, nuevas tareas y nuevos errores", septiembre de 1927, On China, p. 265 (subrayado por nosotros - ndr).

(8) Lenin, Informe sobre el Congreso de Unificación del P.O.S.D.R. (1906), Oeuvres, tomo 10, p. 349.

de la revolución permanente la justificación tanto de la teoría de la casta burocrática que domina el "Estado obrero degenerado", como de la consigna de la defensa de la URSS. Hoy, los trotskistas -a quienes de ninguna manera ponemos en el mismo plano que Trotsky- extraen de ello su principal argumento en favor de la revolución "puramente política", que alcanzaría a todos los países que se hayan librado por las armas del yugo del imperialismo; sus bases económicas ya no serían capitalistas gracias al control estatal de la producción, y en la vía del pleno socialismo, sólo quedaría el obstáculo, por desgracia tenaz, representado por una burocracia todopoderosa. En lo que concierne en particular a Trotsky, él no vacilará en recurrir como refuerzo para sostener su doctrina (10) a las tesis de Radek sobre la existencia en China de dos clases solamente: por un lado, la burguesía industrial y terrateniente y, por otro lado, el proletariado a la cabeza de una clase campesina pobre alineada sobre el mismo frente que éste luego de la desaparición de la propiedad de la tierra precapitalista (cualquiera sea el nombre que se le dé: feudal, asiática, etc.). Trotsky jamás había mencionado esta tesis en los textos anteriores al verano de 1927, textos cuyo elevado contenido teórico y político ya hemos señalado a los militantes revolucionarios.

Los prefacios de las recopilaciones francesa y americana no hacen justicia, pues, a los escritos de Trotsky de 1926-27 por fin disponibles, o, mejor dicho, solo los perjudican. Se ve resurgir aquí la vieja mistificación según la cual Lenin se habría convertido en abril de 1917 a la teoría trotskista de la revolución permanente. No, la rectificación que Lenin imprime entonces al Partido no consiste en renegar del programa de acción de la "dictadura democrática de los obreros y de los campesinos" en el dominio económico y social. Ese programa sería realizado puntualmente como había sido anunciado de

antemano, inmediatamente después de Octubre, y se prolongará en la NEP. Pero era preciso reconocer que, puesto que no solo los partidos burgueses radicales, sino también los partidos campesinos e inclusive "obreros", se habían alineado en el frente de la conservación precisamente para conducir a término este programa, el proletariado y su Partido deberán tomar ellos mismos el poder (Zinoviev recordará, con mucha razón, aun cuando extraiga de ello conclusiones muy discutibles, que esta eventualidad estaba prevista en el esquema de la "dictadura democrática de los obreros y de los campesinos"; al menos desde 1905-1907!). Es ridículo dar a entender que desde el verano de 1926 al verano de 1927 Trotsky haya defendido sin convicción una teoría en la que él no creía y que ni siquiera era la de la mayoría de la Oposición. No, ese Trotsky defendía la posición de Lenin, era el intérprete maravillosamente fiel de un curso histórico real previsto por el marxismo; era, una vez más, "el mejor de los bolcheviques"!

Pero la cuestión no es ni académica ni historiográfica. Pone en juego el juicio teórico y político que se puede emitir sobre todos los acontecimientos ulteriores, así como las orientaciones a dar al movimiento obrero y comunista mundial ayer y hoy. Que se juzgue, pues, a qué grado de confusión puede llegar un Peng Shu-tsé en su apreciación de la victoria maoísta en China, acontecimiento clave de la historia contemporánea, cuando en el prefacio del volumen americana no escribe:

"Bajo la presión de la lógica dialéctica de la lucha de clase y de las graves amenazas de las clases hostiles tanto en el interior de China como en el exterior (...) el PC chino no pudo hacer otra cosa para mantener su propia existencia que adoptar un cierto número de medidas socialistas como la planificación de la economía y el monopolio del comercio exterior, a fin de limitar las actividades de la burguesía. Utilizó también el método de la "propiedad mixta estatal y privada" (1955) para eliminar (¡¡¡sic!!!) gradualmente los derechos de propiedad burguesa. En 1956, finalmente, en el VIII Congreso Nacional del PC chino, para

(10) Ver "Balance y perspectivas de la revolución china", cap. III de La Internacional Comunista después de Lenin (1928), París, PCF, 1969, tomo II.

mostrar que el "gobierno de coalición de las cuatro clases" había terminado, Liu Chao-chi anunció que la "dictadura del proletariado" estaba en vigor de allí en más. ;Piénsese entonces lo que debe ser ahora, con la nueva constitución o con los últimos discursos de Hua Kuo-feng! ;En suma, todo esto eran etapas... involuntarias de la revolución socialista! "Todo esto muestra muy claramente que bajo la presión irresistible de las condiciones objetivas el PC chino, para protegerse, fue obligado a plegarse a las leyes de la revolución permanente y a nacionalizar la propiedad de la burguesía, haciendo así de China un Estado obrero (¡¡;sic!!!). Esto prueba, pues, que la previsión de Trotsky que concierne al desarrollo permanente de la revolución china era fundamentalmente justo". La capitulación del PC chino era, sin embargo, una capitulación "inconsciente y empírica" (sic), por lo tanto, contradictoria, ante leyes objetivas. Se desprende de esto que "el único medio para China (como para la URSS, Europa del Este, Corea del Norte y Vietnam del Norte) (11), de desembarazarse de este tipo de contradicción, de permitir a la revolución que se desarrolle, de destruir todas las relaciones de explotación internas, y de dar un impulso a la revolución mundial, es pasar a través de una revolución política que barra la dictadura burocrática y establezca un sistema prole-

(11) El autor excluye de su lista a Cuba, (¿sin duda allí el Estado obrero aún no se ha... deformado?) así como a los innumerables regímenes militares del Tercer Mundo que planifican, nacionalizan y no vacilan en declararse socialistas... ¿Tal vez aún no haya encontrado el adjetivo apropiado para definirlos?

tario democrático" (12).

;Qué generosa es pues la historia con la clase obrera! No solamente obliga a los artesanos burgueses de las revoluciones nacional-democráticas, o a sus albaceas oportunistas, a edificar el socialismo en nuestro mayor beneficio y contra sus propios intereses, los de su clase, y de su propio propio programa; sino que además ofrece al proletariado una vía corta, segura y relativamente indolora: la de una revolución de ahora en más únicamente política que se asemeja más bien a un golpe de Estado, la de una "revolución mundial (que), bajo la forma de una revolución política contra la burocracia, golpea a la puerta de Mao y de Brejnev, e inclusive los ha maltratado desde hace algunos años", como lo escribe líricamente Broué (13).

;Que ellos se queden, pues, con la tarea de edificar inconscientemente el socialismo por poder a nuestro favor. Nosotros realizaremos la revolución socialista, anti burocrática por definición, y perfecta realización de la democracia! Para Hegel, es la "astucia de la Razón" quien reina en este valle de lágrimas; para nuestros trotskystas último grito, es poco decir. ¡Lo que efectivamente reina para ellos es la Providencia divina cuyos recursos son tan infinitos que al proletariado le bastaría con eliminar la superestructura de la burocracia para encontrar totalmente listo el socialismo que ésta había realizado involuntariamente!

Loadas sean, pues, la Providencia, y sus múltiples e impenetrables vías hacia el socialismo...

(12) On China, pp. 90-99.

(13) Broué, op.cit., pp. 12-13.

LAS TESIS CARACTERISTICAS DEL PARTIDO

seguidas de

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO

75 Ptas - 4 FF - 3 FS